

Anexo 1

Síntesis del proyecto: La cultura corporal: un lugar de síntesis en la construcción social de miedo como referente identitario

Estudiante: Rubiela Arboleda Gómez

Tutora: Doctora Rossana Reguillo

El problema

“Para vos ¿qué es el cuerpo?: es la posibilidad de que los otros me reconozcan...es lo que yo soy, es lo que me permite pelear mis derechos, es lo único que tengo...es con lo que paso bueno...es con lo que me defiendo...es lo que me permite ganarme la vida...es con lo que tengo hijos ¿el cuerpo? el cuerpo es todo” (testimonios de jóvenes en Medellín)

Pregunta: ¿Cómo se manifiesta en la cultura corporal el miedo y qué relación encierra con la conformación de identidades sociales que emergen en el escenario del conflicto?

Senos, muslos, labios, ojos, corazón, vientre, ombligo, cabello, pene, pezones, ano, cerebro, intestino y testículos, son parte de cuerpo y también mucho más, configuran el objeto/sujeto de estudio del presente trabajo para poder aproximarnos a la comprensión de lo que nos sucede en el entorno, comprender la dimensión sociocultural del cuerpo, su función en la reconfiguración de identidades y su participación en dinámica del tejido social. Se busca “hurgar” en el territorio de la corporeidad, penetrar la complejidad y navegar en la incertidumbre que significa atreverse con el cuerpo “de otros” para avanzar hacia la consolidación de unas narrativas que sitúen a la cultura corporal en el escenario de construcción del proyecto social: país – ciudad – región.

He buscado indagar por la relación entre la cultura corporal de aquellos que han migrado obligadamente de sus lugares de orígenes y la emergencia de identidades vinculadas al miedo en el escenario político en el que vive el país. La pregunta que aquí he planteado tiene como

población objeto a los desplazados, habitantes del asentamiento Macondo, que abandonaron sus tierras violentamente, asistidos por el miedo y que reinician su vida en la ciudad de Medellín. La migración forzada hacia esta ciudad deviene en un panorama social complejo que toca con el orden de lo espacial (mucha más personas en la misma área delimitada) como con el patrimonio cultural, objeto de interés de este estudio (sistemas de creencias, costumbres, referentes simbólicos, territorios, recursos, ideales, **usos del cuerpo**) tanto de los pobladores locales como de quienes “juegan de visitantes”, no invitados.

En breve: intento identificar las improntas sobre la corporeidad, que deja el miedo generado por el conflicto armado y rastrear en esas huellas la posibilidad de la reconfiguración de la identidad o la emergencia de identidades. Para lograr responder a esta inquietud he partido de conceptos formales, los cuales defino estratégicamente en los referentes conceptuales de esta síntesis.

Mapa del problema



Preguntas derivadas del problema:

- ¿Cuáles agentes del conflicto social (violencia – miedo) intervienen en la cultura corporal de los desplazados?
- ¿Qué factores se pueden reconocer en la cultura corporal de los actores investigados que permitan acercarse a la función social del cuerpo?
- ¿Constituye el cuerpo un territorio emergente de significación ante la “desterritorialización” (pérdida del espacio geográfico) producto del desplazamiento?
- ¿Cuál es el lugar que ocupa el miedo como agente del desplazamiento y cómo deviene en “usos” del cuerpo que otorgan identidad a los desplazados?
- ¿De qué manera el cuerpo puesto en el centro del análisis social puede revelar procesos históricos y estructurales?
- ¿Cuál es el papel que juegan las instituciones de cara a la reconfiguración de identidades en la relación cuerpo – conflicto?
- ¿Cuáles serían los desafíos metodológicos que implicaría acercarse a la problemática cuerpo – sociedad desde el marco de la complejidad?
- En el cuerpo se sintetiza la cultura que lo acuna y ello deviene en percepciones, actitudes y prácticas.

Objetivos:

La elaboración de los objetivos corresponde a tres lógicas:

1. Lógica empírica:

- Caracterizar la cultura corporal de los desplazados por el conflicto social hacia la ciudad de Medellín
- Identificar las formas y funciones del miedo en los desplazados por el conflicto.
- Establecer la participación del miedo en el desplazamiento y en la reconfiguración de la identidad (vía cuerpo).
- Caracterizar los rasgos identitarios manifiestos en la cultura corporal y sus significados en el marco del conflicto

2. Lógica política:

- Colocar en escena ciertos agentes del conflicto social, manifiestos en el cuerpo, para favorecer la comprensión de las violencias, el desplazamiento y los nuevos pactos sociales.
- Establecer la participación de las instituciones en la reconfiguración de la identidad en los desplazados
- Identificar las formas de resistencia en los desplazados, en las cuales el cuerpo opera como medio

3. Lógica conceptual:

- Instalar al cuerpo en el centro de la reflexión social, reconocerlo en su dimensión cultural, emisor y receptor del conflicto, y destacarlo como una significativa opción para la elaboración de estrategias que conduzcan a la reconstrucción del tejido social, en un proyecto democrático de país – ciudad- región
- Generar nuevos escenarios de discusión teórica y nuevos conocimientos en torno a la interpretación de la cultura a partir de los miedos inscritos en el cuerpo y en una perspectiva histórica
- Explorar metodologías que den cuenta de la relación cuerpo – sociedad, en el marco de la complejidad.

Referentes Conceptuales: se avanza en conceptos establecidos como los ejes temáticos básico de la investigación: Cuerpo, Cultura, Cultura Corporal (sexualidad, estética, motricidad y salud), Miedo (antropológicos, cómplices, nuevos) e Identidad (nosotros, los otros, territorio.); Política (desplazados, conflicto, Instituciones y medios)

A continuación y con el afán de sintetizar presento los significantes básicos, construidos de manera operativa para efectos del desarrollo metodológico, le anexo los autores que se han venido trabajando de cara la reconfiguración del marco teórico que se incluirá en la introducción a la tesis:

Concepto	Definición operativa
Cuerpo: Michel Foucault Bryan Turner	El cuerpo es una unidad integral, con una estructura y unas funciones, unas necesidades y un lenguaje, y donde además confluyen y se expresan las sensaciones, los movimientos y el intelecto; es también un espacio donde se presenta una dialéctica

Maurice Merleau-Ponty Anthony Giddens David Le Breton Agnés Heller Richard Senet	similar: la interacción con la realidad y la consecuente construcción del Yo. Es una constante psicobiológica y un constructo cultural. Aquí se hace necesario una reflexión sobre la biopolítica.
Cultura: Clifford, Geertz José Lorite Mena Anthony Giddens Ulrich Beck Buaman Michel de Ceterau Jesús Martín Barbero Richard Senet Appadurari	Se entenderá pues la cultura como el entramado de significaciones a partir de las cuales el ser humano explica la naturaleza, orienta la acción y articula su interioridad, se funda en mecanismos espirituales que permiten regular y garantizar tanto la vida individual como la colectiva. Gracias, a los modelos técnico-cognoscitivos, las normas ético-políticas o los valores estético-expresivos, la cultura va configurando el espacio donde el ser humano moldea su existencia y planea su futuro. A este concepto se asocian otros como el de modernidad, globalización, comunicación y tecnología
Cultura Corporal Volker Rittner Zandra Pedraza Anthony Giddens Pierre Boudeau Hong Sung-Min Jéssica Spiker M. David Le Breton	Con cultura corporal hace referencia a los usos del cuerpo que pasan por lo operativo y tocan con el sistema de significaciones, las percepciones, las actitudes, las prácticas y las representaciones individuales y colectivas del mismo, en un contexto socio-cultural; hace referencia a la construcción cultural a partir de cuerpo y a la manera como la cultura construye el cuerpo, éste último operaría pues, tanto como constructor y constructo. Corresponde a una participación del cuerpo en el proyecto social y cultural y a la gramática con la que dicho proyecto se inscribe en el cuerpo. Este concepto de aborda metodológicamente desde: la sexualidad, la salud, la estética, la motricidad y la producción.
Miedo Baruh Spinoza Jean Delemeau Rossana Reguillo David Le Breton Hoobes María Teresa Uribe Lechner	El miedo que aquí interesa es el miedo colectivo, culturalmente construido, esa “afección” (Spinoza, 1640) que se produce y expresa de diferentes maneras en cada época y sector, esa afección que desborda lo personal para pasar a ser un hecho social que en consecuencia genera identidad. Siguiendo a Reguillo es posible entender el miedo desde su dimensión colectiva, esto es, un sentimiento que si bien se expresa individualmente, se construye socialmente y se interpreta desde contextos culturales específicos. El miedo es una fuerza liminal, que cabalga entre dos mundos: el de sus anclajes objetivos y el de sus componentes subjetivos alimentados por la creencia (Reguillo, 2001) El miedo entonces se erige en una manera de comunicación, en una interacción comunicativa que puede ser producida, recibida y situada en un contexto sociocultural que puede interpretarla.
Identidad	La identidad es un proceso cultural y político a la vez. En este texto

<p>Ulrih Beck Rossana Reguillo Jesús Martín Barbero Gilberto Jiménez Arjun Appadurai Goffman Renato Rosaldo Renato Ortiz Berger y Luckmann</p>	<p>se parte del hecho de que la identidad no es una esencia sino más bien una forma de experimentar el mundo en permanente reelaboración. La identidad surgiría en un espacio político favorecido por el Estado, en este caso: conflicto, desplazamiento y Ley.</p> <p>La identidad hace referencia al sentido de pertenencia que inviste de significado a la persona, permitiéndole la construcción de su yo en lo cual ayudan las reacciones cooperativas de los demás, en un contexto cultural determinado, que permite la semejanza con el “nosotros” y la diferencia con los “otros” y establecer desde el territorio “un adentro” y “un afuera. No es única ni inamovible, por el contrario muta en la dinámica de pluralismo cultural, de la globalización, la relocalización y las migraciones.</p>
<p>Política Hannag Arendt Tomas Hobbes Foucault Lazzareto</p>	<p>El concepto de política será entendido en este trabajo como una forma de imaginar la vida juntos. La política sería una manera de ordenar los límites de la vida social y una manera de experimentarse como sujetos. De este modo, la política no sería únicamente el campo instrumental sino también un espacio social en el que, de un lado se tramitan emociones reguladoras y, de otro, se puede lograr legitimidad y reconocimiento; el terreno de lo político entendido como propiciador del miedo y como lo que permite, en muchos casos, el surgimiento de una identidad. En cierto modo, la pregunta por el miedo y la identidad estaría muy conectada con la pregunta por la construcción de estrategias en el juego político.</p> <p>Aquí se incluiría las instituciones, que instrumentalizan la vida juntos, el conflicto que se torna en estrategia de reguladora y los medios que conectan conflicto, institución y sujetos.</p> <p><i>Nota: este concepto emergió recientemente como eje analítico y aun debe pasar por el filtro teórico</i></p>
<p>Desplazados María Teresa Uribe Ley 389 CODHES</p>	<p>Dada la imposibilidad de definir desplazado teóricamente quiero enunciar lo que por ley en Colombia se denomina desplazado: "es desplazado por la violencia toda persona que se ha visto obligada a migrar dentro del territorio nacional abandonando su localidad de residencia o actividad económica habituales porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas, en ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones: conflicto armado interno, disturbios y tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los derechos humanos, infracciones al derecho internacional humanitario u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que puedan alterar o alteren drásticamente el orden público" artículo 1. ley 387/97</p>

Metodología: desde el paradigma cualitativo realizo un propuesta que he denominado “Etnografía Reflexiva” con este significante quiero señalar la participación imbricada, en el presente estudio, de la etnografía con otros enfoques metodológicos cualitativos y el concurso de varias observaciones y diferentes focos para la aprehensión de la realidad

Con etnografía reflexiva se intento designar la búsqueda de “diversos perfiles del dato”: es el cruce de las diversas miradas, y el reconocimiento de los desplazamientos de investigado a investigador: una doble vía de la observación, que deviene en múltiples vías.

Como investigadora, asumo la dimensión reflexiva de la etnografía, donde el oficio de etnógrafa no es el describir una realidad, sino penetrarla y reflexionar sobre la percepción que el investigador construye, paulatinamente, sobre ella. Es así como el investigador se convierte en el principal instrumento y fuente de sensibilidad para recoger, pensar y comprender, los datos obtenidos. En palabras de Reguillo, “*no se trata de repetir el conjunto de reglas explícitas convencionales que norman las conductas de los sujetos, sino de penetrar en sus universos simbólicos*” (Reguillo, 1998: 24)

DESCRIPTIVOS

Estadísticos descriptivos

	N	Mínimo	Máximo	Media
# PERSONAS POR CASA	163	1	17	4,69
TIEMPO EN EL BARRIO	159	1	204	45,89
TIEMPO EN EL BARRIO	159	,08	17,00	3,8244
N válido (según lista)	159			

TABLAS DE FRECUENCIA

RELIGION

	Frecuencia	Porcentaje
Válidos ADVENTISTA	1	,6
CATOLICA	118	72,4
CRISTIANA	6	3,7
EVANGELICA	8	4,9
NO TIENEN	22	13,5
PENTECOSTAL	7	4,3
TESTIGOS DE JEHOVA	1	,6
Total	163	100,0

MOTIVO DE DESPLAZAMIENTO

	Frecuencia	Porcentaje
Válidos AFAN DE PROGRESO	6	3,7
AMENAZA	12	7,4
CONFLICTO SOCIAL	73	44,8
DESEMPLEO	12	7,4
MIEDO	9	5,5
NO SON DESPLAZADOS	41	25,2
OTRO	5	3,1
POBREZA	5	3,1
Total	163	100,0

SENTIMIENTO ASOCIADO

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	ABANDONO	5	3,1
	DESARRAIGO	2	1,2
	IMPOTENCIA	4	2,5
	MIEDO	38	23,3
	NINGUNO	1	,6
	NO SON DESPLAZADOS	41	25,2
	OTRO	16	9,8
	RECHAZO	4	2,5
	SIN DATO	2	1,2
	SOLEDAD	4	2,5
	TRISTEZA	44	27,0
	VENGANZA	2	1,2
	Total	163	100,0

QUE EXTRAÑAN

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	AMIGOS - GENTE	6	3,7
	COSTUMBRES	6	3,7
	EL CLIMA	2	1,2
	HOGAR	8	4,9
	LA ALIMENTACIÓN	4	2,5
	LA FAMILIA	30	18,4
	LA TIERRA	30	18,4
	NO SON DESPLAZADOS	41	25,2
	OTRO	15	9,2
	PAISAJE	2	1,2
	SIN DATO	1	,6
	TRABAJO	18	11,0
	Total	163	100,0

COMO SE SIENTEN EN MEDELLIN

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	APOYADOS	34	20,9
	APRECIADOS	20	12,3
	CON DESCONFIANZA	2	1,2
	IGNORADOS	5	3,1
	NO SON DESPLAZADOS	41	25,2
	OTRO	47	28,8
	PERSEGUIDOS	1	,6
	RECHAZADOS	6	3,7
	RECONOCIDOS	7	4,3
	Total	163	100,0

VOLVERIA A SU LUGAR

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	71	43,6
	NO SON DESPLAZADOS	42	25,8
	SI	50	30,7
	Total	163	100,0

TIENE LUZ

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	SI	1	,6
	NO	8	4,9
	SI	153	93,9
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

CONTADOR DE LUZ

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	35	21,5
	SI	127	77,9
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

TIENE AGUA

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	26	16,0
	SI	136	83,4
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

CONTADOR AGUA

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	142	87,1
	SI	20	12,3
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

TIENEN TELEFONO

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	74	45,4
	SI	88	54,0
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

TELEFONO DE EPM

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	84	51,5
	SI	78	47,9
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

TIENEN ALCANTARILLADO

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	78	47,9
	SI	84	51,5
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

ALCANTARILLADO DE EPM

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	145	89,0
	SI	17	10,4
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

ESTUFA

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	82	50,3
	SI	80	49,1
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

RADIO-GRAB

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	113	69,3
	SI	49	30,1
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

NEVERA

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	78	47,9
	SI	84	51,5
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

TELEVISION

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	49	30,1
	SI	113	69,3
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

EQUIPO

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	132	81,0
	SI	30	18,4
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

VHS

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	157	96,3
	SI	5	3,1
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

DE FAMILIAS POR CASA

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	1	151	92,6
	2	9	5,5
	4	1	,6
	SIN DATO	2	1,2
	Total	163	100,0

EPS

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	CAFE SALUD	3	1,8
	COMFAMA	1	,6
	COMFENALCO	1	,6
	COOMEVA	3	1,8
	NO	18	11,0
	OTRA	3	1,8
	SALUD TOTAL	2	1,2
	SALUDCOP	1	,6
	SEGURO SOCIAL	9	5,5
	SIN DATO	1	,6
	SISBEN	115	70,6
	SUSALUD	6	3,7
	Total	163	100,0

TIENE EPS

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	18	11,0
	SI	144	88,3
	SIN DATO	1	,6
	Total	163	100,0

COMO ADQUIRIO SU VIVIENDA

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	ARRENDADA	8	4,9
	COMPRADA	62	38,0
	INVADIDA	75	46,0
	PRESTADA	1	,6
	REGALADA	10	6,1
	SIN DATO	7	4,3
	Total	163	100,0

ZONA DE PROCEDENCIA

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO SON DESPLAZADOS	42	25,8
	ORIENTE ANTIOQUEÑO	10	6,1
	OTRO	24	14,7
	SIN DATO	9	5,5
	URABA ANTIOQUEÑO	13	8,0
	URABA CHOCOANO	65	39,9
	Total	163	100,0

NUMERO DE PERSONAS POR CASA

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	HASTA 5	117	71,8
	ENTRE 6 Y 10	44	27,0
	MAS DE 10	2	1,2
	Total	163	100,0

TIEMPO EN EL BARRIO (AÑOS)

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	HASTA 2	68	41,7
	ENTRE 2 Y 4	41	25,2
	ENTRE 4 Y 6	16	9,8
	ENTRE 6 Y 8	20	12,3
	ENTRE 8 Y 10	10	6,1
	MAS DE 10	4	2,5
	SIN DATO	4	2,5
	Total	163	100,0

PERSONAS

DESCRIPTIVOS

Estadísticos descriptivos

	N	Mínimo	Máximo	Media
EDAD	722	1	80	20,70
ultimo grado	510	0	11	4,28
INGRESOS/DIA	242	267	25000	8570,01
INGRESOS/MES	242	8000	750000	257100,93
N válido (según lista)	194			

FRECUENCIAS

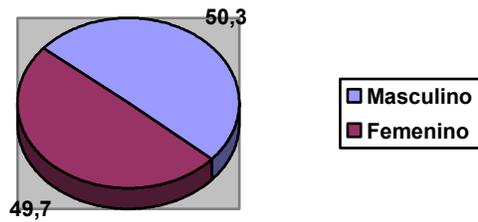
parentesco

	Frecuencia	Porcentaje
Válidos ABUELO-A	2	,3
AMIGO-A	6	,8
CABEZA	172	22,8
CUÑADO-A	8	1,1
HERMANO-A	17	2,2
HIJASTRO-A	21	2,8
HIJO-A	366	48,4
MADRE	9	1,2
NIETO-A	19	2,5
NUERA	1	,1
PADRE	4	,5
PAREJA	111	14,7
PRIMA	3	,4
SIN DATO	3	,4
SOBRINA-O	8	1,1
SUEGRA-0	4	,5
TIA-O	2	,3
Total	756	100,0

SEXO

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	FEMENINO	380	50,3
	MASCULINO	376	49,7
	Total	756	100,0

Sexo

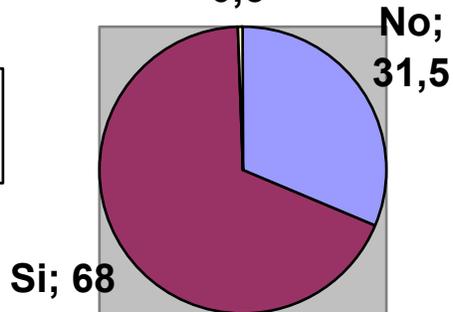


estudiado

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	238	31,5
	SI	514	68,0
	SIN DATO	4	,5
	Total	756	100,0

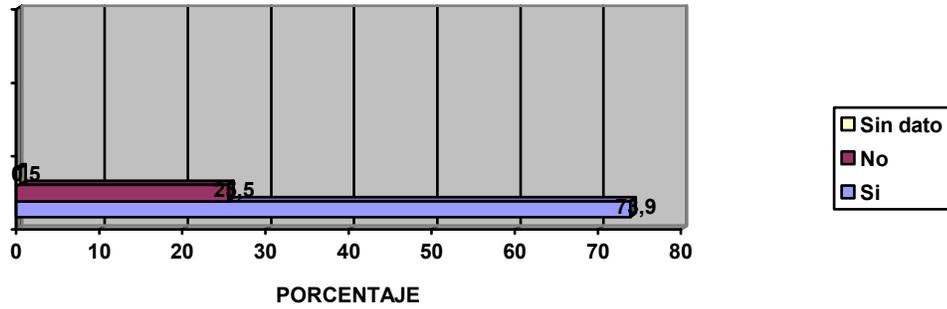
ESTUDIADO

Sin dato; 0,5



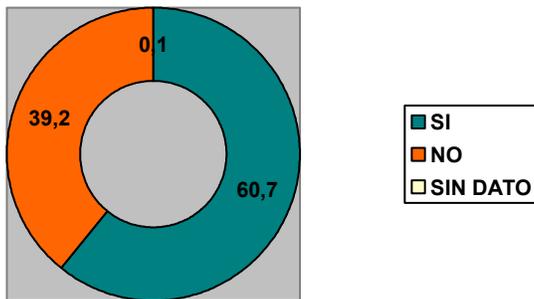
ESTUDIA

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	559	73,9
	SI	193	25,5
	SIN DATO	4	,5
	Total	756	100,0



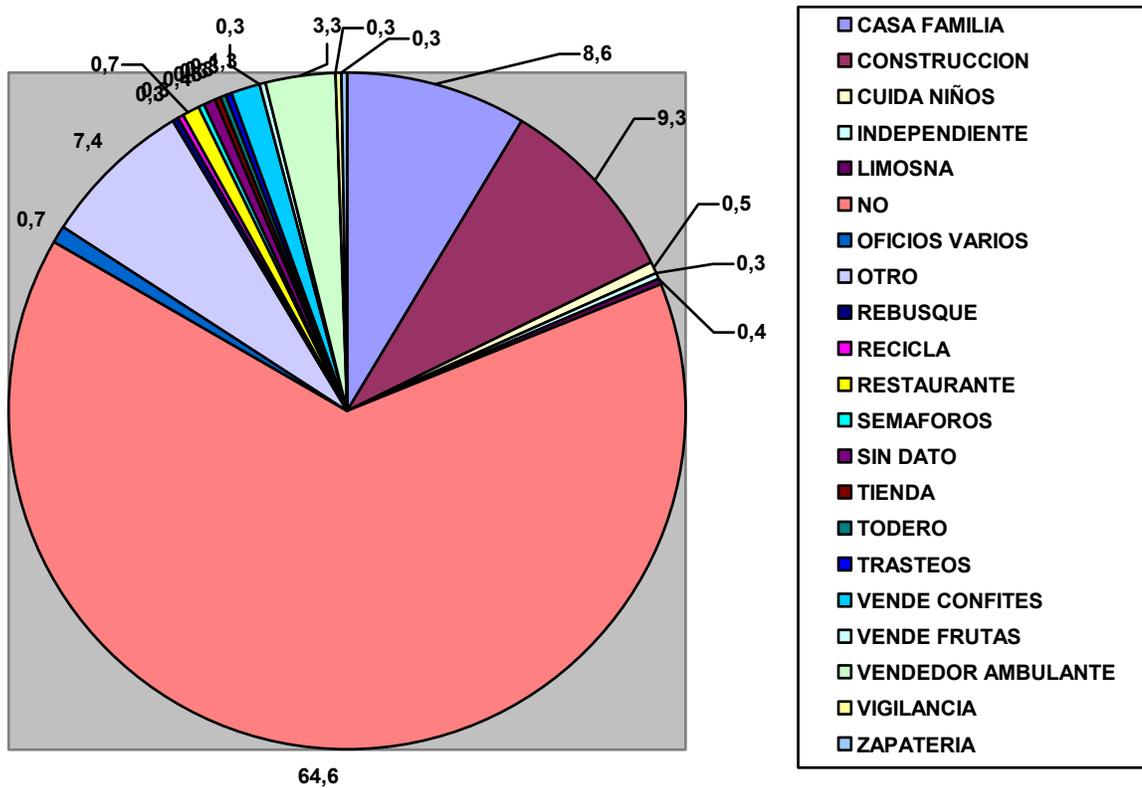
lee y escribe

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	296	39,2
	SI	459	60,7
	SIN DATO	1	,1
	Total	756	100,0



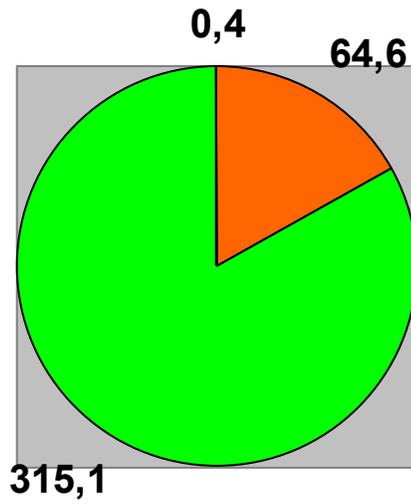
TIPO DE TRABAJO

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	CASA FAMILIA	65	8,6
	CONSTRUCCIÓN	70	9,3
	CUIDA NIÑOS	4	,5
	INDEPENDIENTE	2	,3
	LIMOSNA	3	,4
	NO	488	64,6
	OFICIOS VARIOS	5	,7
	OTRO	56	7,4
	REBUSQUE	2	,3
	RECICLA	2	,3
	RESTAURANTE	5	,7
	SEMAFOROS	3	,4
	SIN DATO	4	,5
	TIENDA	2	,3
	TODERO	2	,3
	TRASTEOS	2	,3
	VENDE CONFITES	10	1,3
	VENDE FRUTAS	2	,3
	VENDEDOR AMBULANTE	25	3,3
	VIGILANCIA	2	,3
	ZAPATERÍA	2	,3
	Total	756	100,0



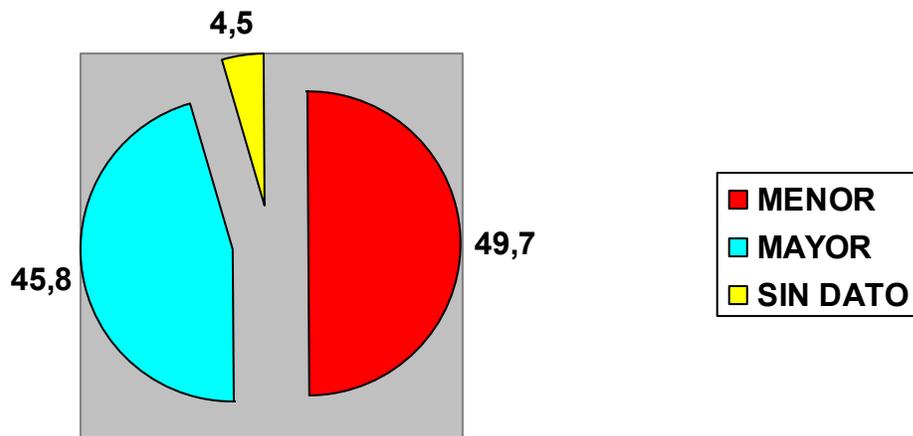
TRABAJO

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	NO	488	64,6
	SI	265	35,1
	SIN DATO	3	,4
	Total	756	100,0



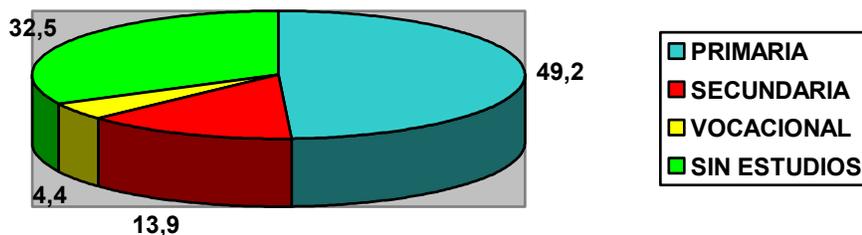
EDAD

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	MENOR DE EDAD	376	49,7
	MAYOR DE EDAD	346	45,8
	SIN DATO	34	4,5
Total		756	100,0



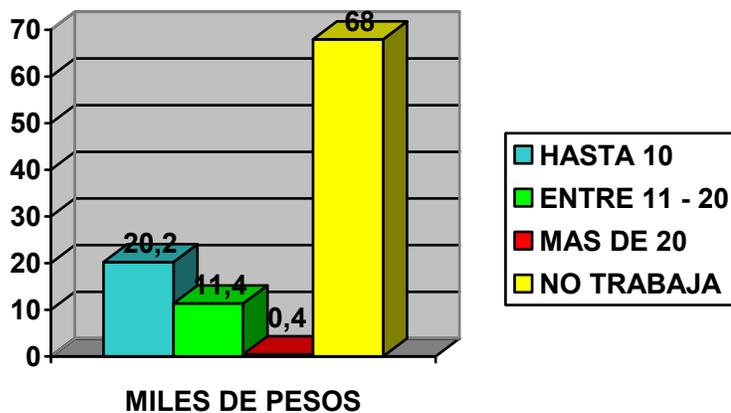
ULTIMO GRADO

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	BASICA PRIMARIA	372	49,2
	BASICA SECUNDARIA	105	13,9
	MEDIA VOCACIONAL	33	4,4
	SIN ESTUDIOS	246	32,5
	Total	756	100,0



INGRESO / DIA (EN MILES DE PESOS)

		Frecuencia	Porcentaje
Válidos	HASTA 10	153	20,2
	ENTRE 11 - 20	86	11,4
	MAS DE 20	3	,4
	NO TRABAJA	514	68,0
	Total	756	100,0



RELATO DE LA EXPERIENCIA

60 días y un día¹

SEMANA 1

DOMINGO 22 DE AGOSTO DE 2004

Día 1: Asumir la realidad

Luego de recuperarme del viaje y del impacto del reencuentro, decidí ponerme al frente del trabajo de campo, sin dar más largas al asunto. Conversé largamente con Ursula, quien ha sido por mucho tiempo mi asistente y que estuvo a cargo de no dejar “enfriar” el proceso con la comunidad y me confirmó que me venía diciendo, vía email, sobre el asentamiento: las muertes, las huidas, la dispersión, la imposibilidad de realizar un trabajo sistemático con el grupo de danzas “es que jefa, ni siquiera conozco a Rafael que es el que coordina al grupo, nunca ha cumplido ninguna de las citas”. Me contó lo amable que había sido Rebeca, de una ONG, nuestro contacto con el asentamiento Currulao. También me comentó sobre las veces que subió, cómo la trataron y el trabajo de lúdica que intentó hacer pero que fue difícil y luego imposible. Me recomendó hablar mejor con Rebeca y tomar decisiones, según su percepción “usted debería cambiar de comunidad porque yo veo eso muy complicado jefa.”

Llamé entonces a Rebeca, quien me reconoció de inmediato y se alegró y sorprendió de que siguiera con mis intenciones de trabajar con desplazados. “¿Por qué le sorprende que haya vuelto?”- le pregunté- “Pues porque no es fácil y he visto desistir muchas

¹ Para el relato de la experiencia, así como en la delimitación empírica en la metodología, he utilizado la “mitología” macondiana. Los personajes más significativos en el trabajo de campo han recibido sus nombres de los personajes básicos de Cien Años de Soledad. En esta decisión se cruzaron dos asuntos: uno, la propuesta de la tutora utilizar seudónimos, como medida ética y de protección, y dos, la percepción que tuve al estar en el asentamiento, en el cual se daban situaciones que inevitablemente evocaban la novela: distribución justa del espacio, un líder al frente de la ubicación de las viviendas, las luchas por el agua y las minutas de poblar un espacio baldío, en zona de riesgo y sólo con el recurso de la inteligencia. Población costera, comedera de coco, pescado y plátano. El realismo mágico que sugiere la pobreza latinoamericana en medio de la globalización. El colegio de la zona, con el nombre de Gabriel García Márquez, fotografía de escritor que ocupa el lugar de los crucifijos y sagrados corazones, propios de los colegios católicos colombiano (hay que recordar que Colombia es “el país del Sagrado Corazón de Jesús). Debo decir que sentí una gran satisfacción “estética” cuando hice esta elección para nombrar, no sólo sujetos sino lugares: El asentamiento - Macondo, El líder comunitario – José Arcadio, su segundo colaborador 1– Aureliano, su hija, colaboradora 1 – Amaranta, vecina colaboradora 2 – Petra Cotes, vecina colaboradora 3 – Pilar Ternera, vecina colaboradora 4 – remedios la bella (habría que verla), al cantador de la comunidad, colaborador 2 – Francisco el hombre, al dueño del rumbeadero, colaborador 3– don Apolinar, a la encargada de las compras, asistente 1: Ursula (una mujer de mucha capacidad para el trabajo), al encargado de administrar mi dinero, asistente 2 –Melquíades (un verdadero mago para hacer aparecer dineros), al encargado de los monitores de la RSUDA, asistente 3 – Mauricio Babilonia (soñador). Los demás asistentes reciben un nombre derivado de alguna de sus características

buenas intenciones”. Conversamos rápidamente sobre el asunto, ella me ratifico lo que Ursula me dijera sobre las dificultades de realizar un trabajo serio con este grupo, prefirió no hablar mucho sobre el asunto por teléfono y convinimos vernos al día siguiente, frente a una corporación local, a las 8 a.m.

Lunes, 23 de agosto de 2004

Día 2: Encuentro con la realidad

Asistí puntual a la cita con Rebeca y me contó (sin entrar en detalles, después supe que se sentía amenazada y que estaba evitando dificultades) lo que había pasado en la comunidad: “El asentamiento Currulao ya no es el mismo, todo cambió mucho en un año, la gente se ha dispersado e incluso no se puede decir que sean los mismos habitantes, ha pasado de todo, no sólo la violencia armada, sino la violencia de la naturaleza, ha habido lluvias muy fuertes, torrenciales... y se han llevado algunas casas, con gente incluida (las dos de las casitas en las que tanto he mostrado en mis fotos se derrumbaron y murieron dos de las niñas del grupo que había entrevistado). De tal manera pues que la comunidad está muy resentida y no quiere responder a ninguna convocatoria”.

Lo que pude concluir es que el grupo de danzas se acabó por sustracción - dos asesinados por conflicto y dos muertas por desastre - y la comunidad está apática a toda intervención, de hecho, muchos de los que conocí ya migraron...esto me produjo una profunda tristeza de cara a esta realidad tan oculta en mi vida tapatía. Ya en esta primera conversación Rebeca esbozó su propuesta de cambio de asentamiento para mi trabajo. Para mí no era tan fácil cambiar de comunidad, sentía mucha resistencia a dejar lo que había empezado y decidí pensarlo con menos prisa.

Rebeca me comento de un Seminario Internacional que iba a ofrecerse en la ciudad, que costaba 50.000 pesos y de inmediato me apunté como asistente, ella muy atenta convino en inscribirme para que asistiéramos juntas los días 6, 7 y 8 de septiembre en el Hotel Nutibara (él más antiguo y tradicional hotel de la ciudad y que según dicen representa su real centro físico) La invité a almorzar en el restaurante de una amiga que está en el centro, allí conversamos de asuntos más ligeros, nos despedimos a las 2:00 p.m. y quedamos de subir a la comunidad a la mañana siguiente.

MARTES 24 DE AGOSTO DE 2004

Día 3. Primer encuentro con la comunidad

Me encontré con Rebeca en el mismo lugar del día anterior porque allí se toma el taxi para subir a la comunidad. Me llevó a la zona por una nueva ruta, muy difícil porque “están abriendo calles para instalar las redes de gas y las vías están hechas un “despelote” tanto así que el acceso ya no es por las vías conocidas, nos toca inventar cada vez por dónde subir porque siempre cierran una diferente”. Hicimos una especie de “paneo” y luego fuimos a la escuelita que ella coordina. Las veces que he ido con ella siempre me conmueve la reacción de los niños a su llegada, desde que ella se asoma en la sima, todos empiezan a correr loma abajo, se descuelgan a una velocidad increíble,

uno cree que se van a caer o que algo les va a pasar, pero no, ellos manejan el camino, reconocen la topografía y parecen dominarla y llegan antes de que se les advierta cualquier obviedad. (55) Rebeca siempre los saluda y como buena “señora” les hace observaciones formativas, les recomienda alguna cosa, les arregla el peinado, les hace un comentario e, inevitablemente, dulcifica su voz, como si quisiera acariciarlos con su inconfundible acento paisa...yo simplemente me deleito viéndolos saludarla, saludarse y mezclarse sin objeciones (negros, blancos, niñas, niños, pequeños y menos pequeños) para entrar por la pequeña puerta que da al “edificio escolar” y que tiene un sótano donde hay dos salones y tres baños, un primer piso con otro salón, un comedor, tres baños más, la cocina, la recepción y la oficina de la coordinadora y un segundo nivel por construir, que sólo está en los sueños de Rebeca y sus maestras (no hay que olvidar que una de las características paisa es el afán de “echar plancha”).

Nos sentamos en la oficina, me ofreció tintico (café negro), luego me enseñó el afiche del certamen sobre conflicto urbano, me entregó la inscripción diligenciada y empezamos a conversar sobre el tema pendiente. Después de discutir y evaluar los acontecimientos que me contaran tanto ella como Ursula, encontramos que el primer asentamiento con el que hicimos el contacto ya no era viable y que sería no sólo difícil sino lento retomar el grupo inicial, de danzas, disperso en la actualidad. Conocedora como es del barrio Chiualo, de los asentamientos y de los diferentes problemas que rodean a los desplazados en la zona, Rebeca me sugiere, ya directamente, cambiar de comunidad. Me explica que los asentamientos se han tomado diferentes espacios y que así como para la Currulao (grupo del contacto inicial hace un año) corresponde el sector de la cañada, para los de Macondo (nuevo grupo de interés) corresponde la sierra. En el acercamiento que hiciera en el 2003 estos sectores estaban en conflicto y por lo tanto era imposible cruzar los límites cañada-sierra, hoy día se ha pacificado la relación entre ambos sectores y es posible transitar en la zona. Según Rebeca, Macondo es un asentamiento muy abandonado, que no ha recibido ningún tipo de ayuda, no ha sido indagado y por eso es adecuado para un trabajo con ellos.

Me comentó que en una entrevista que le hicieron a algunos líderes de la comunidad, encontraron que no tienen muy claro cuántos son, ni cuál es la composición del grupo en lo referido a edades, sexo y número de familia por casa, pero en la percepción de esta mujer existe un grupo mayoritario, desatendido y en más alto grado de “vulnerabilidad social” conformado por los chicos entre 10 y 14 años. En consecuencia se me sugiere tanto cambiar de asentamiento como de grupo étnico de interés, no sólo por lo que acabo de anotar sino porque los mayores de esa edad están dispersos, con seducciones que desbordan la localidad.

Quise observar el asentamiento y subimos: para pasar del asentamiento Currulao hacia el asentamiento Macondo hice un recorrido por la parte alta donde hay un camino transitable que, dándole la vuelta a la montaña, conecta ambos sectores. En este trayecto entre escombros, árboles, piedras y un mosaico de tugurios construidos con materiales que van desde cartón, latas, plásticos hasta el adobe y el cemento, pude observar la cotidianidad a la luz del día. Saludé a una señora que arreglaba su casa porque se le estaba entrando el agua, era negra, grande y pesada como muchas de ellas y al saludarme pude ver sus uñas de pies y manos pintadas no sólo con el esmalte común, sino decoradas con un paisaje: palmas, playas, sol y gaviotas... ¿era de su región? Supe que se los hacían entre ellas, todo manual y que en las tardes de tedio se buscaban para intercambiar “panoramas” y recordar su tierra. Seguí en el recorrido y encontré aquello

que hace mucho tiempo no veía: un niño totalmente desnudo, jugando con pantano y un palito. Allí estaba, mirándome con unos ojazos y con su enorme ombligo colgándole sin compasión a la manera de una apéndice, una especie de pene fuera de lugar, esta visión me envió a la costa pacífica, Bahía Solano, donde es común encontrar a los niños tal como lo he descrito. A su lado un niño blanco, también jugando, todo vestido, con su ropa mugrosa pero “completa” esto es con medias y zapatos e incluso con suéter y, no obstante esta diferencia, se relacionaba con el negro tranquilamente.

Crucé la cañada y allí estaba el asentamiento, fue conmovedor porque estaban despreocupados, la gente por allí, caminando por el parquecito, yendo y viniendo en sus quehaceres, los niños en los columpios y unos jóvenes en pleno centro de lo que ellos llaman “cancha” haciéndose peinados entre ellos: uno sentado, otro con una barbera, una navaja y con cuchillas haciendo un fino diseño en el ya cortísimo cabello de su amigo, los otros miraban, opinaban, orientaban y esperaban su turno.

Caminé un tramo del lugar, subí unos cuantos metros para ver “la escuelita” en construcción y me dolieron las rodillas, los niños por su parte subían y bajaban continuamente, al igual que las mujeres con sus baldes llenos de ropa para colgar en el tendedero dispuesto en el parque, me sentí muy floja.

Luego llamó mi atención un grupo de niñas, bastante pequeñas, todas negras, muy peñaditas y bien puestas, jugando a la “maestra”: en una esquina de una casita, que da a un volado, estaban organizadas, una piedra enterrada en el piso hacía las veces de escritorio, las tablas de “una pared” de la casa hacía las veces de tablero... alcancé a escuchar que una decía con una voz de bebé “profesora, profesora” y la otra más bebé aún decía “qué”...fue un espectáculo precioso y duro que, además de conmoverme por la pequeñita que hacía el rol de maestra, me asustó por el riesgo que, a mi modo de ver, corrían en ese lugar pues, en mi lógica, cualquier paso en falso, cualquier cálculo de movimiento mal hecho significaba un accidente: el sitio del juego era más de riesgo que de lúdica. (53) Las condiciones del espacio son limitadas pero eso no impide que jueguen y jueguen, realmente tienen que pasar más tiempo fuera de la casa que dentro: no caben y hay peligro.

Queríamos conversar con José Arcadio, presidente de la acción comunal. No lo encontramos, pero pudimos contactar a Francisco el hombre y a Aureliano, miembros reconocidos del barrio, a los cuales les planteamos el proyecto, las expectativas mías y las intenciones. Y en medio de la conversación me di cuenta de lo poco que sabían de “sí mismos” y entonces pensé en la necesidad de realizar un censo de la comunidad, y ese fue el primer acuerdo. Así las cosas convinimos reunirnos a la mañana siguiente, ahí sí con José Arcadio para convenir el trabajo.

Este encuentro me deja algunas impresiones: Al llegar nos encontramos con Jorge, con quien Rebeca entabló una conversación sobre una reforma que están haciendo al lado de la escuela y sobre el destino que tendrían esos escombros. Aquí se da una situación de tensión entre Rebeca y Jorge porque este le dice que tiene cara de rica y que no se queje tanto...Luego me enteró de su resentimiento pues no fue elegido en la JAL y eso lo tiene molesto y haciendo comentario mordaces, sin embargo sigue interesado en demostrar que es un macho, que puede tumbar muros y etc: la tensión entre individuo y sujeto. Jorge muy embambado: “la simulación de clase en la apariencia”. Rebeca me mostró el lugar de la reforma y era una esquina de unos 3 metros cuadrados que los niños habían

habilitado para jugar, en ese momento elevan cometas: la relación cuerpo-espacio-motricidad. La valoración del centímetro. La afectividad de los niños con las maestras y el reconocimiento a Rebeca. En el recorrido por la montaña me desconcertó encontrar entre tanta pobreza los detalles del cuidado de la apariencia: una señora mientras organiza su casa con un plástico para que no se le entre el agua, tiene las uñas de los pies pintadas y decoradas...este detalle de las uñas lo observé en otras mujeres de la zona!!! Sólo cuando ingresamos a “territorio negro” pude observar niños desnudos en la calle, sin absolutamente ningún trapo encima, algo que sólo había observado en el tiempo que viví en el Chocó.

Pues bien, allí, en aquella primera visita emergieron diferentes perspectivas en torno al cuerpo: El cuerpo como medio de recuperación del territorio perdido. El cuerpo como vínculo social. El cuerpo como identidad étnica, como posicionamiento e interacción cultural. El cuerpo como escenario del sistema de creencias. El cuerpo como escenario de prácticas estéticas que define épocas, orígenes, grupos etéreos. Las prácticas estéticas como un dispositivo de protección social. La adecuación de la motricidad como una protección ante un espacio amenazante. La resignificación del riesgo ante las condiciones de vida cotidiana.

Miércoles 25 de agosto

Día 4. La negociación: un censo

Las 7: 45 a.m. Rebeca me recogió al frente cerca de mi casa y en la ruta para subir a Macondo, para la reunión que habíamos concertado con los líderes. Llegamos en punto y allí fueron llegando los invitados. El primero que llegó fue José Arcadio a quien enteramos de la conversación del día anterior y se mostró muy entusiasmado. Luego llegó Aureliano y les propuse varias tareas para que pudiéramos dar salida al censo: 1. Contactar a 12 personas que nos colaboren con los encentadores. 2. Subdividir los tres sectores del asentamiento en 4 para poder desplazarnos (paso que no se hizo porque “mientras más sencillo mejor, si les metés mucha matemáticas ellos se te confunden y no hacen nada” – me observó Rebeca-. 3. evaluar la posibilidad de hacer la comida en una de las casas de la comunidad para los encuestadores y los colaboradores. Con respecto al trabajo con los chicos entre 14 y 16 años, José Arcadio me dijo “Mire profe, yo prefiero que trabaje con niños que están muy desatendidos, se la pasan por ahí sin nada que hacer y hay mucha tentación, hay mucha cosa por ahí y a mi eso me preocupa...porque les pasa como a los grandecitos que se reactiva la construcción se fueron pa'l centro y ya se dejaron atrapar por los vicios por la rumba...ya no volvieron por aquí, se pierden, es que desde que agarren pesitos...”

Hecho esto, subimos a mirar el salón de acción comunal-escuelita que están construyendo. Encontré que es un espacio de 30 metros cuadrados y que tienen techada sólo la mitad de ese espacio, el piso de barro, muy empantanado por la lluvia y le falta un muro de contención...me angustié profundamente y cuando bajamos a la ciudad, pensé en gestionar una donación para techar y hacer el piso. En la noche llamé a José Arcadio y me contó que estaba haciendo un presupuesto para una ayuda que le había prometido, respiré tranquila. Me dijo que lo que sí necesitaba era que yo lo acompañara, a la manera de aval, pues como era nuevo no le teína mucha confianza. Estuve de

acuerdo en acompañarlo y de paso me permitía observar de cerca la relación con las ONG'S. Muy dispuesto se despidió el presidente de la acción comunal.

Cuando salimos del asentamiento nos encontramos con Francisco el Hombre, se alegró con lo del censo y las tareas, se puso a disposición y nos dijo que su esposa podría hacer la comida para el día del censo.

Me quedaron algunas inquietudes de este día: José Arcadio, hombre blanco procedente del Tolima nos estuvo contando sus afanes porque a su esposa no la atendían en el seguro y requería una cirugía urgente y se vio obligado a interponer una acción de tutela, la cual ganó y ahora sí la van a atender adecuadamente. El asentamiento es en su mayoría negro, pero hay algunos blancos habitando entre ellos, ello permitirá realizar una observación de estas relaciones.

Jueves 26 de agosto

Día 5. El donativo

En la tarde nos pusimos en contacto con la ONG y nos ofreció un dinero para el piso de la escuela. La noticia tomó a José Arcadio por sorpresa, de un lado por lo rápido y de otro por mi solidaridad. Se comprometió a buscar una cotización de inmediato para saber exactamente el costo de los avances en la obra. En una torpeza de cálculo y en razón de las cifras que me dieron ellos mismos –los miembros de la comunidad- el día anterior creí que con el dinero que nos ofrecía se podría cubrir aspectos de la obra, más allá del piso y le mencioné: el techo que falta, el piso completo, el muro de contención. Ambos sentimos mucha alegría con el proyecto y planeamos hacerlo cuanto antes.

Viernes, 27 de agosto de 2004

Día 6. Los afanes del censo

Este día fue dedicado a la planeación del censo y a establecer contactos para reunir los encuestadores que se requieren según los cálculos. En la mañana, con Ursula una de mis asistentes, trabajamos en el número de personas, distribución, organización de la logística: escarapelas para los encuestadores, lápices, borradores, sacapuntas, tablas de apoyo, calcomanías para señalar las casas censadas, volante informativo para la comunidad, marcadores, papel periódico, cinta de enmascarar, refrigerios, almuerzos, agua y transporte. Acordamos que los encuestadores lleven jeans y camiseta blanca para facilitar la identificación. Con Melquíades, otro asistente, hicimos los presupuestos para: alimentación, pago de encuestador, los fungibles, multicopias y demás aspectos que tienen costos y acordamos la realización del formato de recolección de información. Con Mauricio Babilonia, un tercer asistente, organizamos la ubicación de los encuestadores, convinimos los precios y organizamos la reunión de estandarización, él me recomendó hacer una motivación con la gente de la Red de Semilleros de Investigación de la Universidad de Antioquia (RSIUDA), con quienes hablaría en la tarde sobre la metodología Total Compleja.

A las 3:00 p.m. llegué la Ciudad Universitaria, hice un recorrido para observar las novedades en la bella arquitectura de mi Alma Mater...encontré algunos carteles que invitaban a la “conferencia sobre metodología Total Compleja, por la profesora Rubiela Arboleda” y me asusté, pues hasta ese momento pensé que sólo se trataba de un conversatorio informal. Ubiqué el salón programado y me senté a esperar a que abrieran, allí en esa banquetta rediseñé mi presentación no tanto por lo de “conferencia”, sino por la sugerencia que me hiciera Mauricio Babilonia de vincular mi trabajo de campo con la RSIUDA. Se trataba de darle contenidos a una caracterización metodológica que yo hiciera de la investigación con adolescentes y decidí hacerlo a partir de la propia investigación. El profesor que me programó sin consultarme, me había dicho que se trataba de media hora, más un tiempo corto de preguntas (debo decir que intenté declinar de dicha invitación pues no quería ninguna “puesta en la escena pública” recién llegando, e incluso, no tenía un atuendo adecuado para ello). Entramos al salón y esperamos que hubiera una asistencia mínima para empezar; teníamos algunas dudas porque la asamblea de estudiantes había dictaminado cese de actividades académicas y a esa hora estaban sesionando, en mi interior deseaba que se cancelara el evento por inasistencia, pero no fue así, los estudiantes fueron llegando, reconocí sólo a los del grupo de Cultura Somática y, para mi sorpresa, encontré entre los 50 asistentes, a un exalumno y actual docente de la Universidad que, según me dijo después, “tenía mucha curiosidad por saber en qué andaba usted ahora y ya veo que no deja de enseñarnos”. Ofrecí mi charla, fue muy tranquilo todo, los estudiantes muy atentos, conversamos durante una hora y 40 minutos y al final invité a quienes estuvieran interesados para presentarles mi nuevo proyecto y hacerles una propuesta. Se quedaron unas 20 personas, les conté de qué se trataba, les mostré el proyecto en imágenes y les propuse participar en el censo; quienes aceptaran deberían hablar con Mauricio Babilonia, allí presente, darle sus datos y asistir a las reuniones de programación y de estandarización. Así se hizo y de allí, de aquel encuentro, salió el grupo de apoyo para el censo, el mímico que estaría conmigo en todo el proceso.

En la noche hablé con José Arcadio para saber la cotización y por supuesto, se había desbordado del precio calculado y más, cuando él incluyó un baño. Me tocó pues poner los pies en la tierra y precisar a cuánto podía llegar el donativo y que sólo era posible terminar la mitad del piso, que corresponde a la parte techada y el muro de contención, equivalente a un millón de pesos colombianos. Le pregunté si se había decepcionado con el ajuste y me contestó “no, no doctora, donación es donación y a nosotros todo nos sirve, todo es una ayuda”. Convinimos pues reacomodar las cosas, conseguir otra cotización, luego de realizada quedamos de encontrarnos a la mañana siguiente en el CERCA de Buenos Aires para que “usted misma vaya conmigo al depósito de materiales y vea el presupuesto” y así pueda ver que todo es legal.

Con toda la crueldad de la realidad y de los límites para ayudar a la comunidad, entendí que no hay que precipitarse en lo referido a dinero y donaciones, que hay que hacer bien los cálculos en todo sentido. Entendí también la avidez de ayuda en la que cualquier esperanza es promesa.

Sábado 28 de agosto de 2004

Día 7. El material para el piso

En la mañana conversé con José Arcadio, acordamos hora y lugar y fui a sacar el dinero. Fue día agitado pues justamente había planeado la celebración de mi cumpleaños número 45 en las afueras de la ciudad, con amigos y en familia. No obstante y estos planes, cumplimos ambos la cita, fuimos al depósito, entregué el dinero “más 20 mil pesitos más doctora, para refrigerio de la gente que nos va a ayudar a entrar el material”. Me explico: el asentamiento está en un lugar muy alto de la ciudad y el acceso es muy difícil, los carros, camiones y demás sólo llegan hasta un determinado punto y de ahí se sigue a pie para poder entrar en la comunidad Macondo, como la mano de obra es el aporte de la comunidad y el material de construcción es un bien preciado, hay que hacer un convite para poder salvaguardar: arena, ladrillos, cemento, etc. Por esto es necesario hacerlo un domingo que la gente no está trabajando y pueden colaborar, así que el material se empezó a subir desde el sábado y el domingo se continuó con el trabajo.

Al despedirnos ese sábado, cuando José Arcadio me acompañó al taxi, le pregunté si estaba muy decepcionado por la reducción del avance, se ríe con una ternura infinita, esa mirada de viejo sabio y me dijo, “no se preocupe, yo si me asusté cuando usted dijo que cotizáramos todo eso, pero estoy igual de contento porque esto usted no se imagina lo que significa para nosotros”...nos despedimos con un fuerte apretón de manos.

Semana 2

Domingo 29 de agosto en la noche

Día 8. Un día más

Llamé a José Arcadio para saber del convite (reunión de vecinos que trabajan juntos por una causa común –escuela- y sin requerir pago). “Eso fue una belleza doctora, usted hubiera visto a niños, mujeres, hombre, todo el mundo ayudando, subiendo arena en baldes, tarros, hasta en ollas, nos llovió pero no nos importó, seguimos trabajando porque no se puede desaprovechar esta oportunidad y el cemento no se puede mojar porque se endurece”. Quedamos de volver a hablar para repartir los volantes informativos del censo, en la comunidad y para saber si alguna señora del asentamiento se encargaba de vendernos los almuerzos ese día. Lamenté no estar en esos momentos en la comunidad y hacer un buen registro visual del convite proescuela.

Lunes 30 de agosto

Día 9. El trabajo de calle

Me encontré con Rebeca, como habíamos acordado, en el Portal de San Diego, para revisar el formato del censo y para hacerle la entrevista como directora de una ONG. Me ofreció su propuesta de perfil demográfico en papel y el disquete. Le compartí la mía y me hizo varias observaciones, igualmente le compartí las preguntas orientadoras de la entrevista que le haría a ella y me observó que “hay preguntas formuladas en forma negativa”, de tal manera que hice los ajustes y empezamos la conversación. Muy

ágil, conocedora y concreta, Rebeca fue dando salida a los temas y construimos un texto que ahora está en proceso de transcripción.

Cuando me encontré con Rebeca estaba consternada y muy, muy triste porque se topó casualmente con José Arcadio en la calle y mientras conversaban alegremente sobre el convite y le contaba de cómo se las arreglaba vendiendo cuadros, vio como se le transformaba la cara y se dio cuenta de que había llegado orden público a “levantar” a los vendedores ambulantes. “Empezó inmediatamente a recoger sus cuadritos y me dio la mano para despedirse, te imaginás –me dijo- todavía en esa situación y tuvo el detalle de despedirse de mano, con todo el respeto. Luego cuando volví a pasar lo vi al otro lado de la calle volviendo a colocar sus cuadros en exhibición”

En la noche llamé a José Arcadio par convenir un sitio de encuentro y poder entregarle los volantes. “En Colombia con Junín, al frente de seguros Bolívar, ahí en la calle, ahí estoy yo todo el día vendiendo cuadros”.

Martes, 31 de agosto de 2004

Día 10. La mirada del trabajador de calle

Llegué con buen tiempo de anticipación, pensando en que tendría que buscarlo, pero ya desde el taxi lo pude observar, con su postura habitual, desgarbada ¿agobiado?...mirando para todos lados, él también me vio mientras cruzaba la calle, me saludó con mucha alegría, nos estrechamos las manos. Le mostré el volante, le gustó, estuvo de acuerdo con los términos y los guardó. Le pregunté por el suceso que me contó Rebeca el día anterior y me respondió “eso es de todo los días doctora, no nos dejan trabajar, así nos la pasamos corriendo de aquí pa’ allá”. En ese momento se acercó un joven, seducido por los cuadritos, los miraba muy antojado “qué se le ofrece joven” le dijo y el muchacho preguntó el precio “uno 3 mil y dos en cinco”, los miraba, luego los tomó y dijo –lo que yo justo estaba pensando- es que se ven muy débiles, el gancho para colgar es muy frágil, da la sensación de que eso no dura”... “lo que pasa es que un cuadro muy liviano –efectivamente- y no requiere de más, usted lo cuelga y no lo vuelve a tocar, ahí lo deja”, yo observaba, pero no dejé de animar al comprador, empezamos a mirarlos juntos, yo decía cuál me gustaba más, José Arcadio le sacaba los 12 “motivos” diferentes y el muchacho finalmente y luego de mucho dudar se llevó un jardín muy colorido, que era más mi elección y una casita con unos cisnes en un brillante fondo de plata. Cinco mil pesos vendió José Arcadio... “buena espalda tiene usted, vea ya vendí dos y otro señor se arrimó a preguntar”. Conversamos sobre la construcción y me dijo que el domingo mientras unos van a acompañar a los encuestadores otros estarán trabajando en la escuelita. Nos despedimos y quedamos de vernos el jueves a las 8 a.m. en su casa. Le noté otra mirada, “la del vivo paisa” no tan acentuada y menos aún si se considera que él es tolimense, pero una mirada del que pide, un rictus de lo que nosotros llamamos el “trabajador de calle, el rebuscador”

En la noche me encontré con Ursula y Melquíades para saber cómo iban las cosas: revisamos el formato y quedamos de dejarlo listo el miércoles en la tarde. Con Ursula revisamos lo que se ha comprado, lo que falta, los costos hasta el momento, la capacidad del transporte que necesitamos. También encargamos la transcripción de la entrevista de Rebeca y decidimos comprar dulces para los niños en las casas el día del

censo. Al llegar a la casa me enteré de dos nuevos contactos para entrevistas a “los otros” que miran desde afuera.

Miércoles 1 de septiembre de 2004

Día 11. Un tema de investigación

En las horas de la mañana asistí al Encuentro Nacional de Investigadores, COLCIENCIAS, que se llevaría a cabo de en la Universidad EAFIT. El grupo Cultura Somática, al cual estoy adscrita, presentó el informe de la investigación sobre “El cuerpo del maestro en la escena pedagógica”, a mí me correspondió hacer una pequeña intervención, más de corte conceptual que descriptivo. Allí pude enterarme de los resultados de varias investigaciones que se están realizando en Medellín y encontré una que particularmente llamó mi atención y fue justamente sobre “Miedo y Desplazamiento” en Medellín, realizada por Cooperación REGION. Ahí surgió pues una tarea que debía realizar en este tiempo: contactarme con REGION y allegar información. Luego me encontraría con esta investigación en varios certámenes a los que asistí en Medellín.

Con José Arcadio, en su lugar de trabajo en el centro de la ciudad, organicé una subida a la comunidad para hacer un recorrido completo y tener una mejor visión de la zona: extensión, topografía, sectores, acceso. Acordamos vernos muy temprano en la mañana y luego en la tarde yo subiría con Melquíades. Rebeca me llamó para cancelar la subida temprano por motivos de salud y, en consecuencia, subiría sola y el la tarde con Melquíades.

Jueves 2 de septiembre de 2004

Día 12. Una panorámica de Macondo

En la mañana subí al asentamiento, pude arribar sola a la comunidad, con mi pobre orientación, lo que me sorprendió, por lo complicado del recorrido producto del montaje de las redes de gas para la zona. Caminé la zona, estaba todo muy solo, los niños jugando en el “parque”, la esposa de José Arcadio me ofreció café, conversamos con Aureliano y Francisco el hombre y les pedí insistir en el censo, esta visita era sólo para saber del proceso de motivación a la comunidad para el censo, no tardé mucho y me bajé con José Arcadio que tenía que trabajar. Más tarde subí a la iglesia La Virgen Negra para hacerle una entrevista al Párroco. Fue fácil llegar al sector que está bastante cerca del asentamiento Macondo. Llegué a tiempo y me atendieron también a tiempo. El Padre muy amable y conocedor del problema de los desplazados, atendió a todas las preguntas, las respondió con mucha claridad y diligencia y me permitió cualificar el cuestionario, adicionando otras preguntas más. Al salir me encontré con Rebeca y convinimos que el domingo me acompañaría al asentamiento.

En la tarde me encontré con Melquíades, arrimamos por José Arcadio a su sitio de venta, y concertamos que le pagaría 10.000 pesos por su resto de tarde en compensación a que dejaba de vender ese rato. Fuimos a tomar un taxi y no aceptó subir tan lejos, como lo vi suplicante le pedí que por favor no hiciera eso y que otro taxi nos llevaría sin

tanto obstáculo y así fue. Subimos a Aracataca, aprendí el camino y Melquíades también estuvo muy atento al recorrido para no perdernos el domingo. Llegamos muy rápido porque, como decimos por estos lados, “es alto pero cerca”...

Eran las 3 p.m. y todo estaba muy quieto, era la plena cotidianidad de una tarde cualquiera de jueves de septiembre. Entramos a la casa de José Arcadio para buscar un mapa de la zona que el tenía en uno de los proyectos comunitarios. La casa, si así se le puede llamar, es de una estrechez para mí desconocida, allí habitan cinco personas que conforman dos familias. La esposa de José Arcadio es una mujer de 40 años pero con padecimientos de salud de una mujer mayor. Con todo y sus limitaciones tienen dos neveras y esos sí, nos ofrecieron “agüita helada”. En ese mismo espacio está guardado el cemento para el piso de la escuela y al lado está un escaparate en el que está todo, hasta el archivo del la Acción Comunal. José Arcadio buscó y buscó pero no encontraba el famoso mapa, la mujer lo observaba con el desespero propio de quien sabe hacer lo que el otro no puede. En fin, decidimos irnos al recorrido sin el mapa porque el tiempo es oro en estos días. Salimos y habíamos avanzado dos metros de la casa cuando la esposa de José Arcadio nos alcanzó para entregarnos la carpeta amarilla que se había escabullido de la vista de éste. El mapa era una fotocopia de todo Medellín, algo muy borroso y en una esquinita, encerrada en el clásico círculo rojo estaba lo que se supone es el barrio Aracataca y donde hay que adivinar el asentamiento en cuestión. Decidimos que el mapa no servía y no fuimos loma arriba.

Recorrimos el asentamiento para identificar los sectores, Melquíades tomaba fotos como bien podía por la incomodidad del sitio y la calidad de la cámara, no obstante salieron muy buenas imágenes de este rato. La subida fue difícil pues había llovido desde el día anterior y, por supuesto, me resbalé un par de veces, así que, finalmente, José Arcadio me ayudó dándome la mano todo el tiempo. Identificamos los límites entre los sectores del barrio, subimos hasta donde termina el asentamiento y comienza el último pico de la última montaña de ese lado de Medellín.

Los niños nos seguían con mucha curiosidad... Llegamos al último caminito antes de remontarnos a la cima y allí, en los límites que separan el asentamiento del resto de mundo, había una familia blanca, de cabellos muy rubios, el señor con aspecto campesino: sombrero, botas, machete en la cintura y caminando con la mirada puesta en el suelo. La señora “joven” estaba haciendo mazamorra (bebida típica de Antioquia, hecha con maíz cocido, harina y leche) para vender, de hecho les dicen los mazamorreros, porque bajan diariamente a los barrios cercanos, y hasta el centro, vendiendo mazamorra. Había cuatro niños, muy rubios, con ojos claros y muy pero muy mugrosos, con la ropa bastante sucia, las caritas con costras de mugre y, pese a ello, era posible adivinar la belleza de esos rostros. En la casita las camas estaban sin tender, todo estaba tirado y los niños estaban fuera jugando con un cachorrito de perro, al que trataban como a un niño de brazos. La mujer batía la mazamorra también fuera de la casa, como fuera de la casa estaba un inmenso fogón de leña donde cocinan la mazamorra. Mientras el señor grande recoge leña y tira palos, los niños corretean cerca al calor del fogón. Pasamos muy rápido, Melquíades sacó unas imágenes, previa autorización, y nos subimos al camino superior que marca el límite y comunica con otros asentamientos en la parte alta. De salida escuchamos una discusión entre las niñas “ay, usted tan descarada, como es que envuelve a ese perrito así, no sea tan descarada” y la otra “es que es para que parezca un bebé”...

Seguimos por el camino, José Arcadio adelante mostrándonos detalles, vías, separaciones, riesgos, tipos de casas. Nos mostró una obra de desagüe que se quedó iniciada y nos habló del mantenimiento que le hacen porque en caso de fuerte invierno se puede inundar y generar daños más que beneficios. En el camino nos encontramos con niños que salían de la escuela que está en otro asentamiento, venían contentos, caminando y nos saludaron de muy buenas ganas. Nos empezaron a seguir, me dijeron dónde estaba la escuela y nos pidieron fotos, en una de éstas, justamente, se puede observar a cinco niños haciendo la tarea en un muro que da a un abismo, a uno de ellos le cuelga el pie sobre el mismo. (54)

Empezamos el descenso y nos topamos con una casa, de madera, con dos pisos, cada una de una pieza, en el primero había una gran mesa de billar, casi del tamaño de la misma pieza, de buena apariencia y se le veía el cuidado. Allí estaba el dueño, lo que llamamos el típico paisa: blanco, panzón, con la camisa por fuera, en chanclas, de unos 55 años y conversando con los sardininos (jóvenes), todos negros, que eran sus clientes. Esto es: en una de las partes más altas de este lugar de difícil accesos y de fácil deslizamiento hay un negociante que tiene una mesa absolutamente pesada, lujosa, con la que atrae a la población joven y le ofrece “diversión”. No indagamos qué les vende, sólo apreciamos las cervezas en las manos de los jóvenes y su apariencia. La que, convine con Melquíades, era de desocupados, en rumba permanente, lo que aquí se dice “fachosos”. Seguimos bajando y José Arcadio nos mostró el terreno donde antes estaba su casa “pero se deslizó un volcán (alud) y nos tumbó una parte de la casa, no nos pasó nada, pero nos tocó tumbarla toda y estuvimos unos 20 días repartidos en distintas casas hasta que pude medio construir esa de abajo donde estuvimos ahora, lo triste de estos es que yo no invadí, yo compré, así que esto es mío, pero no se puede volver a construir...pero mire doctora, gracias a Dios estamos vivos, porque mi esposa estaba limpiando la pieza que le hice a mi hija que estaba en embarazo y mi hija la llamó de la cocina y ella que sale de la pieza y la pieza que se cae”. Intentamos bajar pero una señora retuvo a José Arcadio, yo medio escuchaba la conversación y observaba en la señora el rostro de quien pide un enorme favor. Cuando José Arcadio se reintegro le pregunté que si la señora le estaba pidiendo permiso para vivir en el asentamiento y él me explicó que quería su lote para construirle algo a su hija en embarazo, pero él no podía prestar ese terreno así por lo que había pasado y que era necesario hacerle unos ajustes de seguridad.

Terminamos el tramo que faltaba, Melquíades también se resbaló. Decidimos nombrar un coordinador por sector: Ursula en el 1, Mauricio Babilonia en el 2 y Melquíades en el 3...llegamos al lugar de la tiendita que después me enteré que era el rumbeadero del barrio, donde hacen las fiestas, beben cerveza y bailan hasta el amanecer de los domingos. Acordamos con el dueño, Don Apolinar, que él se encargaría del almuerzo, nos comentó que haría un sudado de pollo y que luego me decía el valor. Dicho esto, confirmamos que el domingo se haría el trabajo, que estaríamos a las 8 a.m. allí, haríamos la reunión antes de la salida con los encuestadores y las personas de la comunidad que se iban a vincular, y que alrededor de la 1 p.m. sería el almuerzo.

Nos despedimos de José Arcadio a las 7 p.m. y bajamos al centro de la ciudad, con mucha hambre pues el tema de qué preparar para el domingo había sido muy buen aperitivo, nos fuimos a comer algo ligero, estábamos cansados y elegimos un lugar cercano, estando allí revisamos de nuevo el formato de la encuesta, hicimos unos ajustes

y realizamos un ensayo, que no pilotaje, con Melquíades como “desplazado”, tardamos 8 minutos en esta prueba y eso nos dejó tranquilos en relación al tiempo del censo.

Melquíades se encargó de fotocopiar los formatos y quedamos de vernos a la mañana siguiente para realizar la estandarización de los encuestadores y precisar detalles.

Viernes 3 de septiembre

Día 13. Encuentro con la red

La estandarización se organizó en dos jornadas, 9 a.m. y 3 p.m., por los horarios de los encuestadores. Llegaron cumplidos, desarrollé el orden del día como lo había establecido y los estudiantes hicieron preguntas y sugerencias, las cuales fueron pertinentes y tomé en cuenta para ajustar el formato. Convinimos sitio de encuentro, horario, atuendo, salario, refrigerio, almuerzo, tareas y reiteré sobre la zona, las condiciones topográficas y el acercamiento a la comunidad. También les solicité hacer anotaciones al margen de las preguntas establecidas y anotar aquello que cada uno considerara conveniente. Me ofrecieron tablas para la comodidad de los encuestadores y me las llevé como bien pude porque fueron 10 y estaban bastante incómodas, pero no era posible despreciarlas. Luego de la reunión los invité a un refrigerio y “hasta el domingo 5 de septiembre a las 7:30 a.m.”

Sábado 4 de septiembre

Día 14. Los impases de siempre

En relación al proceso del trabajo de campo sólo hice dos cosas: recuperar las tablas que había olvidado en un bar donde me había dado cita con una par de viejas amigas, y que ya estaban en la basura y contactar a los coordinadores para saber que todo estaba marchando sobre ruedas, como efectivamente me confirmaron. También llamé a Rebeca de la ONG, la cual me dijo que iba sólo hasta el lugar, miraba cómo iban las cosas, nos dejaba en la zona y se devolvía pues tenía mucha tarea acumulada, también me hizo la observación de que la hora de encuentro era muy temprano para una comunidad tan rumbera como la del Macondo, yo me preocupé pero igual no había manera dar marcha atrás. Ah, y una tercera cosa, me angustié todo el día pensando en si resultaría algo que no sólo dependía de mi, sino en lo que tenía que ver tanta gente. Todo el día llovió y en la noche también y los cercanos me decían “tranquila, que llueva bastante en la noche para que en la mañana ya no haya lluvia”.

Semana 3

Domingo 5 de septiembre.

Día 15. El censo llama a la puerta

El día esperado.

Llovió toda la noche y aún al amanecer y en la mañana se sentían las gotas pegar en las tejas de plástico del patio, esto me preocupaba porque el escenario del asentamiento está levantado sobre el pantano y la lluvia significaba riesgo y, por qué no, flojera. Temía de un lado que los encuestadores no llegaran y que el desplazamiento por el lugar se hiciera difícil, lo que en mi lógica significaba más tiempo en el cubrimiento de la comunidad.

Me levanté rogando a la vida que me permitiera hacer esto bien, suplicando a los dioses que toda la inversión de tiempo, dinero y energía valiera la pena y que todo llegara a feliz término. Llegué al lugar de encuentro 10 minutos antes y ya estaba Ursula, con un chico de 15 años al que ella llama “el secretario” y Rebeca, la directora de la O.N.G, eso me animó y me hizo pensar que “habíamos empezado con el pie derecho”. Todos los encuestadores fueron llegando muy cumplidos, el transporte también y mientras esperábamos a los últimos, nos tomamos un tintico (café negro), en uno de esos puestos callejeros que llevan el café en termos y los venden en carritos. Algunos ya estaban en la buseta abrigándose y allí les hicimos llegar su pocillo de café. Faltaban tres, y el coordinador de monitores me dijo que una había avisado que no vendría porque vio el “cielo muy encapotado”, a los otros dos los llamamos y mientras llamábamos a la primera la vimos aparecer y del otro nos dijo su mamá que había salido para la Plazoleta San Ignacio, punto de encuentro. Decidimos esperarlo 3 minutos más y en ese tiempo llegó. Arrancamos a la hora prevista y llegamos a la comunidad a la hora prevista. Empezamos a bajarnos del carro y todos nos miraban, finalmente conformábamos un grupo de 21 personas, ajenas a la comunidad, con apariencia de “universitarios” y con rostros de curiosidad.

Iniciamos el ascenso de un trecho, no muy largo, que separa el colegio Gabriel García Márquez, sitio hasta donde llega carro, de la entrada al asentamiento. En ese tramo se me acercó Eloisa, una de las encuestadoras, una chica de 20 años, que fuera mi estudiante en Educación Física, que se casó con mi compañero de oficina y que tiene un bebé de año y medio. “Tengo un poco de miedo Ruby, no sé qué me va a pasar con el impacto de lo que vea, estoy muy prevenida por la pobreza que voy a encontrar, como ya tengo un niño ya veo las cosas diferentes, pienso más las cosas y me duele más el sufrimiento de la gente”, intenté animarla y decirle que hiciera de esa experiencia algo positivo, que tratara de encontrarle el lado amable y que por favor no dejara de escribir todo aquello que percibiera. Para ese entonces la lluvia había cesado y aunque el día estaba oscuro y un poco triste nos sentimos contentos de no haber desistido y de haber llegado hasta allí, lo que hicimos fue convencernos de que tanto la lluvia como la hora, muy temprano según Rebeca, podrían obrar a favor, pues encontraríamos a la comunidad “recogida” en sus casas, como efectivamente sucedió.

Llegamos a las 8 a.m. y José Arcadio salió a nuestro encuentro en el caminito “pero usted se trajo todo un grupo, doctora” “cómo le parece José Arcadio, mire que muchachos tan bonitos los que les traje”...antes de introducirnos en el asentamiento en sí, nos detuvimos para observar el lugar; hay una suerte de batea entre el sitio de ingreso al sector y la entrada propiamente dicha al asentamiento. La entrada está marcada por la cañada, que separa a la sierra de Macondo, de tal manera que la gente que está de la cañada hacia arriba pertenece a dicho asentamiento y los que están al frente de la cañada, al lado de la sierra, pertenecen al asentamiento denominado Mompós, vale decir que estas casas pertenecían antes al asentamiento Macondo, pero por una muy reciente decisión del Municipio ya están separados. Nos detuvimos pues, antes de cruzar la

cañada y de iniciar el ascenso, para indicarles a los encuestadores los límites, observar el asentamiento desde allí de donde es posible verlo en su real dimensión y apreciar lo empinadas de las construcciones. Hecho esto y luego de escuchar las exclamaciones un tanto de entusiasmo y otro tanto de asombro, ascendimos por las escaleras que llevan al “centro social” del asentamiento: es la única parte plana del lugar y tiene unas bancas de cemento, cuatro columpios, tres mataculines (un sube y baja), una caseta de venta de mecato, refrescos y cerveza y a su alrededor inmediato están las casas y hay tendedores de ropa, personas motilándose, en fin, es el paso obligado de toda la comunidad, excepto los de la cañada, para ir a cualquiera de sus casas en cualquiera de los sectores. Desde lo que yo llamo el parquecito, miramos hacia las lomas donde están la mayoría de las viviendas y les expliqué los límites de los sectores, les recordé quienes eran los coordinadores de cada sector. Subimos al rumboadero (bailadero), que es el lugar de reuniones y de donde partiríamos para el censo y a donde llegaríamos para almorzar.

Iniciamos la reunión, eran las 8:20 a.m, repartimos las encuestas, las volvimos a leer para enseñarles los cambios y aclarar nuevas dudas. Las personas de la comunidad que nos iban a colaborar fueron llegando “graneaditas” y se fueron integrando al grupo. Rebeca leyó el formulario, le gustó mucho, ella misma me había sugerido un par de preguntas y aun en ese momento nos hizo una importante observación: “¿qué van a hacer cuando no son desplazados?”, esta observación la hizo en virtud de que la primera parte de la encuesta se refería a motivos y sentimientos en torno al desplazamiento. Decidimos pues preguntar si eran desplazados, anotarlo en las observaciones y, en caso de no serlo, entonces sólo aplicar la segunda parte del cuestionario, y así hicimos. Repartimos pues todo lo necesario para el viaje que emprenderían: escarapelas (gafetes) con los nombres y los códigos personales, calcomanías para indicar las casas censadas, lápices, borradores, sacapuntas, tablas para apoyar, las encuestas, que allí mismo fueron marcadas con los códigos respectivos, y el refrigerio para el viaje (2 bolsas de agua, refresco y una torta Gala). Recordamos el lenguaje adecuado, realizamos los últimos ajustes, reiteré tomar nota de lo que creyeran significativo o los impactara, nos distribuimos por sector, en suma eran 18 encuestadores, lo que representaba 6 por sector, repartimos a los acompañantes de la comunidad, a quienes en bolsitas, les organizamos sus respectivos refrigerios (vale la pena anotar que muchos querían irse al sector 3, sector que siempre presenté como el más complicado y difícil, sin embargo la distribución final se hizo por afectos hacia el coordinador). Eran las 8:50 cuando salimos rumbo a los respectivos sectores, había planeado estar en la primera casa a las 9 a.m. en punto y así fue efectivamente. Había llovido toda la noche y ahora el día abría con cierta pereza y densidad, pero eso mismo nos permitió desplazarnos por el sector no sólo sin lluvia sino sin los rigores del calor. “El secretario” se encargó de los bombones para los niños, de estar de sector en sector detectando problemas y de comunicarme sobre el desarrollo de la jornada. Habíamos logrado un primer paso, clave para el desenlace del objetivo propuesto.

Rebeca y yo salimos a observar el ascenso, los encuestadores llevaban camisetas blancas y los tres grupos decidieron libremente y con su coordinador, iniciar de arriba hacia abajo, subieron por el mismo caminito, hasta cierta parte, esto era un espectáculo pues se veía como un gran gusano blanco subiendo por una montaña, o como un racimo colgado en esa ladera, esto era llamativo y, difícil decirlo, bello. No duró mucho, porque en poco tiempo se disolvió el grupo y se dividieron por sectores y luego cada uno, con sus propias provisiones, impresiones y experiencias, se introdujo en una casa diferente.

Me quedé en el lugar de la reunión, donde acordamos reencontrarnos a la 1.p.m. para almorzar, allí evaluaríamos la situación para saber si era necesario continuar luego del almuerzo o, por el contrario, podríamos irnos, habíamos quedado con el conductor de llamarlo en cuanto estuviéramos listos. Le repetí la entrevista a Rebeca porque la anterior se echó a perder. La rehicimos y aproveché para hacerle las preguntas que introduje cuando hice la entrevista al Párroco. Luego continuamos con Don Apolinar, el dueño del lugar, y Rebeca intervino en algunas preguntas. Algunos niños se habían acercado para husmear y les ofrecí refrigerio, siguieron allí y les hice una “entrevista colectiva”. Rebeca se despidió, la acompañé a la salida del asentamiento y allí empecé mi observación de la comunidad.

Un asunto que de entrada llamó mi atención fue el observar a José Arcadio por todo el espacio, insistiendo en invitar a la gente al convite para entrar el material de la escuela, el señor subía y bajaba las laderas del asentamiento, pero era inútil, los hombre estaban bebiendo en el parquecito, “desenguayabando”, y hacían caso omiso del llamado. Mientras algunas mujeres y algunos niños ayudaban como bien podían a entrar el “triturado”. Los niños utilizaban hasta baldes de playa para su cuota de ayuda, las mujeres más valientes cargaban con pesos mayores y se iban cambiando en el camino. Le propuse a José Arcadio hacer un sancocho (plato típico) comunitario para quienes ayudaran en la recolección. La mañana transcurría y no llegó más gente al convite, así que José Arcadio decidió no hacer el sancocho sino, más bien, comprarles un refresco... a mí eso no me gustó, pero no intervine más allá de la pregunta. (37)

El argumento de los hombres para no ayudar es que el domingo es su único día de descanso...excusa que resulta extraña por cuanto se quejan de desempleo...en fin, que no ayudaron y desde las 8: 00 a.m. que llegamos hasta la 1:30 que salimos sólo habían entrado una pequeña parte del monte de arena y de hormigón que la volqueta dejó frente al Gabriel García Márquez en tanto el asentamiento no tiene manera de acceso directo para vehículos. (37)

El parquecito, lo que ellos llaman cancha, es transitado permanentemente por la comunidad: parejas de novios pasan tomados de la mano a las 11.am., una señora cuelga su ropa, recién lavada, en un tendero que cruza a un costado del parque. La única bicicleta que vi, bajó desde lo más alto, por esos caminos estrechos y empantanados hasta la zona social que es el parque. También vi a los hombres sentados en las pocas bancas tomando su cervecita y observando a los “extraños” que habían irrumpido en el lugar, desde el sitio estratégico donde se ubican, justo a la entrada del parque y al lado de la tienda, pueden mirarlo todo y echarle piropos a las mujeres...ellas van y vienen, entre la casa, la tienda, los niños y el convite. Los niños jugando en los 4 pares de columpios, en dos deslizaderos y tres mataculines, siempre llenos, y ante los cuales, los otros que no han podido jugar, esperan la más mínima oportunidad para subirse. Otros hombres entran ladrillos para sus propias viviendas, porque el domingo es para todo y más aún para mejorar las casas, lo cual es una suerte de obsesión, son desplazados!

Uno de los encuestadores emergió de la montaña y lo observé tocando en una casa y lo atendió una mujer, no lo hizo pasar, sino que allí, de pie, le atendió la encuesta. Me emocionó verlo de nuevo y ya en la parte baja, pues eso anunciaba no sólo que las cosas iban marchando sino que el tiempo planeado iba a ser alcanzado. Luego llegó otra encuestadora, a quién le correspondió hacer el censo en el rumbeadero. El secretario me buscó para pedirme el refrigerio de uno de los miembros de la comunidad que se

pegaron al grupo más tarde, e igual José Arcadio llegó por otros para el sector 3. Todo iba bien y el olor al sudado de gallina que se cocía en fogón de leña y que nos estaban preparando para el almuerzo, invadió el espacio y todos lo comentamos... se nos abrió más el apetito.

El ambiente en el asentamiento era de fiesta, la sensación que tuve y que luego me confirmaron, es que los domingos se la pasan allí, pocos salen y los que lo hacen van a misa o a rituales evangélicos, pero la mayoría de la gente prefiere estar en su comunidad. Todo el ambiente estaba penetrado por la música, que no sé de dónde provenía y que era inevitable escuchar, eso daba cuenta de un equipo de sonido (estéreo) muy potente que estaba en cualquiera de esos ranchos...esto es, en una pequeña casa tugurial tenían un super equipo que puede abastecer de música a todo el asentamiento, lo que dice de las prioridades de esta gente. La música que sonaba era Vallenato, por supuesto.

Desde el rumbeadero, al que volví para entregar los refrigerios que me solicitaron, pude observar de nuevo el parquecito, y allí vi a las niñas negras, vestidas de domingo, con sus peinados, elaborados y hermosos, afrocolombianos como dicen ellos y como, a su vez, prefieren clasificarse ellos mismos. Desde niñas se les ve esa actitud de “modelos” que desfilan exhibiendo sus cuerpazos, con ropa muy ajustada, la misma que deja ver esas caderas levantadas, características de la raza, y esas pequeñas cintura y vientres planos, también a ellas propias. Algunas parecen unas verdaderas princesas de ébano, con trajes de mil colores, adornados con piedritas, lentejuelas y demás cosas brillantes. En el atuendo los negros se caracterizan por lucir colores mezclados de forma poco convencional y por los adornos brillantes, dorados, porque el dorado es su preferencia de preferencias. El oro ha sido, históricamente, su pasión. La decoración y el acicalamiento no es sólo una preocupación femenina, es un asunto de hombres, mujeres, viejos, niños, de todos. De hecho pude observar, como una actividad más en el parque, a un joven de unos 20 años haciéndole un corte – decoración-, a otro hombre: en el cabello, ya muy rapado, hacen dibujos en un más bajo relieve, en este caso era una estrella y una flecha, que se configuraron en verdaderas artesanías.

Bajé de nuevo al parque para ver de cerca el proceso del peinado y al salir del rumbeadero, lugar estratégico para la observación del sector, me encontré con Lisa, otra encuestadora, que sólo me dijo. “me resbalé, fue inevitable”, la huella del hecho estaba en su trasero, totalmente marcado por el pantano. Descendí y allí pude observar a otros encuestadores en las casas de abajo y en esas, fueron llegando uno a uno, con la labor cumplida, según ellos; lo que no se esperaban era que faltara el sector de la cañada, en cual tiene una pequeña y confusa entrada por el costado de una casita. Me paré ahí para detener a los que bajaban y empezarlos a desviarse hacia la cañada, Aureliano los esperaba y los conducía a las casas que faltaban, volvía a subir y allí le tenía a otro encuestador, el mismo que se internaba sin dejar rastro. Hasta que llegó el momento en que devolvieron a uno de ellos porque ya estaba cubierta la zona. De ahí en adelante, a los que fueron llegando los invité a sentarse en el parque y anotar, de inmediato, lo que habían percibido de la experiencia, y eso hicieron, algunos con una aplicación de niño de escuela, se sentaron hasta en los columpios para hacer un pequeño informe. Luego empezaron a emerger los de la cañada, y de a uno fueron llegando, sólo faltaban tres, y los vi bajando, conversando pero, sobre todo, riéndose, los alcancé y me dijeron que estaban haciendo “control de calidad” y que se dieron cuenta de tres casas sin censar y las cubrieron, “¿de que se ríen tanto?” les pregunté un poco prevenida con la

sensibilidad de la comunidad...”es que Walta se acaba de caer...”, para reírse de esa caída hay que saber quién es Walta, alguien así como para evitar las caídas en las bajadas y para ir a caerse en el plan...pero esa es otra historia.

Mientras esperaban a los compañeros, aquellos que estaban en el parque se hicieron algunas fotos, nos llamaron y conformamos un gran grupo, el que incluía a los colaboradores de la comunidad y a algunos niños que siempre estuvieron cerca y excluía a algunos de nosotros que, literalmente, no cabíamos en la foto. Subimos al rumbeadero porque el almuerzo ya estaba, eran las 12:30, esto es, media hora antes de lo previsto. Subimos y todos nos ubicamos y allí me di cuenta que faltaban algunos encuestadores por acercarse, esperé, pero al ver que no llegaban, salí a buscarlos y desde allí los vi, muy contentos, con sus camisetas blancas, bien vistosas, tomándose una cerveza, eran dos de los coordinadores y sus más allegados amigos...bajé muy molesta, les dije que no hicieran eso, por varias razones: beber en el trabajo, beber con los hombre que no habían colaborado en el convite, lo que para mí era una manera de ponerse de su lado y separarse así del grupo de trabajo. A algunos les dio risa, otros dijeron “se los dije” y a otro, al coordinador de sector 3, Melquíades, no le gustó para nada el llamado de atención pues se sintió regañado, ¡él! que es el colaborador estrella...

El almuerzo estaba rico, lo disfrutamos todos, los encuestadores y los colaboradores de la comunidad más los dueños de la casa. Luego les agradecí con un “detallito” a los colaboradores del sector y ellos fueron saliendo. Empezamos a desfilar rumbo al colegio donde nos recogería el bus en 15 minutos y me acerqué a Don Apolinar, para pagarle los almuerzos, me cobró más bien caro cada almuerzo, sin tener en cuenta, para nada, lo que estábamos haciendo y que llevamos los platos, los vasos, los cubiertos, las servilletas y el refresco. Me extrañé y se lo hice saber, pero le pagué los 120 mil pesos que me pidió, equivalente a 3 mil pesos multiplicados por 40 almuerzos.

Salimos de allí, contentos por el trabajo cumplido, la gente se despedía con afecto, organicé la próxima cita con José Arcadio, le di su “detalle” a Aureliano por su colaboración y bajamos hacia la cañada para salir al colegio Gabriel García Márquez, donde nos recogió la buseta. En el camino fui pagándoles a los encuestadores uno por uno, el billete lo recibían los de la primera banca e iban pasando hasta llegar al sujeto en cuestión, esto se prestó para chanzas y risas, mientras Ursula recogía las encuestas, los lápices, los borradores, los sacapuntas y las escarapelas. Las organizó en un maletín.

Nos dejaron en el Parque del Periodista, allí los invité a una cerveza con el dinero de la única encuestadora que faltó. Yo estaba rendida, así que no pasé de una, me despedí en ese momento de todos y me abrazaron muy afectivos y yo, sin pensarlo dos veces, corrí a mi casa, a la ducha y a la cama, eran las 4:00 p.m. cuando me metí bajo las cobijas y de ahí no volví a salir hasta la hora de la comida y eso porque mi hermana insistió. Esta sería la primera jornada colectiva “visita masiva” de 3 que haríamos los domingos.

Lunes 6, martes 7 y miércoles 8 de septiembre: SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE CONFLICTOS URBANOS Y ALTERNATIVAS DE TRANSFORMACIÓN.

Días 16, 17 y 18. Entre conferencias y entrevistas

Desde el primer encuentro con Rebeca convinimos en asistir al este certamen. Ella me inscribió y el lunes, luego del censo, asistí muy puntual a esta reflexión. Como las memorias dan cuenta, fue muy amplio y recogió experiencias, tanto de investigación, análisis y crítica como de intervención en las comunidades afectadas. Particularmente en el Foro sobre Movilidades, encontré aportes significativos en torno a los estudios que se vienen realizando en la ciudad que tocan asuntos como: miedo, sostenibilidad de las intervenciones, emergencia de asentamientos, experiencias de desplazamientos en el Oriente antioqueño. Y en el Foro sobre Medios y Conflicto: pude captar diferentes posturas en torno a la relación medios-control-paramilitarismo-fuerza pública- actores directos. Crítica a los medios como caja de resonancia de las decisiones gubernamentales.

La asistencia fue muy nutrida e identifiqué personas de la vida académica que se han caracterizado por su sensibilidad social, por su participación en diferentes propuestas comunitarias y en grupos de “crítica social”. Para mi sorpresa, me encontré que en la mesa de apertura y en uno de los paneles centrales estaba el actual Secretario de Gobierno, a quien he reconocido como escritor entre otros de “No nacimos pa’ semilla”, texto coyuntural en torno a la emergencia del sicariato en Medellín. Inmediatamente tuve oportunidad programé con él una entrevista, allí, rodeado de guardaespaldas, dijo reconocermé y muy atento convinimos que el jueves, a las 7: p.m. en “La tienda del MAM (Museo de Arte Moderno)” en el bulevar de Carlos E. También, como coordinador del evento y con discurso de apertura identifiqué a un sociólogo, quien fuera mi profesor de Religiones y que en la actualidad trabaja con la Pastoral Social de la Arquidiócesis de Medellín en torno a la asistencia con los desplazados. Nos saludamos, le dije que quería entrevistarle y, sin pensarlo dos veces, salimos a la sala de espera del hotel y allí mismo empezamos el diálogo, el mismo que complementamos al día siguiente. Fueron dos horas de conversación, no tanto por las preguntas, sino por las respuestas, las cuales fueron profundas e ilustradas. Quedaron dos preguntas en el aire: ¿para usted qué es el cuerpo? Y ¿qué es el miedo?, en la mañana del martes repetimos la sesión y las respuestas a este par de preguntas fueron “eruditas” por decirlo de alguna manera.

En el Foro sobre Movilidades, Rebeca me presentó a la Coordinadora de la Unidad de Atención y Orientación al Desplazado (UAO), y concertamos la entrevista, esta se realizó el miércoles en el restaurante del hotel Nutibara y allí conversamos sobre las diferentes propuestas que emergen en torno al desplazamiento, me habló de los límites estatales y de la diferencia de tiempos entre lo social y lo ejecutivo y sobre la distancia entre lo académico y lo político. Ella, muy atenta, me solicitó que le enviara la información del censo y me puso en contacto con otro empleado de la UAO y con él acordamos hacer la entrevista el lunes 13, a las 2:30 p.m. Igualmente contacté a la Directora del Instituto de Estudios Políticos y una de las ponentes de Foro sobre Movilidades, me pidió pasar por su oficina para “trabajar un rato”. Me encontré con una periodista y vieja amiga, que trabaja con diferentes ONG’S y quien se ofreció a colaborar en el trabajo de campo, así que me propuso un personaje para entrevistar,

entrevista que ella organizaría, también se comprometió en conseguirme la información sobre las instituciones que trabajan en torno a los desplazados en Medellín y acompañarme a la comunidad para hacer registro visual.

El miércoles se clausuró el certamen y tuve la grata sorpresa de recibir un obsequio de libros en torno a la problemática de la ciudad, fue una deferencia para conmigo que aún no me explico. A la salida me enteré de que en un salón contiguo, en el mismo hotel, había un Foro político, en el que se presentó uno de los congresistas de mayor credibilidad en el ambiente académico, lamenté no haber asistido, pero ahora cuento con la grabación de su conferencia, en ella hace referencia a los desplazados.

En la tarde del miércoles entrevisté a mi amado profesor y colega, le hice el cuestionario y fue un grato encuentro con una suerte de “sensibilidad desprevenida” en torno a un problema tan contundente como el que vive la ciudad. Me sorprendió la claridad y lo atinado de sus comentarios.

En la noche llamé a José Arcadio, el líder comunitario, para concertar una cita con las personas de la comunidad que habían colaborado en el censo, con el afán de vincularlas en la fase siguiente del trabajo. Se alegró mucho al escucharme, pues estaba convencido que luego del censo “se iba a perder, porque eso hacen todos los investigadores”. Convinimos que al día siguiente yo lo recogiera en Junín con Colombia, sitio en el que vende su mercancía y subiríamos al asentamiento

Jueves 9 de septiembre

Día 19. El infortunado encuentro ¿desencuentro?

En efecto, pasé por él a las 2. p.m., tomamos un taxi y subimos al asentamiento, allí recorrimos de nuevo el sector, saludamos a la gente, observamos que habían quedado algunas casas por censar, estuvimos mirando posibles espacios para los talleres, hablamos del material para el piso de la escuela que faltaban por entrar, de “lo difícil que es motivar a los negros doctora, es que son muy perezosos”. Conversé con los niños en el parquecito, me explicaron algunos juegos. Todo muy bien, muy tranquilo, sin contratiempos. Decidimos subir la montaña para indicarme cómo se va a los chorros, José Arcadio, como siempre dándome la mano para ayudarme a ascender por esos caminos inciertos y resbalosos. Cada que él me daba la mano miraba hacia abajo, yo de subida, sólo lo veía a él y al resto de la pendiente. En uno de estos movimientos lo vi cambiar de gesto, lo percibí muy atento, asustado y “casi” pálido, diría yo. “¿Qué le pasa José Arcadio?” Le pregunté, pensando en el vértigo que padezco y que tiene apariciones súbitas. “Nada doctora, que esta gente no deja trabajar”, ¿qué gente?, “los que vienen pa’ donde nosotros”, miré hacia abajo y de inmediato ubiqué la situación y no es que sea adivina, sino que aquellos sujetos saltaban a la vista, no sólo por su apariencia física, sino por su rictus corporal. Recordé cuando hicimos una investigación en otro sector de la ciudad y tuvimos que negociar con los reinsertados, eran muy parecidos ¿eran los mismos? “¿Y vienen para acá?” “seguro doctora, yo ya me lo olía, ya había oído algo por ahí” “¿algo cómo qué José Arcadio?” “pues no, que estaban preguntando mucho, usted sabe, la gente ve material, que los que vinieron al censo, que gente distinta y se timbran”, ya no alcancé a preguntar más, ni quiénes eran, ni de qué grupo, nada, sólo logré decirle “pues si es así, hablemos con ellos, yo no tengo

problema, el que nada debe nada teme José Arcadio” “pero usted sabe doctora que de buenas intenciones está empedrado el infierno”, “en fin, -le dije- además ya estoy muy cansada, así que esperémoslos”. Y allí, es medio del camino, justo al lado del terreno donde alguna vez estuvo la casa de José Arcadio y que “el volcán se la llevó”, me detuvieron ellos, “los muchachos”, “buenas tarde, nos dijeron” “buenas contestamos los dos” “¿usted nos permite un momentico?, no le quitamos mucho tiempo” “tranquilos, no tengo afán- les dije-” y empezó hablando el pelirrojo (sujeto que me hizo evocar a mi hermano, apodado el rojo en la Universidad y a Van Gogh, llamado también le loco rojo) “mire señora –dijo nervioso y pensando muy bien las palabras, no se qué decir, sino en cómo decirlo lo mejor dicho posible- nosotros queremos saber usted qué es lo que quiere por aquí, porque es que la hemos visto mucho, vino con un montón de gente, le preguntó a todo el mundo cosas y nadie nos ha dicho ni por qué, ni pa’ qué, ni quién le dio derecho de venir aquí con todas esas cosas”...Eran 5 muchachos, me llamó la atención que ninguno era negro, había mestizos y hasta el pelirrojo, pero no un negro como la mayor parte de los habitantes del asentamiento. Estaban vestidos de jeans, camisas, casi todos de cuadros, con tenis “finos”, dos con cachuchas, otro con lentes oscuros, todos con reloj, algunos con celular, con cabellos muy cortos, y dos parecían hermanos por la similitud de contextura, facciones, gestos y tonos. No podía “repararlos” mucho porque era evidente la molestia y lo “tocados” que estaban. Hurgué en mí, busqué el miedo y lo extrañé, ¿qué sentía?, muchas emociones simultáneas: curiosidad, rabia, distancia...me sentía retada y, de alguna manera, satisfecha de que esto pasara, pues me propiciaba una experiencia significativa de la lógica del poder entre estas gentes. En algún momento sentí deseos de reírme porque vi todo aquello como una puesta en escena, una suerte de caricatura de lo tantas veces oído y contado. No, no tuve miedo sino una infinita certeza de que de ésta salía, de que yo podía convencerlos, confié absolutamente en mi capacidad de “seducción”. Estábamos en medio de camino que conduce a la parte alta del asentamiento y a la gente empezaba a complicársele el paso, entonces les propuse que nos fuéramos a lote de José Arcadio y, aunque fuera ahí parados, conversábamos de lo que ellos quisieran. Aceptaron, nos acomodamos en circulo, ya éramos 7, y empecé a responder, les dije que estudiaba en México, en una Universidad Jesuita, que era parte de mi trabajo de grado, que quería saber sobre ellos, cómo se peinaban, vestían, que comían, verlos bailar, porque “tengo interés en la cultura negra” y “¿por qué un censo y por qué tantas preguntas?”, me dijo de nuevo el pelirrojo, que fue el único que habló en todo el tiempo, los demás eran pendiente y dependientes de las “señales”. “El censo, -les dije- fue más una petición de ellos porque no saben ni cuántos son, yo quiero trabajar con niños y quería saber cuántos eran para poder contactarlos y no dejar a ninguno por fuera”, “aaaaah! –dijo- y...” se hizo un silencio. Parecía que no sabía qué más decir, hasta que se le ocurrió “y por qué con desplazados de Urabá?”, “pues porque en Medellín no hay colonias negras propias de aquí y casi todas, sino todas, son de desplazados y cómo me interesa la cultura tengo que saber de dónde provienen para poder compararla”, “aaaaah! -de nuevo- y ¿qué van a hacer con lo niños?”, “con ellos lo que quiero hacer son semilleros, un poco de juegos y algunas artesanía, cosas así para entretenerlos y que aprendan algo, a mi me gustaría enseñarles algo que les sirva luego, por eso trabajamos con los niños y porque la misma comunidad nos lo pidió, porque no tienen nada que hacer”. En este punto nos reacomodamos, cambiamos de pierna de apoyo, yo estaba desesperada por mis rodillas que poco toleran estar de pie y menos aún después de subir a Macondo. El pelirrojo parecía tomando un segundo aire para preguntar lo que realmente les interesaba, al fin hizo ánimo y me dijo, incluyendo con su mirada a José Arcadio en la pregunta, (quien hasta ese entonces permaneció callado, pero al lado mío, en una actitud

de protección) “¿entonces a ustedes no los mandó nadie?”, no me esperaba la pregunta, no sé, me “descolocó” por un segundo, entonces le dije “no te entiendo, que quieres decir?, ellos se miraron, se rieron algunos y hasta José Arcadio se rio... “este trabajo lo estoy haciendo como parte de mis estudios, es más, yo he pagado todo...ojalá alguien me mandara para que me ayudara a pagar algunas cosas y a terminar la escuela, pero aunque lo hago a nombre de dos universidades, ninguna me da dinero, ni órdenes, porque es como una especie de tarea, de requisito para poderme graduar allá en México”, en este punto José Arcadio intervino y les dijo “a ella me la presentó la doctora Rebeca, de la ONG, yo sé que ustedes la conocen, ellas nos contaron lo que querían y mi persona, con otros, con Aureliano, con Francisco el hombre, y con algunas mujeres, vimos que era una cosa buena, no vimos ningún problema y que podíamos sacar algún provecho de todo esto, por eso le dijimos que siguiera con su idea”... “¿o sea que usted viene por su cuenta y riesgo?” –Preguntó el mismo- “por lo menos por mi cuenta, no he creído que haya riesgos”, “¿usted nos asegura que no hay nadie, usted sabe...nadie detrás de eso que usted está haciendo?” silencio y entonces reaccioné “ah!, ah! ya, ya, no, no, nada de eso”...ya lo que siguió fue elemental, los niños se habían acercado y los que no hablaban los espantaban como si fueran gallinas o perros, algo así, entonces empezamos a bajar y en el parque se despidieron y sólo agregó el pelirrojo “sólo le decimos que haga esto rápido, que no de mucha “bomba” por aquí, ni mucho “visaje”, que uno nunca sabe, hoy somos nosotros pero otro día son otros y así, no se puede confiar, lo mejor es que haga ‘su tarea’ y se vaya, para no joder más y para que no se lleve un buen susto”, “llegó la hora, una amenaza a lo paisa”, pensé y sólo atiné a decirles, “tranquilos – ya nos falta poco, pero eso sí, nos faltan varias visitas con todos los estudiantes, espero que eso no sea problema y además les pido que cualquier cosa que se les ocurra sea conmigo y no con ellos, que sólo están trabajando y aprendiendo, eso se los ruego de todo corazón”...Se rieron, no contestaron, se despidieron y, ya cuando empezaban a bajar, me gritaron “por si cualquier cosa le dejamos la razón con José Arcadio y que le vaya bien en México, hable bien de esto por aquí”...

¡Se fueron! José Arcadio me miró desconcertado y me dijo “ave maría doctora, usted es más berraca de lo que parece, otra se pone a llorar o cualquier cosa, venga y se toma un café para que se le olvide esto tan maluco”, “lo que pasa José Arcadio –le dije – es que los vi muy jóvenes, parecían mis estudiantes, yo no veo porque me van a hacer algo”, “usted no sabe, pero usted porque les calló en gracia, pero si quieren hacer daño no necesitan razones, de eso sabemos mucho por aquí.” Entramos a la casa, le contamos a su esposa, ella muy atenta corrió a traerme agua mientras hacía el café, los niños afuera se amontonaron y miraban no sé buscando qué, pero al momento se fueron a jugar como si nada. Yo me tomé el café y le dije a José Arcadio que diéramos otra vuelta, para no salir así como espantada, que quería quedarme ahí un rato para no demostrar miedo...en fin, que hicimos tiempo y luego me acompañó, como muchas veces, a conseguir un taxi. Ya en el camino y llegando a mi casa, reaccioné y allí sí apareció el miedo, no sé qué me generaba más el miedo, si ellos o mi propia soberbia...en fin, no pasó más con respecto a la comunidad en sí.

Para la noche tenía concertada una cita con el Secretario de Gobierno, a él lo contacté en el seminario del Nutibara y, muy amablemente y en medio de su guardaespaldas, me concedió una hora en su congestionada agenda para ser entrevistado. Tuve buen tiempo en la tarde e incluso, como para pasar el susto de mañana, me fui a una estética e hice compras...en suma, que tenía el pretexto de una presentación en televisión y pude relajarme pensando en algo que fuera diferente a grupos armados, no obstante, me

rondaba la preocupación de que pasara algo justo ese día con el Secretario de Gobierno, pues la cita era en un lugar público, abierto y concurrido.

Allí estuve y allí llegó él, con su grupo de guardianes al acecho, pero a distancia, lo invité a una cervecita, la aceptó y empezamos a conversar, fue algo sencillo y bastante elocuente de la situación, una lectura del conflicto en boca de un conocedor del problema y, además de un escritor, lo que genera una combinación bastante grata en el discurso, de eso da cuenta la transcripción de la entrevista. A las 8 p.m. se le acercó uno de sus “amigos” y le anunció otro compromiso, ya habíamos terminado lo formal y estábamos conversado sobre detalles, así que le dije que se fuera tranquilo, que ya había sido suficiente atención para conmigo, nos despedimos con la promesa de enviarle la entrevista y me reiteró sus recuerdos a Rossana a quien conoce personalmente. Respiré relajada, ahí terminaba ese día de angustia y riesgos, así que “otra cerveza para esta mesa”

Viernes 10 de septiembre

Día 20. ¿Dar la cara?

En la mañana realicé una pequeña visita al asentamiento. Ya en el parqucito me senté tranquila, bajo un arbolito, sólo a mirar, “a ver qué o quién aparece o qué pasa hoy” eso pensé. En el fondo me asistía la idea de “dar la cara” y no parecer miedosa por lo que ocurrió el día anterior.

Poco tiempo pasó para que llegaran los niños a hacerme preguntas: “cómo se llama, de dónde es, es rica, es doctora, dónde vive”, y rápido salió la esposa de José Arcadio, me ofreció el tintico, después agua y, sin poder evitarlo más, introdujo el tema del último suceso, pero sólo para echarme flores por mi valentía y no quiso ahondar más en el asunto. Yo intenté que me contara más, que me dijera alguna cosa sobre la frecuencia con que estos asuntos pasaban, por ejemplo, pero sólo logre que me dijera que “nos mantienen vigilados, no se hace nada sin que ellos metan las narices, todo lo saben, lo que no saben es porque no ha pasado”. Dejé el asunto para otro momento, y me puse a conversar sobre lo que hacían en las tardes, y cómo se la llevaba con las vecinas. Me dijo que bien pero que ella no salía mucho ni intimaba mucho por que “los negros son muy chismosos y a mí eso no me gusta, además estoy muy enferma como para pasármelo por ahí haciendo nada, cuando me siento un poco mejor dedico mi tiempo a el oficio en la casa, nada más”. Me contó que las mujeres negras se salen en las tarde al patio a chismear y que mientras, se peinan, se pintan las uñas y conversan de sus añoranzas. Le dije que iba a dar una vuelta por el lugar antes de irme porque la tarde estaba muy bonita y ella me advirtió que no me fuera muy lejos, que no subiera mucho, que me quedara junto a los niños y donde ella pudiera “echarme un ojo de vez en cuando”, “tranquilita” le dije, “ya pasó lo más duro, ya quedé vacunada contra el miedo” “contra el miedo no hay vacuna” me respondió y se metió a su casa...

Me senté un rato en un columpio, los niños siguieron jugando y el señor de la tienda me envió un refresco, luego pasó una señora, costeña, muy gorda, que siempre está ahí, es decir, en todas partes. Me puso tema, conversamos y mientras me interrogaba yo observé sus uñas, muy maquilladas, muy dibujadas, y su cabello si bien corto, se veía muy cuidado, tinturado, y con el corte “actualizado”, ella se veía serena, como si nada

pasara, me miraba con curiosidad, yo me preguntaba sobre “qué hará” pues la sensación que tuve y que luego confirmé, es que se la pasa de una lado para otro sólo dándole tiempo al tiempo. Después supe que no hace nada, que “le quitó el marido” a una negra de Urabá, que vive en la comunidad y que fue una de mis más cercanas colaboradoras, que este hombre no volvió a darle nada a la negra y que mantiene a ésta, así que mientras la una se mata trabajando, pidiendo limosna y recogiendo ropa vieja, la otra se la pasa husmeando por ahí, como si nada. Esta historia la conocí en detalle en una de las entrevistas a la comunidad, y me dejó fría el saber que a mi colaboradora, Petra Cotes, le tocaba rebuscarse la vida de una forma muy dura, en tanto “la otra” se le llevó a su marido, quien no volvió a responder por sus hijos, viven a unos metros de distancia, en estas casuchas donde todo se sabe y todo se ve, y a su pesar, Petra Cotes le habla a su rival como le hablaría a cualquiera de sus vecinas. Cuando le pregunté por eso, ¿cómo le hacía para convivir con la otra como si nada pasara? Petra me contestó “mire seño...yo me enojé mucho con ella pues vi lo que estaba pasando, es que una mujer sabe... una mujer sabe cuando otra se está metiendo...y yo pelié, claro, cómo no iba a pelar por mi hombre, pero cuando vi que él estaba bien con ella y que estaba más al lado de ella que del mío ¿pues qué podía hacer? si un hombre se quiere ir pues que se vaya y bueno, así como vivimos aquí es mejor tener amigas que enemigas, no estamos pa' echarnos de enemigos a gente que tenemos que ver a diario y que de pronto hasta nos necesitamos”.

A las 11:30 a.m. me bajé del asentamiento, ya era suficiente con volver para demostrar...no sé qué cosa, no quería que me agarrara la congestión de las 12 m. un viernes y que no hubiera transporte, así que me despedí de las señoras, de los niños, empecé a bajar. Al salir del asentamiento, por el caminito que conduce a la calle del barrio, me topé con dos mujeres negras, grandes, entaconadas, con peinados llenos de trenzas, muy ceñida la ropa, parecían dos modelos que se habían equivocado de lugar, perdidas: bellísimas, con esos cuerpos muy torneados y con unos tacones que ni en terreno plano yo podría usar sin riesgo, e introduciéndose por esa cañada, con el piso pantanoso, resbaladizo y empinado y riéndose entre ellas. Ahí terminó ese día macondiano.

En la noche me fui a casa de mi tutora de Antropología, cenamos, hablamos de perros y buscamos solución para mi perrita...

Sábado 11 de septiembre

Día 21. De los instrumentos.

A partir de la evaluación de las visitas a la comunidad, de los relatos que había recogido de los encuestadores y de mi propia experiencia, realicé una revisión y una adecuación de los formatos para los diarios de campo, para la somatoscopía, para la etnografía y para la etnografía por escenarios. Igualmente revisé la entrevistas a “los otros” y le realicé ajustes a las preguntas, en este mismo sentido contacté a más personas para ser entrevistadas.

Semana 4

Domingo 12 de septiembre

Día 22. “Los desplazados nos duelen mucho”

Me dediqué al diseño de los talleres que quería realizar con los niños y niñas de la comunidad. Conocedora de las limitaciones y con los nuevos insumos generados en razón de las visitas y del censo, organicé unas tareas para los grupos y, detallé lo que se llamarían “productos para el análisis”. Revisé la lista de estudiantes de la Red, que se habían comprometido con el trabajo de campo y seleccioné aquellos que, por mi percepción y conocimiento, debían ser quienes asumieran directamente la técnica del taller, quines harían etnografía, quines registro visual y quienes estarían encargados de los materiales necesarios para el desempeño del proceso. También contacté a dos fotógrafos amigos para registrar con “nuevos ojos” lo que sucedía en el asentamiento.

En la tarde del domingo, entrevisté a un periodista que trabaja con el sindicato de maestros de Antioquia y que tiene mucha relación con las comunidades en riesgo, de diferente índole. Fue una entrevista rápida, en la que de manera concreta dibujó un panorama del conflicto y dejó en claro su postura y su dolor al desplazamiento y los desplazados. En este rato me mostró otro aspecto que no tenía en mente “Ambos actores del conflicto desplazan, pero los guerrilleros lo hacen para ocupar el espacio temporalmente, por razones de guerra, pero los “paracos” [paramilitares] lo hacen para quedarse con las mejores tierras”.

En la noche llamé a José Arcadio para concretar una nueva visita y acordamos vernos a las 10 a.m. en el lugar de siempre.

Lunes 13 de septiembre

Día 23. Una visita de “paneo”

Llegué a la hora en punto. Había llovido en la noche, pero ahora había sol, así que el piso estaba húmedo y reflejaba ese brillo de las 10. a.m. (una de mis horas preferidas del día). La luz pegaba sobre la montaña, y disfruté de ese verde limpio que queda después de llover. Todo se veía tranquilo, la escuela Gabriel García Márquez funcionando, se sentían los niños en descanso, la música que lo acompaña, la venta de mangos en la puerta del colegio...Subí la loma y descendí a la cañada para volver a subir al asentamiento y llegar al plan del parquecito. Las “chazas” (pequeñísimas tiendas hechas con material improvisado) funcionando y vendiendo chocolate menudeado, panes y huevos. Las señoras caminaban de lado a lado, unas mirando la zona: salían de su casa y hacían una especie de paneo, como si quisieran constatar que todo estaba en su sitio (ahora lo entiendo el por qué de esto: después de una noche de lluvias las casas podrían, simplemente, ya no estar). Otras mujeres limpiaban sus casas: sacaban el pantano que se había formado por la mezcla de agua-tierra, toda vez que el agua insiste en filtrarse por techos y paredes, haciendo caso omiso de los plásticos, cartones y latas con las que intentan tapar los agujeros del aguacero anterior. Algunas, como buenas chocoanas, lavando la ropa, también fangosa, que lucían el día anterior, la ropa de todos los de la familia y que luego se exhibiría en los tendederos del parque dispuestos para unos y otros. Los colores fuertes, los acabados brillantes, los “boleros” (holanes) y las aplicaciones llamativas dan cuenta de que estas ropas allí meciéndose eran las “domingueras”, esto es, las especiales para un día festivo. Y, bueno, allí también pude observar a “las comadres”, las típicas señoras paradas en un lugar visible, conversando

sobre...las que hacen paneo, las que limpian, las que lavan, las que no están, lo que pasó y lo que podría pasar.

Por su parte, los niños hacían lo propio: lanzaban pantano, hacían figuras, jugaban a las “bolas” (canicas) y dibujaban golosas en el piso. Era como si el pantano se les brindara como un nuevo juguete, una novedad para la creación. Los más pequeños estaban por ahí, mirando, agarrando tierra, y pavoneándose con su cuerpo desnudo o con sólo una camiseta muy corta, sus ombligos colgantes y sus cabello suelto, esponjoso, sin ninguna intervención materna que pudiera limitar la espontaneidad de ese pelo hirsuto, propio de los negros. No había muchos niños pues la mayoría prefieren ir a clases en la mañana.

Estaba allí sentada, en la banca del parquecito, en la que puse una bolsa para no ensuciarme, observando esto y aquello, tratando de capturar las imágenes y de registrar en mi memoria los detalles que caracterizaban la escena. José Arcadio se arrimó muy despacio, tan sutil como es su costumbre y me dijo, “muy cumplida doctora, como siempre”, “es que, me preocupa que usted se tiene que ir a trabajar”, “sí, ya casi salgo, porque después del fin de semana se queda uno sin un peso y hay que volver a empezar”... “no se preocupe por mí José Arcadio, yo sólo vine a dar una vueltica y a que conviniéramos un cita con las personas de la comunidad que me colaboraron en el censo, para continuar con los semilleros de los niños y otras cosas que nos faltan del trabajo”. “¿de quiénes habla usted?”, porque yo si le digo que no toda la gente es de fiar y usted es muy querida doctora y la gente abusa, así que dígame a quiénes les hablo para yo orientarla” “pues no José Arcadio, los que usted me diga, a mí me gustó la gente, algunas me dijeron que contara con ellas y yo creo que las mujeres estaban muy dispuestas...hagamos una cosa, les ponemos una cita mañana, les cuento qué pienso hacer y ya de ahí vemos quiénes están interesadas, quiénes tienen tiempo y ganas, ¿le parece?” “está bien doctora, pero cómo a qué horas sería para yo poder estar aquí, porque yo tengo que trabajar, usted sabe”...”para que usted trabaje tranquilo le propongo que paso por usted como a las 3 p.m., nos subimos y con la gente conversamos a las 3:30 p.m. y yo le pago a usted esas dos horas que le quité de su trabajo, ¿cómo la ve?” “pues muy bien, así quedamos”...Yo seguí conversando un momento, me ofrecieron tintico, me lo tomé, pero notaba a José Arcadio muy incómodo “qué le pasa José Arcadio”, “pues a mí me da pena doctora, pero es que me tengo que ir” “no se preocupe José Arcadio, váyase, que yo luego bajo” “es que esa es la cosa, yo no me voy tranquilo dejándola a usted aquí, porque después de lo que pasó, uno nunca sabe”...”ah! ya le entiendo, yo si decía que lo notaba raro”, “raro no...es eso, es que me siento como responsable de usted” “si es así pues vámonos para no perjudicarlo más con su tiempo de trabajo, más bien vamos hablando en el camino y ya mañana hacemos la reunión, ahí les digo todo”...(En ese momento entendí que había otra limitación en el trabajo de campo y es que, por lo pronto, dependía de José Arcadio para entrar y desplazarme en la zona, ello implicaba de un lado no hacer las cosas a mi ritmo y, de otro, más costos pues debía pagar el tiempo que esta persona debía dejar de trabajar) Al despedirnos dejamos claro que la reunión con la gente de la comunidad sería el día siguiente, martes 14, a las 3:30 p.m. y yo pasaría por él a su puesto de trabajo.

A las 2 p.m. me encontré con Melquíades y Mauricio Babilonia, para comer y convenir algunos detalles del proceso que continuaría. Se convino de Melquíades sería el coordinador administrativo, que Mauricio Babilonia continuaría con sus labores en las relaciones con “el personal” vinculado y que Ursula seguiría con logística. Hicimos un presupuesto para los talleres que empezarían la próxima semana y para continuar con

éstos hasta diciembre, con el fin de no dejar a la comunidad sin apoyo una vez yo viajara a México. Acordamos una reunión con todos los interesados en seguir en el proceso, les dije quiénes creía yo que deberían hacer los talleres, y quiénes la etnografía y el registro visual. Me ofrecieron su opinión y convinimos en la propuesta general que se haría al grupo, las fechas para las estandarizaciones y demás detalles. Se organizó la parte del censo que quedó pendiente, esto es: cómo, cuándo y quiénes iríamos a concluir las casas que no se cubrieron en la visita anterior, y se hizo un presupuesto estimado. Convinimos en citar a todo el grupo el próximo miércoles 15 de septiembre a las 10.a.m. y a las 4.p.m. para una nueva estandarización.

Martes 14 de septiembre

Día 24. Mamá bonita

En la mañana entrevisté a una mujer que es artista e intelectual, sensible a la problemática de la ciudad y del país. Fue, como en otros casos, muy concreta y muy crítica con la circunstancia que viven los desplazados. Y, constaté, que aún existiendo mucha sensibilidad frente a la inequidad, a la guerra, la violencia y la injusticia, no es lo mismo leerla en la prensa, verla en la televisión, que experimentarla de cerca. En esta entrevista también emergió una polémica que fui configurando a lo largo de las conversaciones con “los otros que miran desde fuera” y es frente a la opción de retorno o de adaptación de los desplazados, polémica que asiste tanto a los organismos gubernamentales como a quienes piensan y/o viven el conflicto.

A las 3 p.m. pasé por José Arcadio y subimos al asentamiento. Allí todo estaba tranquilo tal y como lo percibí a las 10 a.m. del día anterior. Se sentía esa suerte de quietud y de silencio que se apropia de los espacios cuando cada uno está en lo suyo, cuando la cotidianidad invade la atmósfera y sólo rompe el estatismo una hoja que cae de un árbol. Así estaba Macondo cuando llegué ese martes: todo quieto, como en un acuerdo tácito de “no mover un dedo” de “no decir palabra”, de “no asomar la cara”. Me senté en la banca del parque y empezamos a acomodarnos: recibí el tintico y esperé a que llegaran los invitados. En el camino José Arcadio me había advertido que una de las mujeres que se había ofrecido para asistir era muy interesada y que sólo quería que le pagaran, que ya le había dicho a la gente que era X\$ por cada subida mía. Yo lo tranquilicé diciéndole que no importaba, que yo les aclaraba todo, que sí les iba a dar algo de dinero, porque entendía la situación, pero que ellos debían colaborar con algo, porque era para el bien de todos...en fin, quedé en explicar muy bien las cosas.

Fueron llegando una a una, la primera, justo la señora gorda, costeña, que había visto todo el tiempo y que no era invitada, ni iba a participar en nada, pero allí estaba, de primera, muy cumplida. Luego llegó Pilar Ternera, muy dispuesta a colaborar, también apareció Amaranta, la hija de José Arcadio y llegó Aureliano. Pregunté por Petra Cotes y me dijeron que se había ido a arreglar apenas me vió llegar, “es que ella sin arreglarse no sale seño” dijo Pilar Ternera, “¿pero por qué no se arreglo antes?” dije medio en broma medio en serio...en ese momento oímos un grito y todas volteamos al tiempo: una niña se cayó del columpio, se golpeó la cara de frente y la nariz le sangraba, todas las señoras dijeron que de quién era hija y empezaron a gritar el nombre de la mamá, Pilar Ternera corrió y agarró a la niña, la mamá, una mujer blanca, se asomó en lo alto, salió de la casa del rumbeadero y desde arriba miraba, pero no se movía, no bajaba,

Pilar Ternera empezó a subir con la niña cargada, enseñándosela a la mamá y ésta quieta...las mujeres que estaban conmigo y Aureliano, cometaron “pero miren a esa, ni se mueve”, la gorda costeña se puso muy molesta y dijo “claro, como es blanca está esperando a que ésta se la lleven”...Pilar Ternera siguió con la niña, la mamá medio recaccionó y dió unos paso hacia ella. Cuando Pilar Ternera hizo otro comentario: “pobre niña con esa mamá, es que ni se movió...yo por mis hijos si que corro”.

Finalmente llegó Petra Cotes, como era de esperarse apareció muy organizada, con una minifalda muy corta y ajustada, con sandalias de tacón muy alto, con una camisa pegada y muy corta también (un top) y con su cabello muy peinado, con mucha gomina, pues lo trae corto y es más complicado de manejar, así que el gel es la solución. Me llamó la atención que con esa indumentaria llegara amamantando a su hijita, que tiene dos meses de nacida, y allí, frente a todos y en una reunión, ella seguía en sus funciones. Les empecé a decir lo que había planeado: que íbamos a hacer talleres-semilleros con los niños, que quería contar con ellos, que si estaban interesadas en trabajar me dijeran, que yo no les iba a pagar sino que les agradecía con algo de dinero porque sabía que el trabajo de ellos valía más, que quería que fueran parte del proyecto, que le pusieran ánimo y que me dijeran qué pensaban. Que no siempre les iba a dar lo mismo, que una vez sería más dinero y otra menos, pero que lo que quería era su compromiso. Todos muy atentos, muy dispuestos, dijeron que “lo que usted nos diga doctora” así que empecé por colocarles unas tareas:

1. Revisar cuáles y cuántas casas quedaron pendientes para el censo. Pedirles a la gente que estuvieran el domingo siguiente para recibirnos.
2. Hacer una lista con los niños y niñas entre 12 y 14 años, anotar también los nombres de los padres y el teléfono si tenían.
3. Conseguir un salón para una reunión con todos los niños, también el domingo, para motivarlos para los talleres y tener una primer experiencia sensorial. Todos estuvieron muy atentos y cuando terminé quedaron en hacerlo.
4. Acompañarnos el domingo en el taller y en el censo.

Estubieron de acuerdo y se distribuyeron las tareas, José Arcadio quedó en que él se encargaría de el salón, que hablaría con el dueño del bailadero para que ahí nos reuniéramos con los niños, así como habíamos comido todos ahí el día del censo. Convinimos entonces en hacer una reunión de nuevo el jueves 16, a la misma hora, “tomaríamos el algo” (costumbre antioqueña que consiste en consumir un tentempie a media tarde, y tradicionalmente, es acompañado de chocolate caliente) y me entregarían el producto del trabajo realizado. Todos aceptaron, les pareció bien y así se llegaron las 6 p.m. Ahí cambió el panorama: los niños empezaron a salir de la escuela, empezaron a llegar por el pequeño camino que los introduce al sector pasando por la cañada. Había alboroto y las mamás empezaron a salir, a llamar a gritos a los hijos, los niños paraban en el parque, nos rodeaban y se seguían, otros se quedaban jugando allí y otros, como ellos decían, “abriendo al boca donde nadie los llama”, es decir, se quedaban mirándonos y escuchándonos. También llegaban niños por la parte de encima, los que estudian en la escuela que está en el límite superior y que conecta a Macondo con Currulao. Ya para ese entonces había poco que decir, ya habíamos terminado la parte formal y sólo estábamos en acuerdos, reacuerdos, comentarios al margen y hablando del jueves.

Me despedí y empecé la “montaña rusa” de la salida: el descenso, para luego el ascenso y de nuevo descenso. José Arcadio, me acompañó a tomar un taxi, en el

camino nos seguimos topando con niños de la escuela y algunos ya me saludaron como si me conocieran de siempre.

Miércoles 15 de septiembre

Día 25. Prestar la mirada a otros

Este día lo dediqué a la preparación del trabajo de campo que seguiría. En la mañana llegó un grupo de colaboradores, y allí, en el instituto de Educación Física, empezamos los preparativos. Con algunos establecimos que harían los talleres, con otros la somatoscopías, con otros la etnografía y registro visual, tanto de las sesiones con los niños, como del entorno. Para el domingo propusimos terminar las casas por censar y quiénes lo harían, sería un trabajo en parejas, uno encuestando y otro haciendo etnografía de los interiores. Las parejas se establecieron allí, a reserva del número de casas que exactamente faltaban, dato que sólo me ofrecerían el jueves.

Les presenté el formato diseñado para la etnografía, les reiteré las categorías, de qué se trataban e hicimos ejercicios sobre ellos. Preguntaron, aportaron y modificamos, al final de la jornada ya sabían cómo se utilizaba el instrumento y “hacia dónde iban a mirar”, siempre con la advertencia de hacer su propia auscultación del entorno y no dejar de anotar aquello que llamara su atención. Luego trabajamos los formatos por escenarios y convinimos en qué y cuáles haría cada uno. De nuevo hubo preguntas, aporte, modificaciones y refuerzo de las categorías y sus definiciones.

Al medio día, y en “almuerzo de trabajo” hicimos la estandarización de los talleres, y precisamos la motivación y lo que haríamos el domingo para que los niños se entusiasmaran con la propuesta. Decidimos reunirlos y hacerles una primera experiencia para que disfrutaran del momento. Elaboramos la lista de materiales y nos comunicamos con la coordinadora de logística, para que, sin falta, nos ofreciera lo necesario para ese encuentro.

Estas mismas actividades de estandarización se repitieron en la tarde con los que no pudieron asistir en las horas de la mañana. Se acordó encontrarnos el domingo a las 10 a.m. en la Plazuela de San Ignacio, donde repasaríamos algunos detalles, conseguiríamos refrigerio y nos recogería el bus, para estar empezando labores en el asentamiento a eso de las 12 m. y al terminar bajaríamos a almorzar al centro, para economizar gastos y evitar abusos, como el que se dio el día del censo. Les pedí que llevaran su camiseta blanca como la vez anterior y las escarapelas yo se las entregaría en su momento, al igual que las tablas de apoyo. Con Ursula y Melquíades nos fuimos a Carlos E. a tomarnos unas cervecitas y definir los últimos detalles, sobre todo de presupuesto y transporte.

Jueves 16 de septiembre

Día 26. Vacas, guerras, cables y...

En la mañana entrevisté a uno de los miembros de la Unidad de Atención al Desplazado (UAO). Llegué temprano y pude observar el movimiento: la gente que espera ayuda,

con rostros marcados por la angustia, las miradas de desesperanza, y una cierta dureza de los empleados, algo así como un mecanismo para evitar “el contagio”. Como fue a las 9.a.m. el movimiento apenas empezaba, la gente apenas llegando y muy pocos desplazados estaban en “fila”. La persona de mi interés llegó un poco tarde, ya me habían ofrecido tintico, y estaba organizando el material: grabadora, casetes, pilas, etc. Pasé a la oficina y, muy amable, empezamos la conversación. Me contó que no había podido atenderme la vez anterior, como habíamos acordado, porque habían allanado un albergue de desplazado y se habían llevado a unas personas, así que él tuvo que salir de inmediato a atender ese asunto. Le pregunté sobre eso, ¿cómo iba el proceso? Y me dijo que era algo delicado, que los grupos armados perseguían a la gente también en la ciudad y que cualquier cosa los hacía “sospechosos”...no quiso decir más, por la seguridad (¿o inseguridad?). La entrevista transcurrió normal, muy pocas interrupciones, se realizaron todas las preguntas y sólo al final me preguntó “¿qué pasaría con este estudio? porque ya estamos cansados de que nos pregunten y se vayan”...yo le dije que en principio le devolvía la entrevista transcrita, le conté que mientras obtengo datos busco beneficiar a la comunidad de interés y que mi idea era hacer llegar a los colaboradores los resultados del estudio, pero que era un asunto de tiempo. Así las cosas, nos despedimos y me fui a explorar el nuevo transporte masivo de Medellín, El Metrocable, que cruza la ciudad de occidente a oriente y que asiste a un sector de la población bastante deprimido económicamente. Desde allí y en el aire se puede observar la “variedad” de ciudades en la que se ha convertido Medellín, lo mismo que la densificación y la hiperpoblación en determinados sectores. Al llegar organicé lo que requería para el “algo” en el asentamiento.

A las 3 p.m. pasé por José Arcadio, subimos rápido en taxi, llegando al asentamiento se nos atravesaron unas vacas en el camino, era algo surrealista, pues este lugar está muy cerca al centro, pero está habitado por gente que ha migrado del campo, y es evidente, intentan reconstruir su habitat perdido; el taxista se quejó y entre risas y comentarios insinuó cobrarnos más por la carrera, sin embargo, entre risas y comentarios no lo permitimos.

Llegamos a casa de José Arcadio, las mujeres fueron llegando de una en una. Yo me instalé en la única silla que hay en la primera habitación de la casa, lo otro son camas y un escaparate que hace las veces de archivador. La señora costeña asomó sus narices rápido y allí se quedó todo el tiempo. Amaranta y Pilar Ternera, se arrimaron con la lista en la mano y, de nuevo, esperamos a Petra Cotes “que se estaba arreglando” y, como la vez anterior, llegó amamantando a su bebé. En un gesto muy paternal, José Arcadio cargaba a su nieto y lo mecía mientras escuchaba y participaba del encuentro. Durante el ascenso a Macondo, José Arcadio me previno sobre Aureliano, “él no colaboró doctora, él simplemente esperó a que las mujeres hicieran el trabajo y cuando llegaron les pidió la lista, pero Amaranta no es nada boba y no se las entregó”, ¿cómo va a ser, no me diga y él que se veía tan animado” le dije...”pues fíjese –me contestó– que es que esos morenos son muy conchudos, y así ven a las mujeres, esperan que ellas les hagan todo y ellos ahí no más, por eso le digo, usted debe tener cuidado por que la gente lo que quiere son beneficios propios y eso no está bien”.

Ya en la casa, volvió el tema, Amaranta, muy molesta me dijo “vea doctora, aquí le tengo el trabajo, pero si usted viera a Aureliano, estaba como loco, detrás de nosotras pidiéndonos la lista que para él pasarla y no se qué cosas, yo le dije que no, que yo la

pasaba en limpio, que él no había ayudado en nada, ni se había metido por eso caminos como nosotras”. Yo los tranquilicé, revisé la lista y me sorprendí del buen trabajo que hicieron y así se los hice saber “es que fue como otro censo seño” dijo Pilar Ternera, “nostras fuimos de puerta en puerta y ese es el resultado, ya ve” “¿y quiénes colaboraron?” les pregunté “pues nostras 3 y mi hija Remedios la Bella, ella ya viene, es que apenas sale de la escuela” y si señor....(36) allí apareció esa muchachita, de 14 años y de un porte y una belleza impresionante, con una cintura estrecha, una piernas largas, la cadera levantada y unas trenzas tejidas en su cabeza que la hacían lucir mayor y como todo una mujer. Seguimos hablando de lo que les pasó, cómo fue la tarea y les pregunté por el espacio para la reunión del domingo con los niños. “esa es otra doctora, ahí le tengo una muy maluca” “¿qué pasó José Arcadio?” “pues que el señor del rumbeadero, don Apolinar, nos preguntó qué cuánto le íbamos a pagar”. A mí me sorprendió y me dio un poco de risa al ver el oportunismo y justo en uno de los habitantes del sector con mejores condiciones económicas, pero debo anotar que está casado con una mujer blanca, del orienté antioqueño, quienes son reconocidos como *los negociantes de Antioquia*. Les pregunté si eso era cierto y todas confirmaron y Pilar Ternera anotó “Este señor ‘muy fresco’ (sin vergüenza), me preguntó eso cuando yo le propuse que nos prestara el saloncito”. No quise ahondar sobre eso pues me di cuenta de lo incómodo que estaba José Arcadio con el asunto, yo le dije que luego hablaba con él, que no se preocupara por eso, que mejor nos ocupáramos del salón que necesitábamos. José Arcadio me dijo que contaba con la directora del Gabriel García Márquez, y que seguro nos prestaba un salón, que no me preocupara, que ahí nos reuniríamos.

Tomamos “el algo” y organizamos lo del domingo: Petra Cotes, Pilar Ternera y Remedios la Bella estarían con los encuestadores y los etnógrafos en las casas que faltaban. Aureliano y otras personas de la comunidad nos colaborarían con los fotógrafos y José Arcadio y Amaranta estarían al frente con lo del salón, los niños y los talleres, ya entre el grupo de apoyo y yo veríamos la repartición de materiales y el refrigerio. Le insistí a José Arcadio no dejar de lado lo del salón en el Gabriel García Márquez, quedé de llamarlo para confirmar todo.

Terminamos de comer, costeña incluía, y volvimos a los acuerdos, les di una “bonificación” por el trabajo de la lista de niños y padres y por la identificación de casa por censar. Igualmente a José Arcadio por el tiempo de trabajo que le quité. Esta vez me acompañó a la salida Pilar Ternera y Remedios la Bella, me dijeron que estaban muy contentas conmigo, que les gustaba trabajar en eso... en esas llegó un taxi y me despedí rápidamente, estaba cansada y un poco triste por lo del “rumbeadero”. El descenso se complicó porque habían cerrado unas vías por el ducto para gas que están instalando y tocó hacer un recorrido que nunca había hecho y conocer barrios que nunca había visto. Constate, una vez, la densificación y el desplazamiento de linderos que hay en la ciudad de Medellín. La preocupación por salir de allí me hizo olvidar a Don Apolinar.

Viernes 17 de septiembre

Día 27. Medellín, una ciudad que se piensa

A las 8 am llegué cumplida en el Gran Hotel, donde tendría lugar el “Foro sobre políticas públicas sobre desplazamiento forzado en Medellín. Un diálogo entre investigadores, organizaciones sociales y servidores públicos”. En este certamen me encontré con gente conocida, que anduvo en el Seminario anterior, en el Hotel Nutibara.

Allí volví a escuchar propuesta e interpretaciones de diferente orden, pero esta vez todas dirigidas a los desplazados:

Restablecimiento no sólo económico: Martha Nubia Bello U.N.

Conceptos y políticas públicas de restablecimiento. Definiciones en la población de desplazados. Los protocolos se construyen hace tres años en la antigua Red, ahora no se conocen y es necesario volver a levantar los protocolos: alternativas deben ser viables y deben confluir 7 componentes, condicionados el uno por el otro (1. generación de ingresos, bienes y servicios básicos por sus propios ingresos; 2 Acceso a tierras; vivienda; 4 capacitación; 5 Desarrollo del capital humano público; 6. educación; 7.saludo Ley 100-93).

Una lectura de las políticas públicas sobre el desplazamiento en Medellín. Gloria Naranjo.

Salir de la atención humanitaria de emergencia a la emergencia humanitaria. Se requiere de una mirada histórica – regional

Mapa de desplazamiento: entonces nuevos barrios en la ciudad

Medellín: 1985 – 2004, a mirada histórica. 4 ciclos completos de la política real existente:

85 – 92 Política incluyente, Pablo Peláez hablaba del conjunto de la ciudad

92 – 95: se sigue una política incluyente, pero se invisibiliza del tema de los desplazamientos a la ciudad.

En Medellín, primer programa de mejoramiento de inclusión, de reconocimiento del derecho a la ciudad; pero se tiró una cortina de humo a su excluyente, represiva, de asesinatos.

96 – 2000: Chocó – Urabá, son la evidencia de las políticas excluyentes de la ciudad, se invisibilizan.

2001 – 2004: (raro) políticas públicas, planes de desarrollo y combinación de comité municipal, definitiva combinación de políticas remediales, atención de emergencia, Sergio Fajardo con políticas represivas y de desarrollo. CAUTELAR ¿?

Incidencia del miedo en políticas públicas para desplazados. (Martha Villa)

1. El miedo experimentado: activa y refuerza

¿Cómo perciben los funcionarios públicos a las personas que han sido desplazadas?: hay componentes subjetivos de las políticas públicas que tiene que ver con las representaciones colectivas/sociales

Hay un elemento político- diferencial: entre sociedad y política pública

Política de reconocimiento: miradas que se sustituyen en torno al desplazado

Todas las representaciones nos hablan de una sociedad, del estado y del tipo de política.

Ni los desplazados, ni los receptores ni el Estado son homogéneos y en torno a ellos se generan las políticas públicas.

Representaciones del desplazado:

1. Es campesino, ignorante, inocente: el verdadero
2. Parásito: vividor, usador, el intermediario
3. Armado, el invasor: el falso
4. El depredador: foráneo que destruye

5. Problemático: revela y acentúa una situación. Hay frente a ellos dos acepciones:
 1. papa caliente, que incomoda en la admón., y 2. revela y acentúa un problema
6. Sujeto resistente a la guerra: peligroso, prejuicios no reflexivos
7. Sujetos con capacidad de agencia.

Existe la tendencia asumir la condición de desplazados como una **identidad**

Las políticas marchan sobre este eje: retornar o quedarse

1. No hay nada que hacer
2. Atención humanitaria insuficiente
3. El restablecimiento: Retornar, No cabe más gente, No atender demandas: prioridad nuestros pobres, Atenderlos es igual a un imán que atrae, recuperar identidades y generar proyectos de vida.
4. Quedarse: subjetividad (modo de vida), mejorar oportunidades, El derecho a la ciudad, El papel de los migrantes y las migraciones
5. ¿Cuándo cesa su condición de desplazados?: más de 3 meses, como modo de vida; ciudadanía - limitaciones; visibiliza la vulnerabilidad

No aparece el tema de la reparación moral

Balances y pistas:

1. Por eso para desestigmatización, información, subjetividad. Sociedad y admón pública
2. Política local que responda a particularidades sociales, históricas y culturales de la ciudad
3. Perspectiva de derechos de ciudadanía
4. Acción positiva: vulnerabilidad
5. Perspectiva diferencial de género, edad, procedencia
6. Papel de la localidad en la reparación moral
7. Perspectiva urbana-regional
8. Desterritorialización del desplazamiento
9. El derecho a la ciudad.

En el foro se presentaron varias propuestas, pero he destacado las más relevantes al momento, que me ofrecieron un panorama significativo de las polémicas y apuestas en torno a los desplazados.

Al medio día me encontré con el grupo de colaboradores, hicimos de nuevo un almuerzo de trabajo, discutimos los talleres y reiteramos el trabajo del domingo, los detalles de la motivación y preparamos el material necesario. Ya para ese entonces teníamos asegurado el salón de Gabriel García Márquez, y sabíamos que nos quedaban 6 casa pendientes, de tal manera que decidimos que 3 parejas harían el recorrido por las casas, Melquíades estaría al frente de lo visual, Mauricio Babilonia estaría haciendo etnografía de escenarios y los acompañantes de los encuestadores estarían observando interiores y los de Educación Física iríamos a la motivación de los talleres, yo, por supuesto, me movería entre el asentamiento y el colegio. Convenido esto y ultimados los detalles, me despedí para ir a una entrevista a un político, representante a la cámara.

La cita era a las 3 p.m., ubiqué el edificio y la oficina, y mi sorpresa fue mayúscula al encontrar aquel pequeño espacio totalmente saturado de gente, todos esperando a la misma persona que yo entrevistaría. Era algo increíble pues tenían facha de todos tipos: pobres, campesinos, políticos, el típico lagarto, el ama de casa, el empleado corriente...en fin, una muestra de la sociedad haciendo lobby para ver al mismo

hombre. Por fin logré un asiento y cuando me vio la secretaria, no sé porqué y cómo notó alguna diferencia, y me preguntó qué hacía allí y en qué podía servirme, yo le contesté que tenía cita para hacerle una entrevista a este señor y ella, de inmediato cambió, me ofreció tintico, yo acepté y le pregunté si tardaría y si tenía anotada mi cita, me dijo que sí, que no tardaría, que acababa de llamar, que venía en camino. Ya eran las 3: 30 p.m. y ni sombra del sujeto. Yo estaba tan cansada que me quedé dormida esperándolo. Cuando llegó, entró en medio de la gente, se hizo un silencio y él les dijo “discúlpenme un momento, pero tengo que atender a esta periodista que me va a entrevistar” y ahí sí que me miraron como a bicho raro. Hice caso omiso, aproveché la deferencia y entré en materia. Fue muy gracioso porque este señor parecía posando ante las cámaras, yo hice las mismas preguntas y él casi las mismas respuestas: cada que podía criticaba al gobierno, como si ese fuera su deber, de tal manera, y como dará cuenta la transcripción, muchas preguntas terminan en lo mismo. Salí de allí corriendo, era viernes y Medellín se congestiona desde la mañana, mi agotamiento era total y tenía aún una cita con una amiga, así que tomé el primer taxi que se cruzó, fui a una estética para que me cepillaran (realmente quería que me tocaran la cabeza), cumplí mi cita, me tomé tres cervezas y a dormir a la casita.

Al llegar a casa encontré una nota sobre una cita para entrevistar a la coordinadora del Bazares Medellín. Hice las llamadas correspondientes al asunto y ¡plop!

Sábado 18 de septiembre

Día 28: orgullo de la raza

En la mañana confirmé la cita, y fui con la “india” a la entrevista. Era una mujer negra, muy bella y amable. Conversamos de todo y entre las cosas que me contó es que había estado en México D.F. y que de allí había tomado la idea de reunir en un solo sitio a los vendedores ambulantes y formar así el Bazar. Esta mujer está orgullosa de sí misma, de su raza y de su capacidad de trabajo. Pude pues ahondar en asuntos de los negros, lo que no había podido en otras entrevistas de este corte. La “india” intervino y exploró otros asuntos que también consigné. La entrevista duró una hora y nos marchamos. El sitio está en pleno centro, es frente a una de las estaciones del metro más agitadas, con ventas de todo tipo, allí pude observar la pauperización del centro de la ciudad, la inundación de ventas de baratijas, y la propagación de lo “made in China”: “lo que lleve a 100”.

No más por hoy, pensé, mañana me espera un día duro, así que fui a comer con unas amigas que me habían preparado comida paisa: frijoles con coles, chicharrón, patacón, hogado, maduritos, y otros manjares. Cuando llegué ya habían terminado, pero me guardaron lo mejor pues era para mí, una de ellas, agrónoma, acababa de llegar del sur del continente, vimos diapositivas sobre Bolivia, y confirmé lo que tantas veces me han dicho: parece estar en el siglo XVIII. Fue un buen rato y la última vez que las vi, ya no tuve más oportunidad.

Y de nuevo a la casa, a revisar formatos, sacar copias, confirmar con los coordinadores, el transporte y los materiales, asegurar grabadoras, llamar a los fotógrafos, precisar sus necesidades, digitar las listas de niños y padres y concentrarme en una nueva “incursión etnográfica” en Macondo

Semana 5

Domingo 19

Día 29. Motivación y paseo

Me levanté muy temprano, organicé el material, contacté a uno de los fotógrafos, este es maestro de artes plásticas y profesional de la fotografía, él me pidió unos rollos especiales y pactamos irnos y comprarlos antes de llegar donde los chicos. También fui por mi vecino, un estudiante de comunicación, muy sensible y quien haría una fotografía de corte más social. Evaluamos las cámaras disponibles, eligió y, no obstante, llevamos repuesto. Viajaron conmigo hasta el sitio de encuentro.

Llegamos a un cajero para poder disponer de efectivo, porque siempre se presentan inconvenientes y porque el señor del transporte exige pago por adelantado. El vecino y el fotógrafo profesional se quedaron comprando sus cosas, yo me acerqué al grupo y encontré que ya estaban SN, II y Teo. Allí fueron llegando todos, nos fuimos acomodando en una jardinera, cuando ya estaban los colaboradores les repartí los formatos, las tablas de apoyo, las escarapelas, los lápices y las calcomanías. Redistribuimos funciones y entregamos la manzana para pasar el rato. En esas llegó el fotógrafo profesional con el vecino y al mismo tiempo, se aproximó el hijo de un amigo, también invitado, también artista y también aficionado a la fotografía. Los presenté... de pronto, el fotógrafo profesional me mira con cara de angustia y me dice que se le cayó la cámara y que ya no sirve, que él no va...yo no sé qué hacer, le doy opciones, pero insiste en retirarse. Mi vecino dice que él se queda y que toma las fotos con la cámara "piñatera" que tenemos. En este momento llega el transporte, nos subimos, Ursula se devuelve por más frutas en un puesto que hay cerca al sitio, porque el refrigerio se anunciaba pobre. Éramos 18 personas que subíamos a la comunidad de nuevo.

Llegamos a la Gabriel García Márquez, que es donde nos deja el carro, de ahí subimos al asentamiento, Pilar Ternera nos esperaba a la entrada del asentamiento, muy contenta y dispuesta al trabajo. El vecino se quedó en una casa que hay antes de cruzar la cañada, allí lo recibieron y lo último que vi fue su mochila entrando por la pequeña puerta. "empezó de una" comento otro de los amigos. Llegamos al asentamiento, la gente agitada, nos recibieron muy bien, los niños corrieron al encuentro y los mayores se mostraron positivamente inquietos, como buen domingo, algunos tomando cerveza en las cercas del camino que dan al parque, otros jugando villar y los niños muy puestos, muy organizados para el día festivo, las mujeres también y, por supuesto, nuestras colaboradoras lucían las mejores prendas. Remedios la bella se puso a mis órdenes para lo que pudiera servir, así que propuse algunas tareas, e igualmente a los ayudantes del asentamiento, los fotógrafos tomaron su camino, a ellos los envié con niños, para que los guiaran. De todas maneras hicieron lo suyo, a su ritmo y luego pude observar que se "aliaron" con los etnógrafos y llegaron hasta los chorros, que era un sitio al que yo no había accedido. Las fotos son un buen registro de ese hallazgo.

Melquíades estaba por allí, sin rumbo, así que le entregué una cámara e hizo lo propio. José Arcadio y Aureliano llamaron a los niños con megáfono, todos empezaron a salir de sus casas y a bajar por la montaña, a la manera de racimos descolgándose...estaban preciosos, muy peinados, muy bañados y con sus mejores atuendos. Nos fuimos a la

escuela, Yo mandé primero a los estudiantes con José Arcadio, por que había que enseñar los nombres a la entrada. Los talleristas se instalaron, dispusieron el material, y esperaron que hubiera un buen grupo. Asistieron 36 niños y niñas. Eran muy escandalosos y fue difícil aquietarlos, se necesitó de la destreza de los orientadores, quienes esgrimieron sus mejores armas pedagógicas. La propuesta de los talleres era para hacerla en dos horarios (am. y pm.) para que pudieran asistir quienes estudiaban en una jornada u otra. Los más inquietos eran los que estudiaban en la tarde, no dejaban hablar, hasta que las actividades novedosas los calmaron. Se fueron quedando en silencio y Maité sacó un libro y empezó a leerles, era de la Historia Interminable, de Michel Ende... la atención se fue perdiendo por lo complejo del texto, así que le hice una seña para que buscara “un punto final” y así lo hizo. Mientras ella leía, los demás talleristas repasaron listas y organizaron los dos grupos para los trabajos mañana y tarde, que empezarán el martes.

Volví al asentamiento por refrigerios, toda vez que en la conversación siempre preguntaban por eso “¿y el refrigerio?”, me di cuenta que con una manzana no tendrían, así que fui a la tiendita de la entrada del parquecito y compré galletas y bolis, les encantaron y me di cuenta que me salía menos caro comprarlo allá mismo y que de paso le colaboraba al dueño de negocio. Aproveché para echar un vistazo y me tomé un refresco, porque estaba muy acalorada y agitada por el trabajo. Pude ver a Teo sentado en el deslizador, y haciendo su observación desde esas alturas, también vi a Melquíades tomando fotos y, por fortuna, llegué a tiempo de ver a uno de los fotógrafos, laptop en mano, vaciando sus imágenes, ¡allí mismo!... le advertí que no era conveniente enseñar semejante equipo ante esta comunidad tan deprimida y que lo mejor sería guardarlo muy bien, porque era casi un reto. Logré observar al vecino muy cómodo, con los niños, tomando fotos a diestra y siniestra, de tal manera que utilizó 6 rollos de 36 fotos cada uno. Luego me contaría que un señor se enojó mucho porque le tomó foto a una niña sin peinarla “¿cómo hacés eso, no ves que van a creer que estamos más llevados (pobres) de lo que ahora estamos?”, eso le dijo uno de los señores del barrio que tenía sus copas encima, un borrachito. El vecino le dijo que tranquilo, que no se molestara, en esas salió el papá de la niña y le dijo al borrachito “no, no es para tanto” y al vecino le dijo “pero sabés qué, esperá te la peinamos y la ponemos bonita”, “listo” dijo el vecino y ahí se quedó, tomando sus fotos, de tal manera que ahora tenemos el registro del proceso de embellecimiento de la niña. De todos modos todos los niños querían fotos, todos posaban para la cámara, el domingo era su mejor día.

Ursula, que se había encargado de unas encuestas del censo, me pidió calcomanías, le pedí, por mi parte, que llamara al señor del transporte y que le diera una hora de llegada pues veía que todo terminaría pronto. También vi pasar a otras de las encuestadoras hacia la cañada. Tomé el refrigerio que había comprado y volví a la Gabriel García Márquez. El portero muy amable, me dijo que no me preocupara tanto por la lista, que él iba a dejar entrar a los que viera con interés y en el rango de edad, que llegaran tarde.

Entré y los encontré en silencio, concentrados en percibir su cuerpo, el salón lleno de olores, incienso y con bombas por todas partes, con las que habían jugado. Era otro escenario diferente al que dejé, niños y niñas parecían muy ansiosas y curiosas por lo que les podíamos ofrecer.

Les pedí que fueran concluyendo, que todo fuera llegando a su fin y que a la salida del colegio les entregaríamos el refrigerio, Bosco, y Nico convinieron en bajar para

esperarlos con el pequeño presente. Les reiteramos a los niños los días y las horas de trabajo y les pedimos que fueran muy puntuales, que no faltaran para que todo saliera bien. Organizamos entre todos el salón, botamos la basura y las bombas (globos) empezaron a sonar, pues se dedicaron a estallarlas, una vez cumplida esa misión, empezaron a salir y recogían su refrigerio.

Nos despedimos del portero, subimos al asentamiento, nos contamos entre nosotros y faltaban dos de las encuestadoras. Nos avisaron que el transporte había llegado, así que les dije que fueran bajando que yo las esperaba a ellas, José Arcadio trajo el megáfono y las llamamos por alta voz, todos gritábamos, hasta que emergieron del sector de la cañada, con mucha risa y susto por los llamados... “es que ya llegó el transporte, así que a correr” les dije, nos despedimos rápido, previo pago a los colaboradores del asentamiento, para lo que me alcanzó José Arcadio, porque ya me iba y se me había olvidado en medio del acelerar. Nos montamos en el bus, pero antes compramos mangos biches, repletos de sal y limón, para matar el hambre mientras llegábamos al centro. En el bus todos comentábamos la jornada. Los dos fotógrafos nuevos estaban muy contentos con la experiencia, contaron de los chorros, del billar y de los niños persiguiéndolos por todos lados.

Llegamos al centro, al Parque del Periodista, allí nos reunimos todos, nos tomamos fotos en unas esculturas que hicieron justo como un homenaje a los niños muertos en el asentamiento “La mano de Dios” que se incendió. Maité levantó la pierna junto a una bailarina, los otros se acomodaron en diferentes esculturas, yo me acomodé en una bicicleta, todo era de tamaño natural y allí terminamos lo que quedaba de rollo fotográfico. Pedimos cerveza, pero la policía no nos dejó beberla en la calle, así que nos fuimos a otro lugar, todos comimos hamburguesas y, ahí sí, con cerveza fría y rica. Me despedí, ya estaba muy cansada y se veía que estos chicos iban para largo, como efectivamente pasó. Me subí a mi casa: un baño y a la cama, estaba agotada, pero contenta, todo había salido bien.

Lunes 20 septiembre

Día 30: mejor lo hago personalmente

En la mañana llamé a José Arcadio, para saber del salón para los talleres, me dijo que no sabía nada hasta el momento, pero que no me preocupara. Inútil sugerencia porque ya estaba bastante angustiada sin un espacio adecuado, preferí subir personalmente, para arreglar el asunto. Tomé un taxi y llegué de inmediato, fuimos donde el líder comunitario del asentamiento vecino y, muy amablemente, nos ofreció un espacio, según él muy cómodo y adecuado, “pero no se lo puedo mostrar ahora porque ya voy de salida”, “está bien –le dije- con que usted me de su palabra, mañana venimos y ya empezamos a trabajar”, así quedamos. Yo pasé un momento a Macondo, saludé a las vecinas, no había mucho movimiento. De una casa me llamaron y me ofrecieron mazamorra fresca. Yo ya sabía donde la hacían y las condiciones de “asepsia” con las que la preparaba una familia, en lo alto del cerro; no obstante y la falta de higiene y que no es un brebaje de mis apetencias, comí un poco, advirtiéndoles que estaba a dieta. La casa era de madera y tenía una pared, una sola pared de “material” (como se le llama al cemento y al ladrillo); en esa pared había almanaques viejos, de modelos femeninas, que en parte cubrían los huecos y en parte adornaban la casa. Eran sólo dos cuartos y vivían dos familias, una por cuarto, tenía sanitario, junto a la cocina y lo separaba una cortina de plástico opaco; el piso era de barro, no había baldosas, pero se veía limpio,

esto es, barrido mil y una vez y sin basuras de ningún tipo más allá del polvo. En la cocina, que estaba entre las dos habitaciones y donde yo estaba sentada, había colgadas unas ollas de aluminio que brillaban como espejo, estoy segura que pueden reflejar imágenes. Esto me recordó el período cuando viví en el Chocó, en la costa pacífica, allí se les va el tiempo en lavar y relavar las ollas, hasta que parezcan más que nuevas. En fin, esta era una casa limpia, ordenada, decorada y en “vías de extinción” porque cualquier temporal fuerte podría llevársela. Me comí la mazamorra con panela (dulce macho) y me despedí de la señora que me había atendido por primera vez. No hablamos mucho, ella me preguntó más a mí que yo a ella, sólo supe que era de Urabá chocoano, que se había venido por la guerrilla y que estaba allí gracias a un pariente que la instaló con esa otra familia, que tiene dos hijos, van a ir al semillero por eso me invitó, y que su marido trabaja como albañil, ella no hace más que cuidar a sus hijos y los de la otra señora, “porque ella sí sale a hacer el recorrido, a veces nos turnamos, pero a mí no me va también como a ella, ella es más habladora, más entrona y yo soy muy mala para caminar tan largo, por eso arreglamos así, yo cuido aquí y ellos se van a rebuscar a ver qué resulta”. Me despedí y le recordé que fuera bien cumplida con los niños en el semillero.

Bajé al parque y José Arcadio me esperaba para acompañarme, él me vio entrar a esa casa y se quedó en la suya, luego me dijo que eso era lo mejor, porque “no es lo mismo un invitado que dos”, allí entendí su sigilosa separación cuando la señora me llamó. Me acompañó al taxi y quedamos de vernos a las 9: 50 de la mañana siguiente, en el parque para ir al salón con los niños.

Al medio día me encontré con el grupo de colaboradores, hablamos de la experiencia del domingo. Repasamos el taller 1, compartimos dudas, hicieron propuestas nuevas, se repartieron los horarios, repasamos los formatos de somatoscopías, los de etnografía, se revisaron los materiales y acordamos que la primera sesión se llamaría “Río de sensaciones” que es un taller que Maité maneja muy bien. También se escogió una lectura para los niños y el Bosco y Nico quedaron en hacer las siluetas grandes y pequeñas correspondientes a los “productos para el análisis”. Les precisé los pagos por sesión, el reconocimiento del transporte y el refrigerio. Así, quedamos de vernos a las 9:30 a. en la Plazoleta de San Ignacio.

En la noche acordé con Ursula los últimos detalles de los materiales requeridos, con Mauricio Babilonia, revisamos los nombres de los que asistirían y a Melquíades le entregué un dinero para que se encargara de los pagos. Me comuniqué con José Arcadio, le pedí que fuera temprano a organizarme el salón y que reuniera a los niños interesados y les recordara a las colaboradoras del asentamiento que íbamos a empezar con el semillero. Nosotros estaríamos a eso de las 9:45 a.m en el parquecito. Estuvo de acuerdo, de paso, me dijo que no necesitaba a tanta gente del asentamiento, que con sólo dos, que Pilar Ternera no era necesaria. Le dije que tal y como lo habíamos acordado, serían dos por la mañana y dos por la tarde.

Martes 21 de septiembre

Día 31 taller N° 1: olor a carne, cigarrillo y guaro.

Me levanté preocupada por lo del taller, sobre todo me generaba inquietud lo del espacio, pues no lo vi antes y no sabía de sus condiciones. Llegué muy cumplida, retiré

dinero del banco para las cosas inmediatas y me reuní con los colaboradores que habían acordado subir. Les distribuí y recordé las tareas, los formatos, las grabadoras, los casetes y las pilas. Ursula llegó con todo el material, flores incluidas, para la senso-percepción. Nos subimos en dos taxis y llegamos muy puntuales. Los niños iban bajando y nosotros llegamos hasta el parque para recogerlos. José Arcadio salió al encuentro y llamó con megáfono a los niños que estaban dispuestos. Salimos pues del asentamiento para llegar al lugar reservado por un callejón muy estrecho. Cruzamos y tomamos un atajo por una escalera muy escondida que salía a una calle del barrio del frente. Volvimos a subir una loma y luego nos introdujimos por una pequeña puerta, al lado de una legumbrería, que nos llevó a un pequeñísimo corredor y de ahí a un salón, oscuro y con olor a “encierno”. Ese era el espacio destinado al taller: había sido un “Asadero-bailadero – bebedero” que había cerrado. Amaranta y su hermana nos esperaban, estaban sudando, muy agotadas, porque habían ido a limpiar el espacio. “Por lo menos limpio” pensé. Allí entramos, nos instalamos, pusimos el material, organizamos a los niños en el mejor lugar del salón y luego empezamos las actividades. Lo primero que hicimos fue un desastre: ante la lectura que les hicieran el domingo y que no dio resultado, decidieron leerles un cuento escrito por un niño, “El Heladero Feliz”. El cuento era macabro y todos los asistentes, sobre todo los adultos, nos miraban desconcertados. Aún recuerdo la cara de José Arcadio al oír aquello. Las talleristas se equivocaron en empezar así el taller, asunto distinto a lo que habíamos acordado, se esperaba con ese cuento ambientar unos dibujos y cuentos sobre el miedo, lo cual sería una vez pasara la estimulación sensorial y los demás aspectos planeados. Yo no sabía qué hacer y me aceleré mucho, les pedí cambiar eso y que empezaran con lo acordado. Después supe que mi presencia allí, vigilante y auscultadota tenía nerviosa a las talleristas.

Los demás colaboradores empezaron sus tareas. Se fueron a la etnografía de los escenarios, incluido el colegio, al registro visual, dos personas hacían entrevistas y somatoscopías a los niños del taller y otra hacía etnografía del taller mismo. Yo estaba de aquí para allá, así que decidí dejar el taller un momento e irme al asentamiento, para que las cosas lograran “tomar forma”. Subí pues al asentamiento, para ese entonces ya Petra Cotes se había unido al grupo de asistentes. Cuando llegué me sorprendió ver a una señora motilando a un niño con una cuchilla de afeitar, le estaba haciendo un corte al rape, pero con una rudeza y de un “alto riesgo”, pues cada movimiento del niño, lo cual era inevitable, significaba un cortada en su expuesto cuero cabelludo. Conversé con ellos y me dijo “tranquila doctora, yo siempre lo hago así, ya ellos están acostumbrados” “¿ellos?” le pregunté, “sí, ahí está el otro”, yo lo busqué en ese pequeño espacio y lo vi con una cara de horror, esperando su turno para semejante tortura. Me quedé por allí un rato, observé a los que observaban, conversé con la mamá de Amaranta, me dio un tintico, le pedí que me guardara el material que no íbamos a usar ese día, negocié el refrigerio y decidí ir de nuevo al escenario del taller. Cuando llegué encontré a Ursula en una entrevista, en unas pequeñas escalera, sucias y oscuras, encontré a SN, quien tenía la función de observar, manejando a los niños y a otros niños de las afueras merodeando y metiéndose al taller. Aquello era un desorden, Maité estaba angustiada, se le habían salido las cosas de las manos, SN dando órdenes y yo allí observando. No obstante el caos, hicieron lo programado, los niños entregaron su “tarea” y yo le hice señas de acabar la sesión. Les ofrecimos el refrigerio, Ursula se tenía que ir, los demás subimos al asentamiento con los niños y en el camino nos encontramos con los que andaban hurgando y fotografiando los demás espacios, el fotógrafo, Mauricio Babilonia, me comentó, horrorizado, lo de la peluquería

improvisada. En el asentamiento dejamos los materiales para el taller de la tarde y pagué la ayuda de Petra Cotes, Amaranta y su hermana. Nos despedimos por un rato y bajamos, una vez más a la cañada para salir a buscar transporte.

Tomamos dos taxis, unos se siguieron hasta la U de A y otros nos quedamos almorzando en el centro. Mi angustia era infinita, aquello había sido un “despelote” (desmadre) y yo debía seguir en ello, con el reloj en mi contra. Nos despedimos y Aureliano, muy solidario, me dijo, “yo vuelvo por la tarde, hay varias personas que quieren ir mañana y tarde”, “no importa -le dije - ya no sé qué es mejor”. Maité sólo atinó a decirme “Ruby, creo que el espacio tuvo mucho que ver y que muchas personas le daban órdenes a los niños”. Esa fue una pista importante para los correctivos. Nos despedimos.

Me di cuenta de que el clima estaba cambiando, el cielo se oscureció y las nubes empezaron su desfile, iba a llover y eso complicaba el taller de la tarde aún más, mi angustia era ilimitada. Llegué al punto de encuentro, como en la mañana, ya estaban algunos y otros fueron llegando, Melquíades había quedado de ir, pero no llegó, decidimos no esperar más y arrancar, ya estaba lloviendo. Nos repartimos en dos grupos y en dos taxis, empezamos el ascenso, y los de adelante un poco confundidos con la dirección, sin embargo se iban orientando por “los recuerdos”. Pero, para complementar el cuadro turbio, la calle principal, que conduce al GGM, sitio hasta donde llegan los carros, estaba bloqueada y el acceso era imposible. Tuvimos que hacer un rodeo y esto significó remontarnos a otros barrios y otros sectores y, gracias a la orientación del conductor, llegamos en el primer taxi al GGM. El aguacero estaba en su máximo, el otro taxi no llegaba, nos guarecimos en el colegio, el portero muy conversador, me contó que no había estudiantes esa tarde porque había reunión de profesores. De inmediato y sin preámbulos, le pedí permiso para hablar con el coordinador, me dio su nombre y entré a buscarlo. Lo encontré, le conté del proyecto y le supliqué, que por esa tarde, nos prestara un salón. Así fue. Salí, hablé con los asistentes que habían llegado, ninguno de los talleristas, y subimos al asentamiento. No se veía un alma, reinaba el silencio a veces interrumpido por los truenos. José Arcadio estaba trabajando y su esposa nos abrió su casa, nos entregó los materiales y, mágicamente, empezaron a salir los niños de todas partes. Yo estaba dispuesta a dirigir el taller personalmente si los talleristas seguían perdidos. Pero no fue así, una vez volvimos al colegio, ellos se apearon del auto. Les conté del cambio de espacio. Pilar Ternera apareció muy solícita, también Petra Cotes y empezó el trabajo.

Los talleristas excelentes, motivaron a los niños y éstos se dejaron. Los demás hacían somatoscopías, entrevistas y etnografía; por el clima, todos nos quedamos en el colegio. Organicé todo, velé porque las cosas salieran bien y me dispuse a realizar algunas entrevistas. Lo que aquí sucedía no tenía nada que ver con la mañana. Todo era maravilloso, los niños se veían felices, atentos, los colaboradores en sus “puestos”, yo en lo mío y las asistentes de la comunidad muy dispuestas a la ayuda. A las 6 p.m. concluimos, les entregué el pago, repartimos refrigerios, recogimos los materiales, organizamos el salón y salimos con una mirada diferente de las cosas, yo volví a creer que “era posible”. Les pedí a tanto a los colaboradores de la Red, como a los de la comunidad que nos reuniéramos un momento para hablar de las entrevistas a algunos adultos de la comunidad. Me interesaba, principalmente, que José Arcadio, Petra Cotes, Pilar ternera, Amaranta y Remedios la bella me colaboraran contactando a los padres de los niños asistentes o a personas que pertenecieran a esa generación. Les dije cual era la

intención y cuándo y a qué horas estaríamos todos dispuestos para llegar, de nuevo, el grupo al asentamiento. Sería el próximo domingo y por eso necesitaba si compromiso. Como siempre, la comunidad muy solícita, asumieron esa responsabilidad y quedaron de hacerme una lista de “los posibles”. Acordamos que el jueves en el taller me darían informe de esta tarea.

Bajamos despacio y nos encontramos con un microbus que bajaba “hasta el puente de la Toma” nos dijo el chofer, “listo – le dije – aquí nos vamos”, acordamos un precio y nos dejó en Ayacucho, empezamos a bajar, los invité a una cervecita, hicimos los comentarios pertinentes, establecimos diferencias con lo sucedido en la mañana y quedamos de tener un almuerzo de trabajo para evaluar y revisar muy bien los talleres del jueves. Una vez más, llegué a mi casa exhausta, pero antes de “desconectarme”, llamé a SN y le hice la observación sobre su participación en el taller. Estuvo de acuerdo. Se dieron las últimas llamadas, las últimas citas telefónicas, y revisé los compromisos para el día siguiente: ¡la entrevista a una de las académicas más prestigiosas del país!, reunión con tabuladores censo.

Miércoles 22

Día 32: Penélope, la tejedora de ilusiones

En la mañana entrevisté a “Penélope”, una de las intelectuales y políticas más reconocidas de Medellín y que trabaja el tema de los desplazados en Antioquia. Para mí fue un encuentro muy significativo pues he sido admiradora silenciosa de esta mujer y ahora la tenía frente a mí, dispuesta e interesada. Me sentí también retada por su reconocida inteligencia y opté por hacer la entrevista tal y como se las había realizado a los otros, sin intentar lucirme o brillar por agudeza. La conversación se “dejó ir” en un tono coloquial y tranquilo, sin pretensiones de ninguna de las partes y arrullada por ese tono paisa tan marcado en Penélope, quien entre bromas y finos apuntes dejó en claro su postura, su mirada y su propuesta frente a un asunto pesado y doloroso como el que vive Colombia. Fue una hora de deliciosa conversación, en la que hurgué sobre algunos detalles puntuales que había leído y oído en sus textos y conferencias y en la que aprendí de esta “vieja loba del conflicto” que ahora, en buen paisa, “ladra echada”. De esta entrevista surgió una de las intuiciones teóricas y es cómo las ciencias sociales alimentan su discurso en razón de lo que sucede en la cotidianidad, en este caso del conflicto que deviene en desplazados, por ejemplo aquello de “identidades imputadas”

Almorcé con los talleristas, evaluamos la sesión anterior con los niños, expusimos los puntos de vista, los correctivos y revisamos, paso a paso, la propuesta para los talleres del día siguiente: repetimos los ejercicios, les enfatiqué en los resultados para el análisis y definimos los recursos necesarios para ese día. Todos estaban muy dispuestos, así que acataron las observaciones, convinieron nuevas parejas de orientadores y se establecieron los roles en las sesiones. Por mi parte me comprometí a conseguirles un espacio en el colegio GGM para la mañana, pues el espacio del ex asadero fue señalado como una de las causas de caos del día anterior. Nos despedimos previo consenso para que los que iban a subir se encontraran a las 9:30 a.m. del jueves 22 en la Plazuela de San Ignacio. Yo los esperaré en el GGM, pues debía hacer una entrevista,

En la tarde asistí a una reunión con el investigador principal del estudio sobre la cultura corporal en los maestros y con algunos coordinadores de las dimensiones. Organizamos la estructura del libro en el que se publicaran los resultados y distribuimos tareas,

acordamos reunirnos con el equipo en pleno, para poner a consideración las decisiones que allí tomamos.

Luego de esta reunión, nos fuimos a CarlosE, nos tomamos un par de cervecitas, y acordamos el nuevo encuentro. Me fui a casa, llamé a los coordinadores, revisamos la agenda para el día siguiente, las tareas y los responsables, convinimos la compra del material necesario y quedamos de vernos en el sitio ya convenido.

Jueves 23

Día 33 taller N°2: en mi tierra todo es fiesta cuando se baila el joropo, cuando se baila joropo.

Llegué sola al barrio Aracataca. Antes de entrar al GGM a cumplir la cita con la directora del plantel, pasé por el asentamiento. Como siempre José Arcadio salió al encuentro, me ofreció el tintico y de paso me contó que Pilar Ternera estaba muy molesta porque no iba a trabajar conmigo esa mañana, que yo había dicho otra cosa y que ella entonces no volvía a trabajar conmigo, etc. Me preocupé, pues no quería tener problemas con la comunidad y, particularmente, Pilar Ternera me parecía una mujer con deseos de ayudar y con necesidad de ese poco dinero que yo les daba. En ese momento bajó justo ella y le pregunté que qué había pasado y, como buena negra, empezó a hablar duro, enredado pero “sin pelos en la lengua”. Dijo todo lo que pensaba “no seño, es que José Arcadio me dijo que usted ya no me necesitaba, que tantas personas no eran necesarias y que sólo dos y que esas eran Amaranta y Petra Cotes” “no Pilar, -le dije- no es así, lo que digo es que son dos por la mañana y dos por la tarde, pero no tienen que ser las mismas”, “no seño, José Arcadio dice una cosa y usted otra, por eso yo mejor me voy a trabajar, ya salgo a pedir ropa, yo siempre me la he arreglado sola”. En ese momento salió José Arcadio y empezaron a forcejear con la palabra, uno dijo que había dicho una cosa y otra, otra cosa...yo me di cuenta de la confusión y que José Arcadio tenía ciertas reservas con Pilar Ternera por su interés permanente en el pago. Así las cosas tercié “tranquilos, quedemos como les voy a decir ahora: váyase a trabajar Pilar, y en la tarde nos ayuda usted que Amaranta no puede, así en la mañana están Amaranta y Petra Cotes y en la tarde Petra Cotes y Pilar Ternera y luego en la mañana están Amaranta y Pilar Ternera y en la tarde Pilar Ternera y Petra Cotes y así nos vamos turnando, para que no haya más problemas”... “bueno seño, así quedamos”, dijo Pilar Ternera y se quedó allí esperando que bajara a la cañada para salir. En el camino conversé con ella, me contó que iba a pedir ropa para luego revenderla como usada en la Plaza Minorista”, se despidió cuando entré al colegio. “nos vemos en la tarde -le dije- y sin broncas oíste” “si seño”, me contestó, mientras se iba, con ese dejo en la voz, muy de negra, que es entre queja y canto, me recordó los famosos “alabaos” del Chocó (canto triste que evoca los ancestros)

Me quedé un momento en la portería del GGM mientras me abría el portero. Le expliqué a qué iba y muy amable me dejó pasar, me abrió una puerta más, la que conduce del jardín a las instalaciones propiamente dichas del colegio. Al llegar me llamó la atención el que la música que se oía era salsa, justamente “la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida” de Rubén Blades. Así que le pregunte al portero “¿siempre colocan salsa?” “no – me contestó- también suena regetón y hasta joropo, el joropo es para que ya entren a los salones”.

La directora estaba en una reunión con los profesores cuando llegué, así que me dispuse a observar. Era el momento del descanso, el cual se prolongaría mientras durara la reunión. Atenta al reloj, calculé el tiempo pues debía entrevistarla y preparar el escenario para el taller y que todo estuviera listo a la llegada del grupo de colaboradores con los niños.

El GGM es una institución mixta, que recoge a la gente del barrio Aracataca y de comunidades cercanas. Es una edificación amplia, tiene dos pisos y medio, con buenos espacios y buen mantenimiento, esto en relación con las instalaciones con las que contaban 5 años atrás y con los espacios típicos de la educación pública. Está ubicado estratégicamente en el lugar hasta donde pueden “entrar carros”, en lo que antes era una terminal de buses. El GGM establece el límite del Barrio Aracataca y los asentamientos que se han ido acomodando en las laderas. Su interior es confortable, con muy buenas condiciones higiénicas, con macetas y pintura en buen estado. La entrada principal, por la cual se llega a la oficina de la directora está adornada con una foto de Gabo, me pareció muy bello y me conmovió la causalidad de haber en algún momento pensado que aquel asentamiento era como el Macondo garcíamarquiano. En mi afán de encontrar un salón para los talleres hice una panorámica y encontré un espacio “el patiosalón” en el que los talleres estarían muy bien. A ese le eché el ojo, pero luego me di cuenta que era un lugar de tránsito que impediría la buena ejecución de las tareas.

El escenario para la motricidad no es muy grande pero está bien acondicionado, cuenta con una cancha polideportiva: fútbol, baloncesto, balonmano y voleibol. No obstante y estas condiciones durante el descanso nadie utilizaba técnicamente hablando este dispositivo. “El patio” como se le dice a la cancha, estaba lleno, niños y niñas negros y blancos iban y venía en diferentes velocidades. Eran evidente los grupos: negros con negros, blancos con blancos, niñas con niñas y niños con niños. Muy poco grupos mixtos (de color y sexo). Los que jugaban con mayor entusiasmo iban detrás de un tarro de lata que fungía como pelota: eran 12 chicos detrás de aquel objeto abollado y de origen ya irreconocible, se atravesaban el espacio de lado a lado por encima de quien fuera. Sobra decir que la cancha estaba “a reventar” con los alumnos fuera de clase dada la prolongada reunión de profesores. También había muchos alumnos sentados en la gradería, principalmente mujeres, quienes no observaban lo que sucedía a su alrededor sino que se estaban inmersas en sus propios asuntos.

Yo miraba el reloj y seguía en mi observación: la niñas negras eran las más vistosas por sus peinados, su caminar y, a simple vista, más altas que sus compañeras blancas, al igual que los hombres negros, quienes resaltaban entre los otros por su espigada figura. Entre las chicas había una alta, esbelta, con su peinado de trenzas tejidas y adornado con muchas shakiras blancas, estaba orgullosa de...no sé exactamente de qué, yo supondría que de su belleza, pero no sé hasta que punto era consciente de ella. El asunto es que caminaba con donaire y con una lentitud fluida que sólo he visto en los costeños, parecen danzar al caminar. Al observarla se me ocurrió el lugar común “es una princesa de ébano”, pero de inmediato recordé un fragmento de un poema que recitaba mi madre el cual reza: “Toda vestida de blanco, almidonada y compuesta, en la puerta de su casa estaba la niña negra. Toda vestida de blanco, almidonada y compuesta, en la puerta de su casa lloraba la niña negra: las otras niñas del barrio jugaban en la vereda, las otras niñas de barrio nunca jugaban con ella”...

Estaba en esa remembranza cuando sonó el joropo “En mi tierra todo es fiesta cuando se baila el joropo...cuando se baila el joropo” y los chicos empezaron a buscar su aula, se fueron ocultando en los salones, a los que ingresaron con mucho ruido, pero de inmediato asumieron una postura disciplinada, algunos hasta llegaban corriendo y en la puerta del salón frenaban intempestivamente, sin compasión. A mí me dolían mis rodillas con sólo verlos. Los profesores también salieron de la reunión y me miraban con curiosidad, ahí también observé cambio de actitud al verme: salían tranquilos, conversando entre ellos, cuchichando diría yo y cuando me veían se erguían y asumían una actitud diferente ¿de poder? ¿de autoridad?, no sé, el caso es que es un rictus corporal de los maestros que los hace sentir seguros, una suerte de “autoestima sugestiva” que los coloca por encima del otro...”¿a quién busca?”, “¿qué necesita?”, me preguntaron varios de ellos, indistintamente, hombres y mujeres, “estoy esperando a la directora, para una entrevista”, esta respuesta, evidentemente por sus rostros y cambio de actitud, los confundía, no era lo que esperaban oír y de inmediato, otro cambio, ahora ya no era una postura de superioridad sino una mezcla de curiosidad, respeto e incluso me pareció leer en sus gestos algo así como “¿y no me puede entrevistar a mí?”, también me pude dar cuenta que de inmediato buscaban algo más, miraban a los lados, a mis manos, en fin, ahora pienso que frente a la palabra entrevista existe una asociación con cámaras: de TV. o simplemente, de fotografía. También, de forma reiterativa, todo aquel que me preguntó sobre lo que yo hacía allí, ante mi respuesta, automáticamente respondieron “en un momento la atiende, estábamos en una reunión, pero ya sale”. Un niño se me arrimó, de paso para su salón, para preguntarme “quién es usted, es del SISBEN (servicio de salud para los estratos sociales más bajos de la ciudad). Luego otro de los del taller de la tarde se me acercó, me saludó muy amable, me preguntó si íbamos a hacer taller en la tarde y mientras le contestaba, se despidió rápidamente “tengo que irme a los computadores” y salió corriendo. Yo lo seguí y me asomé a la sala, era grande, muy bien dotada, con mucha luz y con su maestro al frente. Yo me emocioné al ver que en un sector tan pobre de la ciudad había este acondicionamiento, luego le preguntaría a la directora por esto y me aseguró que fue lo mejor que hizo el alcalde saliente de Medellín. Me quedé un momento observando al niño, lo recordaba muy bien del primer taller porque me asombró la rapidez con la que captaba las tareas y las resolvía, el dibujo y el cuento que hizo fueron maravillosos y ahora lo veía, allí, con su máquina y muy dispuesto a la cyberacción. Me alegró profundamente que un chico como él tuviera oportunidad de explorar su potencial.

El patio, la cancha, los corredores quedaron pronto solos, se hizo un silencio súbito, la música había cesado y ello indicaba el inicio de las clases. Todo era diferente ahora, era el paso entre el caos, necesario, vital, antropológico y el ordenamiento propio de la cultura.

Por fin la directora asomó su rostro por una pequeña ventana y me indicó, siempre riéndose, que podía pasar. Ingresé en su espacio, adecuado como dirección, algo, a mi parecer, más funcional que ostentoso, lo cual celebré. Me ofreció asiento y me dijo que la tenía muy curiosa pues no tenía idea de qué se trataba. Le expliqué mi intención, lo del trabajo, le hablé del doctorado, de lo que hasta ese momento habíamos hecho en la comunidad y de la importancia de contar con su testimonio por la función que cumple en la misma. (Aquí debo decir que siempre que José Arcadio u otro miembro de Macondo se referían a ella lo hacían con respeto y gratitud, y sin falta, agregaban “es una persona muy querida y colaboradora”). “muy bien – me dijo- empecemos y en lo que pueda les colaboro, si algo no sé de lo que me preguntás pues me vas a disculpar”,

“tranquila, no es nada del otro mundo, es de lo que vivís aquí y vivimos todos en Medellín”. Hicimos la entrevista, fue muy agil y precisa, pero me enseñó otro lado del asunto: lo acomodado de los desplazados a su situación, la pregunta por el ¿hasta cuándo se es desplazado y en qué momento se es ya miembro de la comunidad? También ratificó mi percepción del comportamiento de los negros “son muy inquietos – me dijo – no es fácil disciplinarlos porque para ellos esto es nuevo, ellos vienen de la libertad y portarse bien les cuesta mucho, a ellos y a nosotros los maestros”. Eso me explicó las dificultades en los primeros talleres y mi necesidad de invitar a otros Talleristas. La entrevista terminó en el tiempo previsto. Antes de despedirme, y mientras me acompañaba a la puerta, aproveché “la atmósfera amistosa” para solicitarle la colaboración con algún espacio del colegio para todos los talleres que nos faltaban. “Con mucho gusto – me respondió- buscá el que mejor te parezca entre los que están desocupados y allí trabajás”, insistí “¿puede ser para el de ahora mismo?” “Sí claro, siempre que algún espacio esté desocupado. Creo que a esta hora está libre ese del rincón – me señaló con la mano- que es para dibujo, puede servirte, buscá al coordinador, él te lo abre y trabajás ahí hoy”.

Fui al salón indicado y, para mi sorpresa, estaban metiendo materiales (garrafones, papel, pintura, etc.). Indagué sobre el asunto y les conté que necesitaba ese lugar y que la directora me lo había proporcionado, así que de inmediato sacaron todo y me contactaron con la persona del aseo para limpiarlo rápidamente, pues justo en ese momento llegaron los talleristas y demás colaboradores con los chicos. Limpiamos el salón y allí empezamos la sesión del taller.

Los talleres fluyeron sin dificultades en el GGM, espacio que logré garantizar vía entrevista que le hiciera a la directora. En la mañana estuve coordinando la sesión, realicé algunas entrevistas a los niños y autoricé los refrigerios. Los asistentes hicieron lo planeado, en cuanto evalué que las cosas marchaban y que aquellos que tenían a su cargo la observación etnográfica estaban dispuestos, me retiré para subir al asentamiento y hacer algunas anotaciones.

Subí pues por mi tintico, a la casa de José Arcadio y allí me detuve a mirar la mañana soleada, tranquila y silente. Todo parecía detenido y no encontré con quién conversar, así que decidí volver al GGM. Los encontré a todos en sus puestos de acción y los niños estaban en el suelo haciendo una de las propuestas de corporeidad. El espacio era pequeño aunque privado e higiénico. En el piso quedaban unos con otros, algunas piernas se rozaban y otras estaban sobre la del vecino o la vecina. Esto llamó mi atención pues los pude ver en contacto y cómodos, sin ningún pudor que les impidiera tocar al otro. “Están acostumbrados al hacinamiento, pensé”, pero luego vinieron otras intuiciones: el erotismo y la sensualidad connatural a esta etnia, el disfrute del taller y/o, el regodeo y la gratitud por sentirse “atendidos”, cosa poco frecuente en ellos. El caso es que nadie objetó las tareas por límites de espacio o exceso de contacto. Me llamó gratamente la atención, el que Amaranta, una de la colaboradora de la comunidad e hija de José Arcadio, se tomara el asunto tan en serio: una vez que acomodó a los niños, ayudó a disponer el material y consideró que todo estaba en orden, se integró a las tareas del taller y parecía una más del grupo de niños, de tal manera que la encontré acostada, con los ojos cerrados y muy atenta a su alrededor. Una vez concluyó uno de los ejercicios, se me acercó para organizar lo del refrigerio e igual, al finalizar la sesión, organizó el salón e hizo la limpieza.

Me di cuenta de que SN había acatado la propuesta de no intervenir en los talleres, que les dejara a los encargados la función de dar instrucciones a los niños y ella se dedicaría a la observación y otras tareas necesarias. Y efectivamente la encontré tomado nota y colaborando con los materiales. Decidí hacer entrevistas a los niños y me senté con uno de ellos, en un rincón, sin separarnos demasiado del grupo. Era muy parco y luego lo noté molesto “qué te pasa le pregunté” y luego de mucho insistirle me contestó “es que a mí no me gusta que me perturben”, “¿te estoy perturbando?” “no, usted no” “¿entonces quién?” “una niña que me dijo negro”, le pedí que me la mostrara y para mi sorpresa era otra negra. Hice lo que los adultos hacemos con los niños, decirle “no le hagás caso”, seguimos la entrevista, luego vino otra muy sencilla y la sesión terminó.

En medio de una de las entrevistas SN se me acercó y me dijo que se debía ir porque tenía un examen en la Universidad, le di para el taxi y salió a toda prisa. Aquello tendría consecuencias pues al momentos de irnos se me acercó una niña del taller y me dijo “oiga señor, ¿qué se hizo la profesora flaquita que venía con ustedes?”, todos nos interrogamos con la mirada y a unisono respondimos “SN”, “sí, si ella” dijo la niña, “se fue porque tenía un examen, por qué, qué pasó”, “es que se me llevó las llaves de la casa, yo se las di para que me las cuidara y ahora las necesito para ir a ponerme el uniforme y sacar los útiles de la escuela”...otra mirada entre todos, no sabíamos qué hacer, le dije que no se preocupara, que en la escuela no le iban a decir nada si no iba un día con un uniforme, “pero y los útiles” me dijo ya con las lágrimas a punto...yo hacía muchos años no oía esa palabra con la que otrora se denominaba justo a todo los insumos escolares: lo útiles (cuadernos, sacapuntas, borradores, etc.), me quedé unos segundos clavada en eso y pensé “ellos vienen del campo”, cuando reaccioné los talleristas le estaban dando opciones, le preguntaban por la mamá “está trabajando”, no había nada que pudiéramos hacer, así que nos miramos, la miramos y nos despedimos, dejándola allí parada, sin saber qué hacer. Bajamos unas cuerdas en silencio, cuando hablamos supe que todos pensábamos lo mismo: “que se meta por una pared”, un chiste cruel en apariencia, pero bien cercano a la realidad, en la tarde nos enteramos que, en efecto, quitó una tabla, se metió a su casa, salió por la misma parte que entró y pare de contar, no hubo problema y la mamá no se había enterado de nada y tal vez nunca lo sabrá. SN volvió en la tarde y le entregó sus llaves.

Tomamos los taxis correspondientes y yo me quedé en la casa de mi madre porque había citado allí a mi hermano para una entrevista y debía aprovechar para dedicarle unos minutos a ella. Estaba absolutamente agotada y este fue una suerte de descanso activo grato. Fue muy buena la entrevista, pues se trata de un empresario, alguien que no esperaba que hubiera pensado algo en particular sobre los desplazados y para mi sorpresa, fueron “respuestas con criterio”. Fue una entrevista muy concreta, así que transcurrió rápida y fluida. Me di un buen baño y regresé a la Plazuela San Ignacio al encuentro del grupo de apoyo para el taller de la tarde.

Nos encontramos en la Plazuela y subimos muy animados, pues ya sabían del espacio fijo del colegio. Llegamos al GGM, algunos se quedaron allí organizando los materiales y otros subimos a la comunidad por los niños y los materiales, que siempre los dejamos en casa de José Arcadio. No había nadie a la vista, las puertas o aquello que funge como puerta, estaban cerradas, nosotros entramos y nos instalamos en le parquecito y en un segundo empezaron a salir los niños, fue algo muy extraño, como si un afinado censor les permitiera “olfatearnos” y de inmediato bajan la ladera y asoman por aquellas

puertas, con mucho entusiasmo, nunca un rostro aburrido u obligado, siempre se les vio dispuestos, muy muy dispuestos.

Entramos al colegio y trabajamos en el comedor de la escuela, mientras subimos al asentamiento quienes se quedaron lo acondicionaron, lo limpiaron y lo dejaron adecuado para la sesión. Mucho más amplio que en la mañana, con menos luz, pero con mayor privacidad y comodidad. El grupo del taller de la tarde, que son quienes asisten a la escuela en la mañana, se caracterizó por un comportamiento más sereno y más dispuestos a acatar las indicaciones. El taller fue muy bello, se hicieron siluetas en el piso, se trabajó con arcilla, se contaron cuentos, se esculpieron unos a otros y cada paso planeado fue ejecutado sin obstáculos. Los niños participaron con alegría y un poco de expectativa pues cada nueva propuesta era una sorpresa y una novedad. No hubo problema en el tacto y el contacto, se tocaron sin prevención y con cierta soltura, sin “morbo”, hubo algunas risas de cara a algunas propuestas, pero así, en medio de esas “risas maliciosas”, hacían los ejercicios, sin reparos.

Las colaboradoras de la comunidad Petra Cotes y Pilar Ternera, muy organizadas, atentas a todo: distribución de materiales, listas de asistentes, distribución de refrigerio, organización y aseo del lugar. Ellas son mujeres negras, procedentes del Urabá antioqueño, con una “inteligencia práctica” envidiable. Cada que las miraba en sus funciones y con tanta propiedad, no dejaba de pensar en “¿qué serían y hasta dónde habrían llegado en la vida de tener oportunidades”? Tomamos muchas fotos, e igual que en la mañana, el registro visual fue exhaustivo fuera y dentro de los talleres.

Aquella tarde, quienes nos encargamos de las entrevistas, las hicimos en el jardín del colegio, para que el ruido no interviniera. Las somatoscopías se realizaban con agilidad y cada niño o niña entrevistada regresaba y se integraba al grupo de trabajo. LA GIOCONDA y Teo se instalaron en un buen lugar para realizar sus entrevistas sin perder de vista la marcha del taller y para que los niños no se alejaran mucho. Se terminó la sesión a las 6:10 PM. y nos quedamos un momento verificando que todo quedara bien, que cada niño tuviera lo suyo y que todo quedara en su lugar. José Arcadio se había arrimado par ver el proceso, así que le pedí que me colaborara llevándose el material, esto para no volver al asentamiento, pues mi cansancio ya no daba para más.

Allí, en el GGM, Petra Cotes y Pilar Ternera me mostraron las listas de las personas que habían aceptado ser entrevistadas el domingo, me contaron que fue muy fácil que aceptaran y que nadie veía en ello problema, “a todos nos gusta que nos escuchen seño”. “A las 12 M. del domingo estaremos aquí con todos, muy cumplidos como siempre” - les dije - . José Arcadio, que aun no se iba me comentó que íbamos a estar todos ese día en el asentamiento, porque los hombres iban a seguir con lo del piso de la escuelita. Les dije que de todos modos subiría al día siguiente para conversar tranquilos, tomarnos un café y que todo quedara muy bien.

Bajamos en dos taxis, llegamos una vez más al parque “El periodista”, evaluamos las actividades, conversamos de los detalles que a cada uno llamó la atención, reiteramos la buena aceptación de la comunidad, lo contentos que veíamos a los niños y lo satisfechos que se sentían los talleristas por lo que habían llevado a cabo en esa jornada. Un vez más nos tomamos unas cervezas, comimos empanadas y seguimos conversando un rato. En esta ocasión me encontré allí con un viejo “amigovio”, alguien con quien

disfruté muy gratos momentos, fue un bello encuentro que todos presenciaron, así como pudieron ser testigos de la cita que nos pusimos par vernos al día siguiente, ninguno: ni mi amigo, ni mis compañeros de faena y, por supuesto, ni yo, sospechamos en aquel momento que sería la última vez que nos veríamos y que nos encontraríamos en un abrazo, pues no pude asistir a la cita que allí nos pusimos, por exceso de compromisos y de trabajo, me llamó varias veces después y no pudo localizarme, siempre mensajes en el contestador, me vine sin despedirme y a los dos días de llegar a Guadalajara me enteré de su muerte, lo habían asesinado en su finca, mientras se bañaba, por problemas con alguno de los grupos armados. Cuando me llegó la noticia sólo pude asociarla a la inmensa tristeza que sentí esta vez al de salir de Medellín, “es que siento que algo va a pasar, es como si no fuera a encontrar a la misma gente cuando vuelva” le contesté a mi vecino cuando me preguntó por qué ahora era más difícil la partida que las veces anteriores.

Me despedí de los colaboradores, subí a mi casa y ya estaba pensando en el día siguiente, en nuevas tareas, nuevas propuestas y en dormir lo que pudiera.

Viernes 24 de septiembre

Día 34: nos estorban

En la mañana me presenté en el programa de televisión “TRIPTICO”, fue la grabación de un capítulo que se pasaría un mes después...fue sencillo y pude hablar justo del cuerpo como territorio de significación en desplazados...salió bien y en un sólo “impulso” se grabó todo el discurso, no hubo repeticiones, ni cortes, así que rápido estaba en la calle y de nuevo pensando en Macondo y en la visita de ese día.

Me fui a cumplir una cita que tenía para una entrevista, esta vez era una mujer de la clase burguesa de la ciudad y con la que he tenido oportunidad de realizar trabajos conjuntos. La entrevista fue muy rápida toda vez que una de sus características es el pragmatismo extremo. Pero no sólo eso la hizo ágil, el asunto es que esta persona sabe muy bien lo que quiere y habla directamente, sin empacho. Este testimonio es tal vez el más crudo y clasista que pude registrar. Sus frases contundentes dejaron claro la posición de quienes ven el drama desde un escenario de clase, para el cual, el otro, el pobre, es una amenaza que habría que eliminar. Quedé impactada, desde la perspectiva de ciudadana sensible y, paradójicamente, quedé satisfecha, desde la perspectiva de investigadora, porque había logrado obtener un nuevo matiz.

Terminada la entrevista me subí a Macondo, fue una visita rápida, busqué a Petra Cotes, a Pilar Ternera y a Amaranta, ellas salieron a mi encuentro siempre con risas y alegría, siempre atentas y respetuosas. Pilar Ternera siempre me ha abrazado...es algo muy bello, porque evidentemente es espontáneo, libre, ligero, como son ellos con su cuerpo y sus maneras. Me mostraron la tarea y reconvinimos el encuentro del domingo. No hice más allí, quería salir cuanto antes, pues me faltaba ese duro domingo que se veía venir.

En la tarde me reuní con el grupo de apoyo. Mauricio Babilonia nos presentó algunas de las fotos que había tomado en Macondo. Luego realicé la estandarización de la entrevista que haríamos el domingo en la comunidad. Revisamos el cuestionario, repasamos las categorías, les reiteré mis intereses y realizamos ajustes y discusiones sobre conceptos y perspectivas. Igualmente repasamos las somatoscopías, se definieron

términos y se convino en hacerla a quienes entrevistáramos. Hicimos pilotaje entre nosotros, pues no había oportunidad de hacerlo con la gente, de ello resultaron nuevos ajustes, calculamos el tiempo e hicimos un sondeo sobre las grabadoras disponibles y las opciones de conseguir nuevas. De nuevo nos propusimos encontrarnos en la Plazuela de San Ignacio, con camisetas blancas, yo les llevaría las escarapelas, las tablas de apoyo y los demás detalles necesarios (lápices, borradores, baterías, casetes, formatos, refrigerios, etc). Mauricio Babilonia y el Bosco se comprometieron en llevar las “pulseras colombianas” de moda, para obsequiarles a los entrevistados, una vez nos despediéramos. Hasta el domingo pues, a las 11:00 a.m en el sitio. Al terminar la reunión Teo se quedó para cuestionarme métodos, modos, concepciones, conversé un rato con él, traté de mostrarle mi lado de las cosas. Allí estaba una sobrina mía de 10 años y me preguntó si podía sugerir algunas preguntas, entonces me dijo que ¿por qué no les pregunta sobre el amor? Allí terminó la sesión.

En la noche me encontré con una amiga historiadora, conversamos mucho sobre la situación del país, de la ciudad y de la Universidad de Antioquia. Intercambiamos ideas sobre los mexicanos y allí afloró ese “imaginario colectivo del macho mexicano”, que los colombianos cargamos, como una certeza sobre los manitos. Finalmente concluimos que la gente de Medellín – las mujeres- son las más “libertarias del planeta – en sus palabras- y eso no necesita evidencia empírica-agregó”. Tomémonos la otra, por eso y por todo!!!

Sábado 25 de septiembre

Día 35: Medellín o la invasión “made in China”

La mañana la dediqué a la preparación de la “visita masiva”, y con Ursula preparamos los materiales, ella no subiría pero estaba al tanto de todo y me pasó los datos para la consecución de lo que hacía falta “jefa, pero vaya donde le digo, que usted compra las cosas en cualquier parte y no se fija en el precio y por eso ‘la tumban’ hágame caso”. “tranquila Ursulita, yo voy donde vos me digás” y así fue. Me bajé al centro, anduve por donde ella me indicara y compré lo que faltaba incluido icopor (hielo seco) para pegar las fotos que se habían revelado y llevarlas a la comunidad a la manera de devolución de la información. Esa idea me tenía contenta pues he tenido claro lo importante que es para esta gente la imagen y que algunas personas nos contaron que nunca les habían tomado una foto. Anduve por diferentes zonas del centro y, una vez más, constaté la pauperización de la ciudad, la proliferación de ventas de los productos desechables “made in china” y, para mi mayor desconcierto, la emergencia de centros comerciales dedicados a la invasión amarilla.

En la tarde-noche confirmé la asistencia de los colaboradores, de los fotógrafos e igualmente me comuniqué con Melquíades, quien tampoco iría ese domingo porque se dedicaría a la conclusión de los detalles del censo, pero quería tener toda la información. Por supuesto, también llamé a Mauricio Babilonia, quien debía llegar temprano para realizar actividades pendientes (comprar refrigerio) dada la ausencia de los otros asistentes. Me comuniqué con un amigo quien me había ofrecido grabadoras y me aseguró que las enviaría con su hijo, uno de los fotógrafos. Por último llamé a José Arcadio, para confirmarle la visita y pedirle que le recordara a Amaranta, a Remedios la bella, a Petra Cotes y a Pilar Ternera el cumplimiento en las tareas y la hora de llegada a la comunidad. “esta bien doctora, nosotros los hombres estaremos en lo de la escuelita y

ustedes en sus cosas, no se preocupe”. Organicé maletas, paquetes y me fui a dormir, o a intentar dormir, pues el compromiso del día siguiente me impedía el absoluto descanso.

Semana 6

Domingo 26 de septiembre

Día 36: cuéntenos su versión

Madrugué, como siempre, mucho antes de lo necesario. Revisé todo, hice llamadas mientras mi sobrina me apoyaba pegando las tiras de fotos en el hielo seco, esto lo hicimos con cuidado y le pusimos cinta y estoperoles dorados para que se vieran bien. Me reuní con el fotógrafo profesional que había arreglado su cámara e insistía en cumplir su parte. Bajamos a San Ignacio, allí estaban ya algunos de los colaboradores. Les volvía a repasar detalles de la visita (formatos, somatoscopias, grabadoras, baterías, casetes, etc.). A Mauricio Babilonia, mientras, lo envié por refrigerio y unos rollos especiales para la cámara de fotógrafo profesional. Llegó también el otro fotógrafo, el del súper equipo y me trajo grabadoras que me habían enviado, ya eran 15 con estas. Llegó también una amiga, periodista, “la india”, que quería ir a la comunidad y hacer un trabajo visual, ella me había acompañado a algunas entrevistas, tiene experiencia en ello y quiso vincularse también como entrevistadora, yo le pase un formato, lo revisamos, le resolví algunas dudas y se dispuso para hacer dos entrevistas. El Fotógrafo profesional revisó también el formato de entrevistas “es que me gusta saber muy bien a qué voy”. Las cosas marchaban en su ritmo normal, llegó el transporte y le pedí esperar un poco porque aún no llegaba Mauricio Babilonia con el refrigerio...pero pasó el tiempo y no lo veíamos asomar por ninguna esquina, todos nos mirábamos y no entendíamos qué pasaba, sobre todo porque siempre habíamos estado a tiempo para cada cosa. El tiempo y el reloj seguían su curso...yo me aceleré un motón y hasta pensamos en que se adelantaran un grupo y nos quedaríamos algunos a la espera de Mauricio Babilonia, esto por el conductor y por la gente de la comunidad, a los que no quería hacer esperar. Antes de tomar una decisión quise pasar por el mercado más cercano a echar una ojeada, fui con un amigo, ingeniero sanitario, que se había sumado al grupo para hacer una observación al asentamiento, desde su área. Apenas entramos vimos a Mauricio Babilonia, distraído, sin decidir aún qué más echar en el canasto “¿qué pasa Mauricio?” le pregunté muy asustada, “nada –dijo- es que no sé si llevar esto o aquello”, “pero ¿no ves la hora que es? Hace media hora está el transporte y son las 12, la hora en la que quedamos de llegar a Macondo” “cómo, yo creía que a las 12 salíamos de aquí, que pena profe, pero se me fue la onda”, “venga paguemos eso ya”, le dije, sin perder mi aceleración. Pagué, y para mi sorpresa, lo que había incluido este muchacho superaba el valor de cuatro refrigerios juntos. Lo miré y con eso fue suficiente para que supiera lo que había pasado. Corrimos al transporte, los enteré de lo sucedido y nos subimos a toda prisa. Ya en el bus les repartí lo que llevábamos, era tanto que todos repitieron y eligieron sabores diferentes. Igualmente les entregamos las frutas y hasta para los conductores alcanzó. Empezamos el ascenso, las lomas se perfilaban más agudas con el sol del medio día, todos estábamos bien, pero se sentía el “descolocamiento” por la modificación en el horario. Ahora estoy convencida que la única descolocada era yo y que generé angustia.

Al llegar no pudimos estacionar en el mismo lugar, pues había partido de fútbol en la acera en la que siempre nos apeábamos. Pensé “esto hoy está diferente, nada es como

siempre”. Nos bajamos del carro, subimos la loma, bajamos la cañada y subimos las escalas al asentamiento. Contrario, otra vez contrario, a lo acostumbrado, no estaban las ayudantes de la comunidad, no había ninguna... Los colaboradores estaban bastante “despistados”, me decían cosas como “Ruby, va a llover” a lo que les constaste un poco irónica, en medio de mi preocupación por la efectividad de la jornada “qué puedo hacer, les reparto paraguas?”; luego otra chica me preguntó “dónde pongo esta basura”, la miré nada más, así que solita cayó en cuenta y me dijo “sí, Ruby, tenés razón, estamos súper dependientes” y para completar el marco, que yo veía trágico, una tercera colaboradora me dice “¿Ruby, cuánto duran las entrevistas?” igualmente, sólo bastó con mirarla, pues les había insistido que era un formato guía, no rígido y que la interacción con la persona entrevistada determinaba el ritmo y la duración, e incluso hicimos pilotaje.

Era casi la 1 p.m. y sólo había aparecido Amaranta, no llegaban ni Petra Cotes ni Pilar Ternera ni Remedios la bella, quienes tenían la información sobre las personas que habían accedido a dejarse entrevistar. Los colaboradores estaban dispersos, yo no atinaba tranquilizarme y sólo pude aterrizar y distribuir las tareas que eran posibles: al fotógrafo profesional lo mandé con mi amigo Homerito para que empezaran el registro, les pedí que fueran a la escuelita para tomar fotos a la gente en la obra y que observaran las condiciones de trabajo y de medio ambiente. A dos entrevistadores los envié con Amaranta y con Remedios la bella, que para ese entonces habían llegado, para que les dijeran a quiénes podían entrevistar. Una vez estos se dispersaron aparecieron, muy bien arregladas y muy propias, Pilar Ternera y Petra Cotes... Llegaron desde la montaña y tenían esa sonrisa blanca que les brilla de lejos a los negros. “¿qué les pasó, es primera vez que me incumplen?” “nada seño, es que nos cortaron el agua y no podíamos venir sin bañarnos”... “¿y cómo hicieron?- les pregunté”, “nos tocó ir hasta el charco seño, pero no se apure, aquí estamos”... “bueno, están muy lindas, así que llévense a estos muchachos a donde la gente que ustedes contactaron” y así fue, les indiqué quién con quién y se perdieron entre las casas.

Hubo un momento se silencio absoluto, no se veía nadie del grupo de trabajo, todos “cogieron su camino” y yo me quedé sola en medio del parquecito, tuve deseos de salir corriendo loma abajo... así que me arrimé a una caseta de refrescos, pedí una coca cola – como si cometiera un pecado- y me senté debajo de un almendro a contemplar el escenario y me preguntaba “¿cómo es que siempre me las arreglo para complicarme la vida, cuándo y por qué carajos dejó de ser esto una proyecto en solitario para ser un trabajo colectivo?” Allí estaba, mirándolo todo desde la bruma del agobio, divisando la montaña, los niños, las señoras y a los jóvenes tranquilos en el parque. De pronto se me acerca un niño y me pregunta “¿qué es eso?” “¿qué es qué?”- le dije- sin mirar lo que me señalaba. Eso que está abajo, ahí si miré y me di cuenta que en el afán de ubicar los grupos y de organizar a la gente había olvidado las fotografías pegadas en el hielo seco. En ese momento José Arcadio, muy agotado, con ropa sucia de la labor de construcción, el cuello tallado por los tarros de cemento que tuvo que cargar “ay, doctora – me dijo- la tengo muy descuidada, es que ese cemento no da espera y si no estoy con la gente no trabaja” “no se preocupe José Arcadio, yo estoy bien, ya pasó lo peor, ya toda la gente está en lo suyo y sigo yo”. “En la tarde tenemos una reunión de la Acción comunal, yo trabajo otro rato y me baño pa’ estar bien presentado llegada la hora”, “¿ahora va para su casa?” “si doctora, ¿qué se le ofrece?” “es que traje unas fotos organizadas como para colgarlas y usted es el encargado José Arcadio a gustar ¿pero será problema si las pongo más tarde?”. “No José Arcadio, ya le digo, usted decide”. Se las entregué, las observó con mucho cuidado, lo vi buscándose o buscando conocidos... se sonrió y se fue a su

casa con las fotos en la mano. Yo apenas alcancé a decirle “¿será que me regalo un rato ahora para entrevistarlos José Arcadio?” “sí claro, con mucho gusto”...los niños observaron toda la escena y cuando terminamos de hablar lo siguieron hasta su casa, pendientes de qué iba a hacer con esos hielos secos que los “llevaban” a ellos, allí, en imágenes.

“Ya todos están ubicados” sigo yo con lo mío. Subí una loma y busqué en el billar a alguien que pudiera entrevistar, pero fue inútil, una vez entré en el saloncito adecuado como bar-billar, sentí la atmósfera cargada de rumba, guayabo (cruda) y licor, olor a cigarro y a sudor de borracho. Todos eran negros y casi todos estaban sin camisa y en shorts, con sandalias y cachucha. Eran muy jóvenes, no más de 25 años, a excepción del dueño, un hombre bajito, barrigón y blanco. Me miraron con desconfianza, me sonreí con alguno e inmediatamente se me acercó para preguntarme sobre lo que hacíamos. Le conté y le pregunté que si podría entrevistarlo “ahora no, y nadie de aquí va a querer ahora, todos estamos ‘prendidos’ y estamos jugando un ‘chico’ que no podemos dejar empezado. El dueño del lugar me miró y para justificar mi presencia le pedí un refresco, “segundo del día – pensé- yo que no me tomo ninguno”.

Salí del billar y me saludó una señora, negra, muy amable y pasé a su casa para conversar con ella, de allí salió una mujer anciana, que me miró desde esos ojos que ya no se ven, me ofreció algo, le dije que solo agua. Me preguntaron de nuevo sobre el asunto y yo, de nuevo, les conté... “algo sabíamos de eso” dijo la primera mujer. Yo observé el peinado de la anciana: era un trenzado, enredado en el cabello, a la manera de tocado. Se lo elogí y vi el rostro de ella, muy satisfecha y orgullosa. Días antes había planeado una puesta en escena de los peinados en colectivo y, pues bien, ese día las mujeres me insistieron en peinarse y pintarse las uñas en el parque para posar para los fotógrafos, les dije que estaba bien y así que dicho y hecho: se hizo el montaje del “sistema estético provisional” y fue algo muy placentero y gozoso, como muchas cosas entre los negros. Así pues, que le rogué a la anciana que se dejara tomar unas fotos y ella accedió... bajamos hasta al parque y se le hicieron varias tomas, hasta que se cansó y nos pidió regresar a su casa, yo las acompañé y volví a bajar, porque de antemano tenía el compromiso de dejarme peinar...

Los entrevistadores iban terminando su primera entrevista, habíamos acordado que sólo serían dos para garantizar la motivación y la disposición del mismo entrevistador, no quería que se agotaran. Una vez salir de sus casas, la encargada de la comunidad de ubicarlos, los conducía a la nueva casa de entrevista. Al pasar me saludaban, me decían cómo iban y si habían tenido algún inconveniente. Así las cosas, bajó el fotógrafo profesional y me dijo que su cámara había fallado de nuevo. Yo le pedí que trabajara con otra sencilla, que no dejara de subir al chorro y que se fuera con el IS para que no se sintiera solo, accedió a regañadientes, pero subieron.

José Arcadio tuvo chanza un momento y me concedió una entrevista. Así que me entré a su casa y allí, sentada en su cama, recibí toda la información que demandé. Estando en esas, llegó también Eloisa y le pedí que entrevistara a Petra Cotes, mientras yo entrevistaría a Pilar ternera. Pero ahí en ese momento, se desató una tormenta, se oían rayos, truenos y centellas, no sabíamos qué iba a pasar. Dadas las circunstancias y sin poder dar un paso fuera de la casa, me dediqué a entrevistar a Pilar. Fue algo increíble y muy edificante, pues me enseñó mucho de las relaciones humanas, de lo que era aceptar el destino de su pareja, aceptar a su rival y asumir la vida sola con tres hijos. Eloisa, por

su parte entrevistaba a Petra Cotes, en el espacio contiguo. Una vez terminé con Pilar, salí a la puerta de la casa, por llamarla de alguna manera, y observé el panorama: no se veía a nadie, ninguno de los entrevistadores y fotógrafos se veían, todo podía pasar en ese momento y yo no podía hacer nada, nada más allá de rogar porque esto no trascendiera, no quería ver una casa caer, a alguien herido, a algún colaborador en problemas y las cámaras y súper cámaras fotográficas eran una presión más...Pero, por fortuna, así como empezó se terminó; ya dejó de llover, los ruidos de los truenos fueron cesando, cambió la luz y, para mi descanso, los colaboradores fueron emergiendo, uno a uno, de las casas donde se habían guarecido. “¡que descanso!” pensé.

Algunos nos fuimos reuniendo en el parque, me dijeron estar listos y tener su propósito logrado. Pero faltaban tres: la india, la Gioconda y Eloisa. De la primera no tenía idea de dónde estaba y me inquietaba pues no era la más conocedora, de Eloisa sabía que estaba en casa de José Arcadio, entrevistando a Pilar Ternera y de la Gioconda, sabían sus compañeros pero no la veíamos. José Arcadio, estaba perifoneando para convocar a la gente a una junta de la Acción Comunal...así que le pedimos que por megáfono llamara a estas 3 personas, la primera en aparecer fue Eloisa, unos 10 minutos después y luego de muchas llamadas apareció la Gioconda, “es que ese señor habla mucho y casi no termino” nos dijo a la manera de chanza y disculpa. La que no aparecía era la india, yo estaba preocupada por el aguacero que había presenciado y que todos temíamos, así que les dije a todos que se fueran bajando al bus, que ya estaba en la GGM y que me esperaran un poco. Homerito, el IS se quedó conmigo y me tranquilizaba, por fin apareció mi amiga y nos bajamos a pasar la cañada para llegar al carro, en ese tramo me contó que estaba muy asustada durante el aguacero, que no sabía a que temía más si a la caída de la casa o al derrumbe de un “barranco” que veía muy cerca, pero que con eso y todo obtuvo muy buena entrevista. También me contó que había logrado buenos registros visuales. Bajamos al bus, en el camino nos comimos unos mangos viches, que tanto nos gustan con sal y limón.

Ya en el bus, el fotógrafo profesional, pidió que lo dejáramos en Ayacucho, de bajada al centro, los otros se siguieron conmigo hasta CarlosE, allí comimos una buena picada, cervecita, hicimos comentarios y acordamos vernos al otro día, para un almuerzo de trabajo donde organizaríamos muy bien el taller del martes. También acordamos que cada uno hacía la transcripción de sus entrevistas y que las entregaría por escrito, por e-mail y el casete en sí. Les di una fecha para la entrega, y les dije que Melquíades sería el encargado de recibir los productos y de pagarles 700 pesos por hoja transcrita, a espacio y medio, en letra Times New Román, 12. Todos estuvieron de acuerdo. Les dije también que el pago de ese día se los daría al terminar esta fase del proceso...

Me fui a casa, tres de ellos aprovecharon el taxi para quedarse en el camino. Llegué, me bañé, volví a comer y no salí de la cama a nada, salvo a responder las llamadas de Ursula y Melquíades, para saber de los resultados de la jornada.

Lunes 27 de septiembre

Día 37: “uno debe morir donde nace...”

Nos encontramos, como de costumbre, en el restaurante Azur. Llegaron muy puntuales, tanto los talleristas como los etnógrafos y coordinadores. Muy rápidamente revisamos el taller de la mañana siguiente y acordamos el lugar del GGM para realizarlo, los aspectos

relevantes, los productos para el análisis y quiénes dirigirían la sesión. Mauricio Babilonia haría, como en muchas ocasiones, el registro visual. Cada paso del taller fue analizado, me interesaba que quedara muy claro el objetivo, ya habíamos realizado en la primera sesión experiencia denominada “Río de sensaciones”, en tanto que permitía abrir el ciclo de talleres desde lo perceptivo, lo que no sólo permitía motivar a los asistentes, sino introducir el miedo en el corpus de sensaciones y no como un aspecto aislado. También trabajamos la autopercepción, en la que cada uno “se metió en sí mismo”, esto con el fin de ver las dimensiones de la cultura corporal y también para iniciar la aproximación a la identidad. Así, que en esta tercera sesión el objetivo giraba en torno a “la alteropercepción”, cómo se percibe al otro. Aquí el centro estaba, de nuevo, en las dimensiones de la cultura corporal y la identidad. Todos estaban muy comprometidos con el tema, era evidente que les gustaba y que, por lo demás, les resultaba novedoso. Debo decir que los estudiantes de Educación Física se sentían muy reconocidos y ellos eran los protagonistas en los talleres (luego supe que una de las chicas de Antropología les presumía por tener una función de etnógrafa).

También repasamos los aspectos de la somatoscopía, volvimos sobre ello y encontré que esto ya estaba claro, leímos de nuevo el formato, hablamos de las dudas que había y, definitivamente, es un instrumentó de aprehensión y de aplicación rápida. Por su parte los que habían estado haciendo etnografía hicieron comentarios, observaciones alrededor del sector, de la reacción favorable de la gente. Celebraron la manera cómo nos reciben y, por supuesto, lamentaron la pobreza, el dolor y cierta “molestia” ante la actitud masculina, porque percibieron a los hombres un tanto “conchudos”. Hablaron mucho de los chorros, de los paseos que hace la gente a ese lugar y comentaron lo descarados que son los marihuaneros, “si vieras Ruby, se fuman unos super barillos (tabacos de marihuana) enormes y delante de todo el mundo, no les importa si son niños, o mujeres, o viejitas, nada, no les importa nadie”. También contaron de los trajes de los niños el domingo, hablaron de los bien vestidos, de los cuidadosos, de los colores y de ese detalle de las mujeres muy peinadas y los hombres haciéndose cortes de cabello entre ellos. Contaron del desparpajo con que los hombres jóvenes beben, mientras los más adultos, algunas mujeres y hasta los niños, ayudan a cargar material de la construcción. El Bosco contó que lo invitaron a comer algo y que era un montón de arroz, con un pedazo de pescado y frijoles.

Estando allí, ya todos conversadores, empezaron a salir sus relatos de la tarde complicada del domingo, algunos confesaron haber sentido mucho miedo durante la lluvia, “yo no sabía – dijo Nico- si salirme o quedarme en la casa donde estaba, las paredes se movían y el techo yo lo veía ya encima, la señora hasta me vio la cara y me dijo que no me preocupara que nada me iba a pasar”. Algunos coincidieron con él en aquello del miedo, otros simplemente lo vieron como una experiencia dura – buena, “a mí me gustó – dijo LA GIOCONDA- poder ver el asentamiento de otra manera, la señora con la que yo estaba sí me contestaba, pero no dejaba de mirar a todos lados, como si esperara que algo pasara, a mí se me hace que estaba más preocupada por mí que por ella misma, parecía acostumbrada”.

Eloisa también nos contó que sintió mucho dolor con las entrevistas, habló de la conversación con Petra Cotes y de todo el drama que hay detrás de esa mujer que se ve tan dispuesta a colaborar siempre con nosotros. Yo la detuve, por temor a una imprudencia, pues allí todos sabíamos de quién estaba hablando. Se hizo un silencio y creí oportuno terminar la reunión. Yo, por lo demás tenía un compromiso para una

entrevista a un comunicador politólogo y no debía faltar, porque me había cancelado varios encuentros, así que era ahora o nunca.

Me encontré con mi entrevistable en La Comedia, lo invité a tomar algo en el sitio y, dada su premura, nos pusimos en acción; con tan mala suerte que no encontré el cuestionario y tuve que acudir a mi memoria, y así lo hice. No fue nada complicado recordar, pero luego me di cuenta que tenía el cuestionario conmigo y que por la presión del tiempo no lo encontré. En fin, la memoria funcionó y luego constaté que realicé las preguntas tal cual el orden establecido. Mi amigo las respondió con su elocuencia habitual y con un nivel crítico que lo caracteriza. Fue buena, lástima la premura. Nos despedimos allí, yo me fui despacio, un poco sin rumbo, pues todo sucedió tan de prisa que no me entendía con tiempo de sobra...caminé por el sector y opté por subir a Macondo

Eran las 5 p.m. cuando llegué al asentamiento, era un lunes “cualquiera” y todo: personas, animales, cosas y casas, estaban quietas. Así que arrimé primero a la tienda, saludé al dueño, pues a estas alturas del partido, de comprarle refrigerios, tomarle fotos y conversar con él, era sitio obligado de llegada, además porque está ubicado en la orilla del camino y a la entrada al parquecito. Me preguntó si quería tomar algo, le dije que no, que sólo venía de paso, un rato, a mirar por ahí. “Esto está tan sólo que espantan”, me dijo. Yo afirmé con la cabeza y él agregó “pero es cuestión de segundos, en unos minutitos esto está lleno de chinches [niños] porque a las 6 salen de la escuela”, “si, me imagino...ya lo he visto – dije- adiós, ahora nos vemos”. Seguí rumbo a la casa de José Arcadio, para mi sorpresa su esposa no estaba, eso me llamó la atención, sólo encontré a Amaranta, cargando a su bebé que se tomaba un biberón de “aguapanela” típico. “¿Qué pasó, dónde está la gente?”, “pues mi papá se fue con mi mamá al doctor, es que está muy mal, pero parece que ya ganamos la pelea y que la van a operar por fin y tenía que hacerse unos exámenes”. Recordé, entonces, que en mi primera visita José Arcadio no estaba, porque estaba en los trámites de esa Acción de Tutela, “porque el seguro, doctora, no funciona si no es entutelando, aquí si no es a las malas no nos prestan servicio a los pobres, es que pa’ los pobres no hay salud”...Me quedé un momento con Amaranta, hablamos del taller del día siguiente, ella muy firme en su colaboración, en la que había mostrado grandes dotes de “organizadora”: un par de gritos y todos los niños se callan! Le pregunté si no iba a la escuela nocturna, como todos los días y me dijo que no “¿y quién me cuida al niño?”, estuve tentada a ofrecerme, pero no sé qué me detuvo y por fortuna, porque luego agregó, “ni lo puedo dejar con una vecina porque está muy llorón es que está como indispuesto y pues es mejor quedarme con él”...yo me relajé, ya no tenía qué más hacer allí. “¿Y usted qué hace por aquí y a estas horas?”, “me dieron ganas de dar una vuelta, ya me hace falta”, nos reímos las dos y me despedí, pero antes de salir me dijo “oiga doctora, mucho cuidado, que ya casi oscurece y uno nunca sabe”.

Subí a la supuesta escuelita, sí habían avanzado pero lo que faltaba era mucho, no se notaba ni el trabajo ni el dinero. Seguí subiendo, para mirar desde arriba y en el camino algunas mujeres me saludaron. Extrañé a Petra Cotes y a Pilar Ternera, pero sabía que estaban en el “recorrido” y que no era hora para verlas. No obstante y su ausencia, me di cuenta que algunas mujeres me reconocían y yo a ellas.

Me senté en unas escalas, sólo para mirar desde ahí, hacia abajo, hacia la cañada, me dejé llevar por los pensamientos, me distraje como suele sucederme. Allí, en esa actitud

contemplativa, siento que alguien me toca en el hombro, yo miré sin saber quién era, pero sin susto, talvez el tacto y la manera de tocarme me hicieron sentir confianza. Era una abuelita, la mamá del dueño de rumbeadero, me miraba y se reía, desde esos ojos ya cansados de mirar. Me tardé unos segundos en identificarla, pero de inmediato la saludé y entramos en tema: “que cómo me le va, que qué hace por aquí, que pa’ donde va, que con quién viene, qué si está haciendo mucho calor...”, luego me dijo que si quería entrar a su casa, “sí, sí, muchas gracias”, nos sentamos en dos sillas, cada una a su estilo, estaban afuera y desde ese sitio se divisa buena parte del asentamiento. Me ofreció tintico, y yo que sí que claro. Me lo trajo en una taza de peltre, lo que me gustó mucho, había sido blanca y con flores, ahora sólo quedaban las flores. Probé el café y, para mi alegría, estaba hecho con aguapanela, ese es el típico café campesino, el café de los viejos, el café de las señoras. Empezamos a conversar de todo un poco y luego caímos al tema del desplazamiento. Me dijo que sufrió mucho viniéndose pa’ acá, que ella prefería vivir en su tierra, “porque uno debe morir donde nace y donde enterró a sus seres queridos”, “¿Por qué se vinieron - le pregunté- y me contestó “ya ve, yo ni sé, el que se quiso venir fue mi hijo, él me trajo, yo no vivía con él, yo vivía en mi casita, pero a él dizque lo amenazaron y pues aquí me trajo y aquí estoy”...La noté tranquila y seguí preguntando “¿pero usted no dijo nada, usted se dejó traer?, ella me miró y se sonrió “uno no se va si no se quiere ir, yo me vine porque no me quería quedar sin mi hijo, yo a él le creo lo que le pasó, lo de la amenaza, porque le pasó a mucha gente, todo el mundo lo decía y así debía ser, sólo que a mí nadie me amenazó, nadie me puso una pistola en la cabeza y me obligó a venirme, pero a mi hijo sí...no, no le pusieron la pistola, pero sí le dijeron cosas, y los asustaron y a él le dio miedo y nos vinimos todos”, y sigo yo “¿y a usted le dio miedo?” “por él sí, porque le pasara algo a él, pero a mi, por mí no”. Esta mujer me dejaba fuera de foco, pues parecía inmutable, con una cara serena y, más vale, risueña, así que seguí “¿y, ahora que siente?” pues a mi me da mucha pero mucha nostalgia y, también le digo, que a veces me da rabia, es como una mezcla de cosas, pero si estoy aquí es porque así tenía que ser, porque dios quiso que fuera así y no de otra manera, y yo con dios no peleo”, “¿quisiera volver?”, “pues sí y no, yo sin mi muchacho no me voy y menos ahora que tengo nietos”, “¿los tuvo aquí o se vinieron con ellos?”, me miró como desconcertada “pues se casó con una blanca, usted la conoce, con la que preparamos el almuerzo ese domingo que vino tanta gente, la gordita, ella es de Río Negro y aquí se conocieron, se casaron y ya hay nietos”. Recordé de quién me hablaba y le dije “o sea que usted ya es de aquí también porque tiene nietos paisas”, hubo un silencio y agregé “de aquí y de allá”. En ese momento nos interrumpió la nuera. La llamó para pedirle un favor y nos despedimos allí.

La casa es una de las mejores del asentamiento, (o era, no sé ahora porque estas comunidades se transforman con cada torrencial) porque ya tiene una parte en “material” como ellos lo llaman (ladrillo, cemento), la otra parte era de latas, cartón, madera y demás recursos que usan en estas circunstancias. La parte mejor de la casa, que es un salón en obra negra y con una pequeña tienda en un rincón que tiene una ventana, la cual también sirve para atender al público, además de permitir observar todo el asentamiento. Este espacio es el “rumbeadero”, el mismo en el que nos reunimos y almorzamos para cuando en censo. El dueño tenía pensado construir su casa, pero la comunidad le pidió un bailadero y esto hizo, lo que se convirtió en uno de los negocios más próspero del asentamiento: de día vende a la manera de tienda y de noche ofrece licor, música y video. Pedí prestado el servicio sanitario y encontré que aun funciona con letrina, lo que me pareció extraño por la época y por el nivel económico del tendero, superior a muchos. Pero otras operan aquí: servicio de alcantarillado, agua, etc. En la

parte que funciona como vivienda pude observar, igual que en otras: estreches, hacinamiento, camas muy cercanas unas de otra, la cocina prácticamente entre los espacios para dormir, y un aseo absoluto, nada fuera de su lugar, todo muy limpio y las ollas brillantes, al mejor estilo chocoano. No había algo parecido a una sala o a un comedor, todo se reducía a cocina, dormitorios, sanitario, separado apenas por una cortina plástica y el salón de baile, que en mi cálculo era el doble o más que el espacio de vivienda. La calidad del estero y del aparato de video-tv., contrastaba con la austeridad de muebles y comodidades de la vivienda.

Una vez la anciana se perdió por la puerta de madera, yo subí otro poco de la loma. Para ese entonces ya se oscurecía, los niños habían llegado de sus escuelas y estaban jugando en distintos sitios del lugar. Algunas mamás los llamaban desde la puerta para entrar a comer y a hacer tareas. Algunos se me arrimaron a saludarme y me preguntaron si al otro día había semillero, les dije que sí, pero que ahora se fueran porque los estaban llamando. Tenían uniformes, los niños de jeans y camiseta blanca y las niñas de faldas azules o enterizos de cuadritos, parecían “niños del mundo”.

Desde donde estaba me di cuenta que la casa de José Arcadio estaba con luz y puerta abierta, pensé que ya había llegado y bajé a saludarlos y a saber de su esposa. En efecto, allí estaban y cuando me vieron se alegraron “ay doctora, - dijo José Arcadio - la estábamos esperando porque Amaranta nos dijo que andaba por ahí y uno siempre se preocupa”, me conmovieron, yo sólo les dije “tranquilos, yo hasta soy valiente, pocas cosas me dan miedo”, “no se crea tanto, ya usted sabe – dijo la señora- un tintico o qué quiere tomar”, atentos como siempre así que le dije “no se preocupen por mí, mas bien cuéntenme cómo les fue, ¿si la van a operar?”... de todos modos me trajeron agua y mientras me la servían me contaron que sí, que la operación era un hecho, pero que como tenía un poco de gripa y fiebre, tenían que esperar, que cuando eso ya se le quitara pues ponían fecha...los felicité por el logro, por haber dado esa pelea, a ellos les dio risa y José Arcadio solo dijo “si todo fuera como eso doctora, pa’ peleas las que nos faltan, eso no fue nada”. Les dije que me iba, que al otro día había taller y que ojalá todo les saliera bien y que me mantendría al tanto de lo de su salud.

Bajé a la cañada y sentí a alguien detrás, llamándome, era Aureliano, “es que José Arcadio me pidió que la acompañara, que no la dejara sola” y así fue, me fui con él hasta el GGM y allí tomé un taxi, “muchas gracias Aureliano, mañana vuelvo y lo busco para que me conceda una entrevista, ¿le parece?”, “con mucho gusto, estamos para servirle” “mil gracias, hasta mañana”...me fui a la casa, realicé las llamadas a los coordinadores, me confirmaron que todo estaba bien y que nos veíamos en San Ignacio. Intenté dormir, ahora me doy cuenta que durante el trabajo de campo no dormí ninguna noche completa, que máximo fueron 3 horas e intermitentes. ¡La adrenalina en pleno!

Martes 28 de septiembre
Día 38 taller N° 3: día de perros

Muy temprano me despertó la llamada de Ursula “sólo quería saber que estaba bien jefa y que todo iba bien”, “sí pequeña, todo va bien, nos vemos luego”. Acordamos vernos antes de la hora indicada para conversar y mirar las fotos que ella había tomado. Mi perra no quería levantarse, el día estaba frío y las cobijas se pegaban fuertes. Igual me levanté, no había otra opción, me arreglé para salir y Pepa, mi chanda querida,

observaba con atención cada uno de mis movimientos, me seguía por el espacio como queriendo preguntar ¿te vas de nuevo?, yo ni la miraba porque sabía en qué andaba ella y mejor no constatarlo. Cuando agarré el bolso, para meter material, se quedó mirándome y luego, en un acto de convencimiento de lo inútil de cualquier insistencia, ¡se fue!, lo último que oí fue la reja de la entrada tambalearse a su paso. Me sobrecogí...no la había atendido desde que llegué, no la había sacado a pasear, no había jugado con ella, nada, y ella sólo me veía entrar y salir y volver a entrar y volver a salir, siempre con urgencias. Me asomé al portón para echar un vistazo hacia donde se había ido y me prometí dedicarle el último día de mi estadía, completo, a mi perra. Ah! que esperanzas.

Llegamos a San Ignacio, ya estaba Ursula con sus materiales, muy dispuesta. Mientras nos saludábamos apareció una vieja amiga y colega antropóloga, fue un encuentro casual como casuales fueron los asuntos que emergieron en la conversación. Las invité a desayunar al Paraninfo, como se conoce al viejo edificio de la Universidad que tiene sede en San Ignacio y que aparecerá en muchas de las fotos del grupo. Entramos a ese bello espacio, recientemente remodelado y que guarda historias del país y de Medellín y donde naciera hace 202 años, nuestra querida Alma Mater. Allí, en su auditorio, en los famosos “Jueves del Paraninfo” pudimos escuchar a Borges con su María Kodama, a Cortazar, a Gabo, Másmela, a Subiela, Vattimo, Carlos Gaviria (no Cesar), Belisario Betancur, a María Teresa Uribe, a los nadaistas; se ha enorgullecido con Botero, con Débora Arango, con Arenas Betancur, en fin, es un lugar casi sagrado para la academia y las artes locales. Con amplios jardines, árboles antiguos, con librería, museo arqueológico y con las esculturas gigantes, que son reproducciones anónimas de Rondín, este es un oasis en medio, no del desierto, sino de caos: en pleno centro de Medellín, donde la pauperización de la ciudad ha hecho gala en la forma de ventorrillos con “todo lo que se lleve a 100”, se erige este edificio donde uno vuelve, recae, en la debatida idea de “todo tiempo pasado fue mejor”

Pues bien, allí entramos, previa revisión de bolsos (práctica tan común en Medellín, que ya ni los abren, parecen, más vale, sopesarlos). Fuimos a la cafetería que está rodeada de jardines y desde la que se puede observar la panorámica completa. Con mi amiga, la Timy, conversamos un rato, me contó que había estado en México DF estudiando una maestría y un doctorado, me puso al día con sus experiencias defechas, buenas, regulares, malas (lo bueno, lo malo y lo feo) en estas tierras; me dijo también, que siempre viajaba con su perro Julio y que era un show cuando se montaban al avión con niños, pañaleras y animal enjaulado...Su marido estuvo siempre incluido en el paquete y con él regresó a Colombia. Me dijo que ahora era maestra en Antropología, que una de sus alumnas, SN, estaba en el trabajo de campo conmigo y que estaba muy admirada de todo lo que era posible hacer. Ursula y yo sólo nos mirábamos, yo le contaba cualquier cosa y, en ese mismo instante, surgía la casualidad: a ella le había pasado lo mismo, una amiga suya colombiana se había ido a vivir con un mexicano con tres hijos, o una alumna estaba en el trabajo de campo de mi investigación, los perros...etc. Finalmente las tres nos encontramos con la mirada y largamos la carcajada, al mejor estilo paisa, fue tan fuerte el estallido que un amigo que trabaja en el museo me reconoció por la risa y se acercó a saludarme. Fue un bello momento, le agradecí a la vida que me lo hubiera permitido, agradecí a Ursula despertarme temprano para darnos la oportunidad de algo “liviano” y le agradecí a Timy que pasara por allí justo a tiempo. Pero el reloj es implacable y debíamos salir al encuentro con los otros colaboradores. Así fue.

El grupo estaba allí, muy puntuales como siempre y como siempre con su camisetas blancas, sus jeans y con esa actitud, entre curiosos y dispuestos. Nos saludamos rápidamente, constatamos que no faltara nada, “¿todo en orden?” pregunte, “todo en orden, contestaron” y arrancamos. Tomamos los taxis, cada vez más seguros de la ruta, cada vez con más certeza sobre lo que nos esperaba y lo que debíamos hacer. Esta vez hubo que rodear por otra zona, por aquello del gasoducto, pero nunca “perdimos el norte”, los taxistas también muy ubicados y llegamos en 10 minutos.

Nos detuvimos en el GGM. Algunos entraron para organizar el espacio y algunos subimos hasta la comunidad para el encuentro con los niños. Hicimos nuestro ondulante recorrido y esta vez tuve una grata sorpresa: la perra de José Arcadio, Lola, salió al encuentro boleándome la cola...no, no fue a todos, fue a mí, me siguió, me saltaba a los lados y, de nuevo, emergió un dicho de mi madre “por la plata baila el perro” y es que sí, cada que he podido le he hecho un digestivo regalo y la chanda ya me reconoce, “ya ves - pensé culposa - lo que no hacés con tu perra Rubiela, ‘luz de la calle y oscuridad de la casa’ –sentenció, sin compasión, mi maestra de primaria, la señorita Frankelina-”. Le devolví el saludo y seguimos el camino hasta la propia casa de la anfitriona. No faltaron los cometarios, en pro y en contra, de los afectos caninos.

Sacamos el material, los niños ya estaban dándonos vueltas, preguntando y tocándole el pelo a la Maité, que cada vez es más atrevida e innovadora con sus atuendos, lo que ha fascinado a los niños y ha favorecido la empatía entre ella y el grupo. Acompañadas de Amaranta y de Petra Cotes, bajamos al colegio, nos instalamos; todo era un poco más ágil, ya sabíamos las tareas, cada cual estaba en lo suyo, sin perder de vista “lo otro”, la posibilidad de estar allí donde se pudiera colaborar. La dinámica, el espacio y el clima nos eran favorables. “Los dioses están de nuestro lado” me dijo Mauricio Babilonia, con es cara de ensoñación que lo caracteriza.

Esta sesión la habíamos elaborado en función, ahora, de la alteropercepción, esto es, propiciar interacciones entre los chicos, conducentes al reconocimiento de otro que está allí, que puede ser diferente y también posible. El asunto era rastrear la sexualidad, la alteridad, en función de la identidad y capturar las acciones y reacciones que en torno a que esto se presentara.

El grupo, usualmente más inquieto que el de las tardes, se concentró en las propuestas, atendieron todas las indicaciones y acataron todas las señales a su tiempo. Los entrevistadores estaban en lo suyo, al igual que la chica de somatoscopía y la observadora. Ursula tenía el encargo de “pulir” dos entrevistas que hiciera y en las cuales se le escaparon detalles. Petra y Amaranta, muy apropiadas, asumieron sus funciones y se metieron en cuanto actividad pudieron, como uno más de los participantes. Ubiqué el escenario: tareas, actores, responsabilidades y me relajé. Todo marchaba bien, así que podía dedicarme a lo mío, la observación.

Un asunto que me había llamado la atención en los talleres anteriores había sido la facilidad con que se acercan y se tocan unos a otros, unos a otras, y otras a otras. Este aspecto volvió a aparecer allí, los chicos se tocan sin ningún obstáculo y sin ningún “pudor”. No tienen objeción en estar unos sobre otros o que otro le repase el rostro, la cintura, las piernas, mientras lo trata de identificar con sus ojos cerrados. Aquí me surgieron preguntas como “¿es una suerte disposición natural-étnica?”, ¿es un actitud de obediencia ante una autoridad?”. Seguí en mi tarea, las niñas no buscaban a las niñas, ni

al contrario, como cayeran las parejas, formadas al azar, así se quedaban, sin intentos de buscar a otro. Como en todos los talleres se propusieron actividades que dejaran lo que he llamado “productos para el análisis”, en esta ocasión se trataba de indicar cómo era el otro (sexo) idealizado, si se fuera otro (sexo) cómo se prefería ser e hicimos la actividad de nombrar las partes del cuerpo de las maneras que comúnmente lo hacen. Los niños participaron con mucha animación de esta última parte, se reían, se decían cosas al oído, pero no se abstuvieron de participar. Los colaboradores lo hicieron muy bien, muy serios y motivadores para que dijeran aquello que se les ocurría. La sesión terminó con una actividad de relajación y los chicos manifestaron su inconformidad porque el tiempo se había ido rápido. Les gustaba estar allí, les gustaba sentirse atendidos, les gustaba jugar y les gustaba el encuentro con los otros. Con la ayuda de Amaranta y de Petra Cotes repartimos el refrigerio, ya más calmados se acercaron a recibirlo, ya sabían también que para todos había y que no era de “peleárselo”.

Nos despedimos, subimos a dejar las cosas donde José Arcadio, saludamos a los niños que salían del colegio y que vendrían en la tarde al semillero con nosotros. Muchos de sus compañeros nos preguntaban si también podían venir, y con tristeza, les decíamos que más adelante, que ahora el grupo estaba completo. De nuevo Lola salió al encuentro y de nuevo le ofrecí algo de lo que quedó de los refrigerios, esto ratificó nuestra naciente amistad. Entregamos las cosas a Amaranta pues José Arcadio estaba trabajando en el centro y con Petra Cotes que estaba allí, muy diligente, quedamos de vernos en la tarde. “Listo seño, ¿pero si está contenta con mi trabajo?” “sí, sí, sí, claro y estoy muy agradecida, así que bien cumplida con Pilar, que ahora nos vemos”.

Empezó el descenso conocido: bajada, cañada, subida y bajada. Tomamos las taxis, muy fáciles esta vez. Dejé al grupo en el centro, no sin antes convenir quiénes estarían en la tarde y la hora del encuentro, al día siguiente, para evaluar el trabajo. Me subí rápidamente a la casa, quería estar con mi perra un rato, almorzar con ella, ver la casa de día, saludar a mi vieja empleada y amiga, bañarme para volver a salir a tiempo y emprender así la jornada de la tarde. Eso hice, con la sorpresa de que ni había almuerzo para mí, no me esperaban y mis vecinos acudieron en mi auxilio, como tantas veces. Ventajas del estrato 3.

La tarde transcurrió sin grandes cambios en relación a la mañana, aquí lo que siempre marcó la diferencia fueron los niños: era evidente su actitud disciplinada, más concentrados y, consecuentemente, más llevaderos en el trabajo. Esto, a su vez, hacía que los orientadores del taller se sintieran más cómodos y que las actividades se presentaran en forma más fluida. El grupo de la tarde, que son los chicos que estudian en la mañana, parecía conocerse más, actuaban de forma más solidaria y cercana. Como en la mañana, no hubo empacho en tocar y dejarse tocar y, de igual manera, se comprometieron en nombrar las partes del cuerpo, como ellos cotidianamente las llaman. En esta sesión sólo pude observar el apego de las mujeres a los colaboradores hombres...se les acercaban, les hacían bromas y los piropeaban de frente, Mauricio Babilonia (rubio y de ojos verdes) gozaba del mayor número de fans; los niños por el contrario, más tímidos en esto y no pude observar a ninguno haciendo comentarios sobre o a las mujeres, en este sentido, también las niñas se destacaron por adular las indumentarias de las colaboradoras, y estaban atentas a cuanta cosa nueva llevaban: adornos en el cabello, aretes, pulseras, ombligueras, etc. y aunque nuestro atuendo era más o menos uniforme, jeans y camiseta blanca, ellas, las niñas, no dejaban de encontrar

el detalle, lo nuevo, lo diferente y lo deseado. Los niños, como siempre más atentos a los tenis, a los relojes y, en general, a los aparatos (grabadoras, cámaras, etc.)

Terminamos con el refrigerio, se despidieron contentos y asegurándose del próximo taller, aspecto que también me conmovió, pues parecían temer el abandono, el engaño o no se qué cosa, pero el asunto es que buscaban confirmar y reconfirmar, todo el tiempo, que habría otro taller. “Debo hacerlos por lo menos hasta diciembre” me ratificaba a mi vez.

Dejamos el material en casa de José Arcadio, que para ese entonces había llegado del trabajo y se había arrimado, antes de llegar a su casa, para ver cómo íbamos. Esta vez Lola ni me determinó, allí estaba su amo y yo dejé de ser el centro de sus afanes, lo que me gustó mucho, pues la fidelidad es algo que no se negocia por unos restos de refrigerio, “quien ve a la Lola –comenté- y no es interesada, siempre”. Le conté a José Arcadio de las fiestas de su perra cuando llegué en la mañana, todos agregaron de su parte y nos despedimos.

Hicimos el recorrido habitual, pero esta vez no hubo cerveza, era apenas martes y nos faltaba aún mucha semana, así que sólo empanadas, refresco y “chao muchachos, nos vemos mañana para evaluar”. Así quedamos.

En casa revisé el itinerario del día siguiente, hice las llamadas pertinentes, revisé el material obtenido de los talleres, digité la evaluación para los colaboradores y adecué la propuesta del cuarto taller. Hablé con Ursula para una entrevista y con Melquíades, el mago del dinero, para considerar el presupuesto de la tabulación de los datos del censo. Me metí a la cama con Pepa, quería jugar un rato con ella, pero nos quedamos dormidas casi en el acto, la tierra fría donde está mi casa favorece el sueño, así terminó este día de perros.

Miércoles 29 de septiembre

Día 39: “Acabar la guerra, esa es la solución”

¡Que diferencia cuando no había tareas masivas con la comunidad! La verdad es que todo parecía de otro color, dormía un tanto mejor y desayunaba tranquila, sin premura. Mis compromisos empezaban a partir de las 12 M, así que esta mañana podía estar en casa, ya no sólo con Pepa, sino que podría disfrutar la luz de las 10 a.m., mi hora preferida del día en cualquier parte y, más aún, en mi casa, donde el sol pega en la piedra amarilla del patio, lo que hace que todo se ilumine más: la cocina, los adornos, las paredes, mis cuadros; las plantas del interior como el jardín de la calle parecen más verdes y conservan el rocío de la noche, las nubes son de un azul particular y todos, absolutamente todos los animales de la cuadra, están merodeando en el espacio, hasta la gallina, Gudy, que tienen por mascota la familia de la esquina de arriba, esa gallina que al principio perros y gatos perseguían, incluida Pepa, y que ahora era parte de ellos como uno más de cuatro patas. A esa hora, por lo demás, se sienten los pregoneros: periódicos, mazamorra, empanadas y buñuelos y, no puede faltar, el reciclador, Jacinto, amigo mío, que se asoma a la ventana y me ofrece sus servicios para botar la basura o intenta venderme algo antiguo que rescató en alguno de sus “recorridos”. A todos los vendedores los reconozco y todos ellos me saludan gracias a Pepa, con la que siempre tienen que ver, la quieren mucho y ella a su vez a cada uno le hace su fiesta, les salta,

les bolea la cola y hasta les gime para que no la dejen sin premio. En la terraza también da el sol y a esta hora, bañarse en la ducha al aire libre es un verdadero placer, allí, mientras me enjabono, observo la cancha de fútbol, los eucaliptos enormes que bordean la quebrada y algunas reformas en las casas contiguas. La ducha es rápida porque haga el sol que haga, el agua es siempre fría, helada diría yo, una temperatura con la que, como dice mi vecina “quedás enterado”: te pone en el mundo sin preámbulos, te despierta y te instala de un solo golpe y porrazo o, mejor, de un solo chorro. Me bañé y bajé al jardín para no perderme el momento.

A las 11:30 salí para el centro, donde me encontraría en Azur con los chicos para la evaluación del taller del día anterior y la programación del siguiente. Llegué antes y conversé con mi ex vecina y dueña del lugar sobre chismes de los conocidos. Luego fueron llegando todos y nos dispusimos a la evaluación. Revisamos las tareas realizadas, los detalles de las etnografías y pusimos en común las percepciones de los colaboradores en el taller. Planeamos el taller del día siguiente, en el que con otras actividades buscaríamos, de nuevo, generar emociones. Se trataba de volver a adquirir los productos para el análisis, para tener una suerte de “constatación del dato”. Así que ya estaba muy claro lo que íbamos a hacer que era, un poco, repetir lo del primer taller, aquí la atención estaría en los participantes con la intención de que fueran los mismos de los talleres anteriores, asunto que por fortuna, era fácil pues este era un espacio que interesaba a todos.

Me reuní también con los de la somatoscopía, revisamos algunos detalles de las evaluaciones realizadas y trabajamos sobre ellas para intentar interpretar. Este instrumento que permite retomar muchos datos en ocasiones resulta frío y taxativo, así que es importante ponerlo a circular entre los observadores para recabar datos y percepciones significativas. Con los somatoscopistas conversamos sobre lo que sucedía allí, en ese pequeño espacio en el que narraban y/o enseñaban sus registros corporales. Me contaron sobre cómo una cosa lleva a la otra, sobre cómo de una cicatriz derivan muchos recuerdos, así mismo manifestaron su asombro por la memoria asociada al cuerpo. Contaron sobre sus propias huellas y sobre la evocación que hacían a partir de ellas.

En la tarde-noche, me encontré con mis asistentes y convinimos el presupuesto para la tabulación de los datos del censo que según Melquíades era el menos oneroso posible, él mismo y su compañera se encargarían de estar al frente del trabajo toda vez que lo consideraban de mucha responsabilidad. Le agradecí el gesto y la deferencia para conmigo y me tranquilicé, no sólo por la calidad sino por los costos, pues a estas alturas del partido mis fondos eran cada vez menores y mi acceso a los préstamos universitarios se habían agotado.

Para finalizar el día entrevisté a una licenciada en Educación Física, estudiante de Derecho y maestra de escuela; con ella fue muy rápido pues no es de mucho discurso pero sí de criterio. Me asombró la certeza, compartida por muchos, de que la solución está en acabar la guerra. A mi vez me pregunté, de nuevo, por los orígenes de la guerra y ratifiqué aquello de la “memoria colectiva” y “los olvidos colectivos” y las “interpretaciones inmediatas de las masas”. Frente a esto qué se puede hacer!!! me continué preguntando mientras me conciliaba en sueño.

Jueves 30 de septiembre **Día 40 taller N°4: Sin novedades**

El día transcurrió tal como lo planeamos, no hubo contratiempo, ni inconvenientes, fue casi monótono. Nos encontramos en el lugar de siempre y de allí tomamos los taxis, los mismo que llegaron rápido y directos. Asistimos 8 personas: 2 en los talleres, 2 en somatoscopías, 2 en entrevistas y 2 en las etnografías. Las asistentes de la comunidad estarían en los materiales y en los refrigerios.

Hicimos lo acordado: se trataba de reiniciar las temáticas de los talleres, hacer dinámicas semejantes para obtener los mismos productos para el análisis, así los tres primeros talleres funcionarían como “pruebas piloto”. Ya, sin mucha novedad por parte de los niños, las tareas propuestas y los resultados que obtuvimos fueron muy buenos. Los talleristas, a su vez, más apropiados de la escena lograron controlar la inquietud de los asistentes con mayor facilidad y de una manera más pedagógica. Parecía una actividad cotidiana para ambas partes y me sobrecogió lo agradecidos y satisfechos que se veían los chicos. Me di cuenta que todo marchaba sobre ruedas y me salí.

Me fui un rato a la comunidad para mirar por allí, pero todo estaba muy quieto, tranquilo, no había con quien conversar así que esperé un rato sentada en las escaleras hasta que observé a Aureliano y me dijo que iba de salida, que había tenido una llamada para un posible trabajito “¿en qué?” le pregunté evidentemente contenta con la noticia, “no, no...no vaya a creer, no es nada del otro mundo, es para arreglarle la cocina a una familia conocida, un trabajito de albañilería” “¿y es que usted sabe de eso?”, “pues no gran cosa – me dijo- pero algo se ha aprendido a las bravas, ya sabe, cuando toca toca y todo nos sirve en estos días” “ojalá le resulté algo más a la fija, pero por ahora hágale que mañana, si puede, me deja que lo entreviste ¿está bien?” “sí, claro doctora es que si eso resulta es pa’ sábado o domingo, no pa’ ya” “así quedamos pues, que le vaya bien”.

Bajé a la chaza (pequeña tienda de material desechable-reciclado), compré el refrigerio para los niños, volví al colegio, busqué el grupo, lo encontré realizando los últimos productos para el análisis y me di cuenta que las cosas iban por buen camino. Les dije que iba siendo la hora de terminar y me respondieron que estaban en eso. Salieron por su refrigerio y nos despedimos “hasta el martes, a la misma hora, muy cumplidos”, “listo señor, el martes nos vemos”. Los niños seguían a Maite y las niñas enamoradas de Mauricio Babilonia, esto era una maravilla porque ambos se sentían halagados y no sabían como “deshacerse” de este extraño y tierno séquito de admiradores. Yo los observaba atenta a unos y otras, me daba risa, pero sentía el peso infalible del “modelo” porque los más perseguidos eran los más rubios, de ojos claros y vestidos entre hiposos y gomelos (fresas), “ayayay! pensé, es como si no se dieran cuenta de su propia belleza”. Logré “arrancárselos a las masas” y bajamos rumbo al centro, los invité a almorzar juntos, pues el tiempo era corto y en la tarde subiríamos el mismo grupo. Aceptaron complacidos, “pa’ lo que no hay pereza profe” me dijo Nico. Nos quedamos en un lugar alemán, donde venden comida rápida sabrosa y que tiene una terraza que permite disfrutar los platos y a la vez observar el transcurrir de la ciudad en uno de sus sitios más característicos: El Teatro Pablo Tobón Uribe, que desemboca, nada más y nada menos que en la Avenida la Playa, lugar de reunión, lleno de bares, cafecitos, donde se “parchan” los hipis a vender sus artesanía y paseo obligado de diciembre, temporada en la que se cierra el flujo de vehículos, se colocan los alumbrados, se realizan juegos callejeros, ventas de comidas y encuentros de amigos y amores . Allí

nos quedamos, hablando de los niños, del rato, del Instituto de Educación Física y su nuevo director, del tejemaneje tras las elecciones, del movimiento estudiantil y del próximo paro.

Entre estos y otros temas me dijo El Bosco “Ruby, tengo una inquietud hace días, contáme qué es eso del miedo y desde dónde lo estás pensando”, me gustó mucho esto, pues aunque les había hablado muchas veces sobre el asunto, entendí que la pregunta iba más allá de lo operativo, recordé que este chico trabaja en la línea de investigación sobre Historia de la Educación Física y que su mirada era un tanto más humanista y social. Le hablé pues de Spinoza, de Rossana, de la aficción subjetiva y de la construcción colectiva, de la regulación y del poder que se asocian al miedo y, por supuesto, del miedo y el cuerpo. Los demás escucharon muy atentos, parecían muy sorprendidos con la respuesta, con el tema, con la situación y guardaron silencio, como en un acto solemne de escuchar “la verdad”. Los invité a participar y fue un rato rico, de muchas apreciaciones, opinaron sobre sus propios miedos, sobre los miedos “nacionales” y sobre el manejo del miedo que hacen las autoridades. El Bosco sólo me dijo “que bien...que bien...es una nota que se piense así el miedo y que se investigue sobre eso, yo nunca lo habría pensado para una investigación y nunca me imaginé que se pudiera hacer todo lo que hemos hecho ‘buscando el miedo’”, luego agregó Eloisa “¿sabés Ruby qué es lo que más me gusta y me ha llamado la atención de tu trabajo? Que siempre metés a la Educación Física y que siempre nos mostrás que desde ahí se puede hacer algo más que deporte” “o que el deporte es más que ejercicio” agregó Maité. En ese momento pasó un profesor de Educación Física por La Playa y Nico lo vió y gritó “ahí va el rojo y va con una vieja”, todos miraron, todos se rieron y todos comentaron que no se imaginaban a ese profe con novia, y vuelta la risa, que con lo agrio (frío y amargado) era increíble verlo en esos pasos. Guardé silencio con respecto al profesor en cuestión, pero no dejé de anotarles que “los profesores siempre generamos imaginarios en los alumnos y que a veces pareciera que les es difícil reconocernos como humanos cualquiera, con las pasiones, los miedos y los deseos de todos”, estuvieron de acuerdo. “Llegó la hora de regresar a Macondo, yo pago aquí y el tintico nos lo tomamos arriba antes de empezar el taller, ¿que les parece?” aceptaron de buen agrado y pedí la cuenta. Algunos se levantaron al baño con su cepillos de dientes, luego fui yo, cancelé la cuenta y salimos. ¡Nos esperaba la sesión de la tarde!

Tomamos los taxis hacia Macondo, llegamos en tiempo record, estaba temprano y les propuse arrimar donde José Arcadio para que nos hicieran un tintico, pero que nosotros llevábamos el café. Y así fue, en una tienda fuera del asentamiento, donde nos dejan los taxis, compramos un kilo de café en grano, pasamos la Macondo y tocamos la puerta de José Arcadio, su esposa nos abrió y allí estaba Amaranta que aún no salía a estudiar “¿qué hacen por aquí tan temprano?” preguntaron al tiempo, “a mí que se me ocurrió ponerles trabajo a ustedes” “¿lo que quiera doctora, cómo qué se le ofrece?” es que vengo con lo chicos para el taller de la tarde pero nos dieron ganas de un tintico del que ustedes preparan y pasar un rato aquí en esta casa, ¿cómo le parece?, nosotros trajimos el café”, “ni falta que hacía doctora, que un tintico no se le niega a nadie, con mucho gusto se los preparo” dijo la esposa de José Arcadio, “¿cómo lo quieren, con aguapanela o así simple?”, todos nos miramos sorprendidos pues ya nos hemos acostumbrado al café en agua y con azúcar, el café con aguapanela es típico del campo y de gente muuuuy vieja y encontrarlo allí, a 10 minutos del centro, luego de almorzar en un restaurante alemán, parecía magia, era algo realmente “macondiano”, “pues a mí con aguapanela, que no me voy a perder ese regalo por nada del mundo” le dije a la señora,

sinceramente contenta con la idea, todos se adhirieron y optaron por tomarlo con aguapanela. Luego supe que algunos ni lo habían probado así, pero que con la cara que hice se les antojó. Esperamos un rato mientras lo hacían en la cocina, esto es, a dos pasos de donde estábamos que era entre la sala y la puerta. Todos nos acomodamos como bien pudimos, algunos en la cama, otros en el sillón y los demás en el piso y en los bordes del pequeño jardín de la entrada. “que bueno llegar con tiempo para mirar por ahí” me dijo Nico, “sí –dijo El Bosco- es que últimamente llegamos al taller y ni subimos acá”, “si es así, pues aprovechemos el rato y, además, podemos planear el paseo al charco con los niños y quienes nos quieran acompañar”, “que bien profe, nosotros también lo habíamos pensado, que sería bueno cerrar con una actividad colectiva antes de que usted se vaya”, “pues habrá que organizarlo porque a mí me encantaría hacer un sancocho por allá arriba, mejor dicho ‘un paseo de olla’ ¿cómo la ven?”, muy bien dijeron todos. El olor dulzón de la panela al fuego era penetrante, y ya había llegado a nosotros, así que las ganas de ese café se hacían más contundentes, la señora pareció leerme el pensamiento y gritó “ya casi, con leña esto está en un santiamén”, “no se preocupe que todavía tenemos tiempo”, le contesté. Los colaboradores miraban todo: las camas, los muebles, las paredes, las fotos, las tazas. Estaban pendientes de cuanta cosa saltaba a su vista. Nico jugaba con Lola, ella le saltaba, lo seguía y se le echaba patas pa’ arriba para que él le rascara la panza. Maite cargaba al hijo de Amaranta y le mostraba el paisaje, tratándole de enseñar palabras: árbol, perro, niño, parque...A Eloisa le llamó la atención las fotos en la pared, en aquel lugar que era lo más cercano a una sala: allí estaban, en su casa anterior, evidentemente más amplia, con otra decoración y en una celebración familiar típica. Todos sonreían a la cámara y José Arcadio se veía más gordo, más colorado, más erguido y más feliz. Las fotos en el centro de aquella pared, en el sitio más visible de este densificado espacio, eran un motivo de orgullo y algo así como la constancia de un pasado mejor, era decirnos a nosotros y “a quien pudiera interesar” que si estaban mal y pobres no era su responsabilidad y que esto no había sido así siempre. Era, por lo demás una cierta ratificación de su verdad, la que nos habían dicho sobre su historia y el desplazamiento. Eloisa las miraba y las recorría y luego me resumió en una sola frase su pensamiento “En las solas caras se les nota el cambio y mucho”. Hubiera querido indagar más sobre sus apreciaciones, pero en ese momento sentí a la señora entrar a la sala, con un plato grande, lleno de pocillos (tazas pequeñas), todos diferentes, pero en muy buen estado, ninguno estaba despicado (bordes rotos), ninguno tenía ranuras y se veían muy limpios. Esto me llevó a la imagen paisa de “pobre pero aseado, pobre pero honrado” y aquello de no guardar aquello que medio se rompa, porque “trae mala suerte”. “Que bonitos pocillos tiene usted”, le dije, “ya ve, no porque el indio es pobre la mochila es de hojas”, otro viejo dicho paisa.

Todos nos acercamos a la señora, fuimos tomando los pocillo y nos acomodamos en nuevos lugares como si se tratara de una rotación, parecía que cada uno buscaba un nuevo ángulo para la observación. Algunos se fueron a ver las fotografías en la pared, era evidente que nos habían escuchado cuando hablamos de éstas un poco antes. Por mi parte me salí al jardincito para respirar un poco y mirar hacia otro lado del entorno. Empezaron los comentarios de los colaboradores con respecto a tinto, “que muy rico”, “que ahora recordaba que sí lo había probado en casa de su abuela” “que para estar acostumbrados a tomarlos sin azúcar no se sentía tan dulce” “que sé estaba dulce, pero que nada comparable con el azúcar”, “este a mí siempre me ha gustado”. La señora nos miraba y se sonreía, con la sonrisa que da la satisfacción del elogio recibido. Miré el reloj y les dije que se pusieran “pilas” (atentos) porque la hora del taller se acercaba...

“ya ve, señora –le dije- indio comido indio ido, no fue sino tomarnos el café pa’ salir corriendo”, “no se preocupe doctora, el afán son los niños y estamos muy contentos de que trabajen con ellos”. Nos fuimos parando a llevar los pocillos, Eloisa se ofreció a lavarlos, pero Mauricio Babilonia se adelantó para hacerlo él mismo. La señora nos insistía en que dejáramos las cosas así, pero no logró convencernos. Mauricio entró e hizo una labor rápida, los otros organizamos aquello que habíamos sacado del lugar, recogimos el material para el taller y nos salimos al parquecito a esperar; Petra Cotes y Pilar Ternera, llegaron hasta allí “¿ustedes ya nos habían visto?”, les pregunté, “desde que llegaron seño, pero estábamos esperando que estuvieran listos para salir”; la señora también salió con nosotros y ahí realizamos los últimos comentarios. Mauricio, que se había quedado sólo en la casa, asomó por la puerta y le dijo a la señora “ya le quedó la cocina tan brillante como la tenía, ya se quisiera mi mamá un orden de esos y esas ollas que parecen nuevas”, mientras hablaba se nos acercó, la señora seguía allí, sin ningún recelo de su casa sola o con extraños, era evidente que confiaba en nosotros. “Nos vamos pues, más tarde volvemos a guardar cosa y nos vamos rapidito para no molestarla más” “no, si no es molestia, ojalá uno recibiera visitas de estas todos los días”.

Empezamos a salir y los niños, que nos observaban desde donde quiera que estuvieran, fueron llegando hasta nosotros y empezamos a formar la fila que, ya sin pensarla, se hacía para que todos pudiéramos movernos cómodamente en el trecho que conduce del asentamiento al colegio y antes de perdernos de su vista, le dijimos el último adiós con las manos, ella no se había movido del lugar, como tampoco había dejado de seguirnos con la mirada. Los talleristas se adelantaron un poco, con los niños a su alrededor: tocándolos, preguntándoles y pidiéndoles... Mauricio me pasó el brazo por la espalda y me dijo que la cocina era un lugar muy pequeño, pero muy limpio, que lo que le había parecido muy poco adecuado era el sanitario ahí metido, separado sólo por un plástico. Le dije que ya lo había notado, que para José Arcadio ese era su proyecto prioritario: hacer el baño, “con toda la razón Ruby, es que ese sí que es un problema sanitario, de verdad verdad y eso que esa casita no está tan llevada (algo en muy mal estado) como las otras, cómo serán las otras profe, eso es lo que me dejó pensando y como tristón”

Llegamos al colegio, ya habían ubicado el salón, estaban disponiendo los materiales y los niños estaban atentos a las indicaciones de los talleristas. Los somatoscopistas asumieron su función y los demás buscamos un sitio estratégico para realizar las entrevistas. Y, como en la mañana, o tal vez mejor dado el comportamiento que caracterizó este grupo de niños, el taller marchó sobre ruedas, así que me dediqué tranquila a escuchar a los niños que me correspondieron en suerte. Petra y Pilar, muy comprometidas en toda la sesión, cuando se los solicité, buscaron el refrigerio y, como siempre, organizaron el salón al finalizar la jornada.

Una vez en la calle fuimos conscientes de que era “juernes”, el día en que empieza el fin de semana en Medellín, esto es, un viernes pequeño y de ahí la palabra con la que se le designa, “juernes”. Quien nos dio la pista fue José Arcadio, que estaba instalado en la puerta del colegio, esperando nuestra salida a la hora acostumbrada, “Cómo les fue hoy” nos preguntó a todo el grupo, “muy bien, muy muy bien, hoy estamos muy contentos con todo, hasta con el tintico que nos tomamos en su casa”, le dije, “ya me contaron, de allá vengo, es que siempre arrimo primero a dejar la caja con las cosas que vendo, o mejor, que no vendo”, nos reímos por el sarcasmo y él continuó como para salir del silencio que se hizo, “y qué doctora, ¿se va a ir a rumbear con estos muchachos?” “¿a

rumbear?, ojalá, pero mañana hay trabajo...aunque pensándolo bien, no estaría mal una bailadita, no le parece José Arcadio, ¿usted se animaría a venir con nosotros?” “no, no, no, ni que se me ocurra, estoy muy cansado y yo no soy de esas cosas, a mi me gusta mucho estar en mi casa, pero la gente de Macondo, esa sí que le hace al baile, es que no se cansan”, “sí, eso me han dicho, yo no me voy de aquí sin venir a rumbear donde Francisco en Hombre, con eso cuente, pero ese día si espero que me acompañe”, “claro que sí, aquí cerquita a la casa sí salgo un rato”. Seguimos conversando, qué cómo le había ido en las ventas de ese día, que mal, qué los tintitos muy ricos, que su esposa muy amable, que todo iba mejor de lo planeado y que ya habíamos terminado con ese día tan largo que todos estábamos cansados y que talvez ninguno iba a ir a rumbear, que si nos dejaba guardar las cosas en su casa, que sí que ya sabíamos que lo que necesitáramos y ellos pudieran servirnos, que estaba bien, que con mucho gusto.

Nico y el Bosco se ofrecieron a llevar los materiales al asentamiento, todos aceptamos de inmediato dado el cansancio colectivo y seguimos conversando con José Arcadio. Regresaron muy rápido y noté que querían “bajar” a la ciudad cuanto antes, era evidente que se les había abierto el apetito de fiesta. José arcadio nos ayudó a conseguir los taxis, nos despedimos “hasta mañana, voy a venir sola un rato para conversar con Aureliano” “muy bien doctora, no deje de pasar por la casa que ahí siempre la esperamos” “no, la duda ofende, esa es mi parada oficial, chao pues, hasta mañana” “hasta luego” le dijeron todos, “hasta luego muchachos y muchas gracias por todo”. Los taxis nos dejaron en “El periodista”, allí nos tomamos un par de cervezas y nos despedimos sin más, recordamos vernos el lunes para almorzar y trabajar. “Van a rumbear un buen rato” pensé, y así lo confirmé al día siguiente.

Llegué a casa, mi vecina estaba en la puerta y me invitó a pasar. Conversamos un poco de todo: del asentamiento, de los desplazados, de los peinados de los negros, de su vida en Bogotá, de las amigas que compartimos, de la mejor terapia para su brazo enyesado, de Pepa, de su gato. Mi sobrina vino a buscarme porque me necesitaban al teléfono. Nos despedimos, subí a la casa, al teléfono estaba Ursula para invitarme a salir, le dije que no podía, pero que talvez el fin de semana. Cené algo y me fui a la cama, el día había sido muuuy largo y ya no daba para más.

Viernes 1 octubre

Día 41: un día de Versalles

Hoy el día transcurriría tranquilo, casi todo dependía de mi, esto es, no había grupo de por medio, ni encuentros, ni transportes colectivos, ni refrigerios que atender. Me levanté temprano, hice mis rutinas de alimentación y diálogo con mi sobrina, jugué un momento con Pepa y salí de la casa rumbo a Corporación Región. Al momento de salir recibí una llamada de un amigo que quería contarme que vio las fotos del trabajo en el asentamiento que había tomado su hijo, que me las tenía en un CD y que le parecían muy buenas “una fotasas -me dijo- se ve todo muy bien”. Quedó en entregarme el CD con ellas, pero me advirtió que era a escondidas de su hijo, porque éste, como artista, las quería seleccionar, así que él se le adelantó porque bien sabía que a mí, como investigadora, me interesa todo. Luego me enteré de las discusión padre e hijo, pero no trascendió y yo ya tenía lo que me interesaba.

En la Corporación Región no encontré a ninguna de las investigadoras que esperaba ver, así que me dediqué a revisar el material editado y los resultados de investigación. Revisé algunos videos, algunas imágenes y todos los libros en venta, tomé aquello que más me sirvió, para luego confirmar que han realizado un excelente trabajo y que todo está publicado en diferentes presentaciones. Conversé con algunos de los empleados y me contaron de los problemas de seguridad que ha tenido la corporación por su enorme compromiso con la comunidad y con los desplazados. No quisieron avanzar mucho sobre el asunto, no quisieron dar nombres y el silencio obligó a la despedida. Salí de allí a eso del medio día y decidí almorzar en el centro para luego subir a Macondo, a mi encuentro con Aureliano.

El lugar que elegí para almorzar fue “Versalles”, sitio muy antiguo en el pleno centro de Medellín: Junín, entre Maracaibo y Sucre, cuyo propietario es de origen Argentino y en el que se acostumbraban reunir intelectuales, feministas y libertarios... y algunos aún lo hacen. Famoso por empanadas chilenas y argentinas, su bistec y su jugo de mandarina, invita a su clientela a pasar a su cocina para observar cómo se preparan los alimentos. Sus meseros, que son los mismos de siempre, tienen la particularidad de parecerse entre ellos y de tener movimientos finamente calculados. A este lugar llegábamos luego de los cineforos los sábados y de la retreta los domingos y allí, animados por cafés negros y unos cuantos vasos de agua, a lo mucho, algunos debatíamos los argumentos de las películas y nos enfrascábamos en discusiones sobre esto, aquello y lo de más allá, mientras otros componían el mundo y planeaban estrategias de izquierda o camuflaban panfletos. Decorado con fotografías de futbolistas gauchos, de cantantes y bailarines de tango y de calles de Buenos Aires, es uno de los lugares más representativos de la bohemia histórica de Medellín. Allí fuimos a desayunar luego de una noche de rumba, a celebrar cumpleaños, cumplir citas y allí estaba yo, con los afanes de este tiempo, pero con los recuerdos lentos habitando mi memoria. Al entrar, justo allí, en la barrita que está dispuesta para aquellos que sólo quieren contemplar el agite de la ciudad, a los vendedores de flores o a los trabajadores de calle, me encontré a Pedro Moreno, estaba alelado mirando hacia ninguna parte. Me le puse en frente y me miró sin reconocermelo, “soy Ruby, la amiga de...” no me dejó terminar “claro, Ruby, vos sos muy amiga de mi hija”, “si, y la quiero mucho, qué estás haciendo aquí”...comenzó la conversación, no podía comer nada porque esperaba para una exámenes médicos así que se ofreció para acompañarme a almorzar, subimos a la planta alta y nos pusimos al día en nuestra vidas y las de los cercanos, en síntesis: tiene un cáncer y le queda poco tiempo. ¿Qué será de él ahora? me preguntó a veces, qué será de aquel hombre militante de izquierda, ex -alcalde de Apartadó (Urabá), “tierra caliente” por el conflicto armado, amado por las mujeres y por ellas maldito, hombre de mil batallas y de millones de camas, allí estaba, muriéndose frente a mí, presumiendo su imposibilidad de amar y su enorme sentido ético. Comí lo de siempre, para mí, en Versalles: ensalada rusa, un jugo de mandarina y un buen café negro. Me despedí de Pedro, nos dimos las señas como en una rutina de urbanidad, y me alejé con la certeza íntima de no volver a verlo jamás.

Fui a visitar a José Arcadio a su puesto de vendedor y allí lo encontré, un tanto “acalorado” porque la hora y el movimiento de esa avenida hacían en sitio insoportable. Me miró con alivio, casi casi como su tabla se salvación “hola doctora, que la trae por aquí” “pues quedé de entrevistar a Aureliano y voy pa’ arriba, pa’ su casa”, “a pues yo me voy con usted y así me aprovecho el taxi, porque estoy muy cansado y ya a esta hora lo que no se vendió no se vendió”, “pero hay muchísima gente, quién quita que venda lago todavía –tercié para que no se sintiera obligado conmigo- si quiere yo subo sola”,

“no, no doctora, si no es por usted, es por mí, es que hoy es viernes y los viernes hay mucho agite pero para la rumba, no para comprar en la calle, y eso si que cansa : el gentío, ya no veo del cansancio”, “pues yo encantada José Arcadio, porque me gusta mucho subir con usted, así que si le parece nos vamos ya o ¿usted qué opina?” “pa’ ahora es tarde” y agarró su caja que había empacado mientras hablábamos y nos fuimos al sitio de taxis. Nos montamos en el primero que aceptó y subimos la cuesta muy velozmente, así que pronto estábamos tomándonos el consabido tintico de la señora y “echándole” ojo a Aureliano.

Subí a casa de Aureliano y él estaba esperándome, empezamos a conversar de todo un poco, del viernes, de las fiesta y de lo que les esperaba en el asentamiento pues todos los fines de semana había rumba y eso era hasta al amanecer y más los sábados que empezaban con los niños desde por la tarde y ya en la noche los mayores y eso era mucho bailar y, claro, se trasnochaban seguido, cada ocho días era lo mismo. “Aureliano, ¿le molesta si lo grabo? ¿No, claro que no, ya le había dicho que sí a la entrevista y sé que es con grabadora, por mi no hay cuidado”, “bueno, yo le voy a hacer unas preguntas que traigo aquí, si no entiende alguna me dice y si no quiere contesta, pues está en todo su derecho, muy sencillo, no contesta, ¿de acuerdo?” “pues hágale doctora, que no creo que sean cosas del otro mundo, uno contesta lo que sabe y lo que no, pues no, claro que ya me estoy asustando” “no, tranquilo, si todo ya lo hemos conversado, sólo que hoy lo quiero como más ordenadito y lo grabo es para que no se me olviden las cosas...ya está, ¿empezamos?” “listo, estoy listo”.

Conversamos un buen rato, como una hora y 30 minutos, me habló de su experiencia, de su vida allá y aquí, del desplazamiento, de los miedos, de lo que hace y de lo que quisiera hacer, de sus hijos, de su esposa y de sus necesidades. Me contó de cuando fue presidente de la acción Comunal y de lo que no pudo hacer, me dijo que quería colaborarle a José Arcadio y que quería que todo le saliera bien a él también porque era por el bien de la comunidad. Su esposa merodeaba por allí, pero la sentí incómoda, con ganas de hacer cosas que mi presencia impedía: limpiar, sacudir, etc. Así que le dije a Aureliano que tenía mucho calor y que nos saliéramos a las escalitas de cemento “está muy bien doctora, como usted diga”.

La casa de Aurelina es una de las mejores, sino la mejor, del asentamiento. Está ubicada en la parte norte de la cancha y del parquecito, construida sobre un pequeño morro, lo que le da una divisa envidiable y es la construcción que recibe a todo aquel que entra al Macondo. A la manera de frontispicio se yergue imponente desde su altura. No es una casa más, el la casa, tal vez la única verdaderamente casa de todo el lugar: con piuso de cemento, paredes de adobe, en un segundo nivel, con sanitario completo, con su cocina en material y con un gran salón que parece estar desocupado por lo limpio, espacioso y poco amoblado. Pero al mirarlo con detenimiento no deja de ser una arquitectura chocona, de negros, que consiste en un gran espacio, su cocina y su baño y pare de contar, no hay divisiones para cuartos, ni separaciones entre comedor y sala, nada de eso. Las camas son esteras de paja, que se enrollan una vez cumplen su función nocturna, así de día el espacio funge como sala, como comedor o como aquello para lo que se le requiera. Las paredes muy decoradas con imágenes religiosas, imágenes con floreros y con animales y ríos. No había, como en otras casas, imágenes de mujeres o de parejas, no, aquello un homenaje a la religiosidad y a la naturaleza. Sobra decir del aseo de la vivienda, de la impecable presentación de la dueña de casa y de la pulcritud de la pareja. “Los niños crecieron, ya se fueron, ya no quedan pequeños, por eso todo luce así

doctora, aquí no hay quien haga daños o desorden, además que mi mujer siempre ha sido muy ordenada, hasta cansona se vuelve con eso del aseo, pero ella dice que una cosa es ser pobre y otra desaseado”.

Nos salimos a las escaleras, seguimos con la entrevista y cuando le pregunté por los peinados que lucían y las ropas, un hombre, que pasaba por esos lados, se detuvo y empezó a dar su opinión, la transcripción debe dar cuenta de ello. Fue algo maravilloso porque no me di cuenta cuándo llegó, y me pidió permiso para opinar “por supuesto”, le dije y comenzó una intervención larga y detallada de lo que era la afrocolombianidad. Para mí era conmovedor ver a alguien tan convencido, tan orgulloso y tan conocedor de sus raíces, casi lo envidié por tener un asidero histórico tan claro y magno. Se marchó porque tenía que irse a trabajar, pero alcancé a tomarle los datos y nos despedimos con afecto. Aureliano se reía y me pedía disculpas con la mirada, a mi vez lo tranquilizaba para que no sufriera por esa intromisión que para mí fue “ganancia”. Seguimos con los temas que nos faltaban de la entrevistas, no dejé de preguntarme por José Arcadio, que si yo le daba dinero y otros asuntos por el estilo, aclarado esto pareció descansar, como si le hubiera quitado un fardo de encima; terminamos el encuentro planeando un paseo al charco para bañarnos y tomar el algo con todos los del grupo.

Me ofreció tomar un tintico pero le dije que no, que a la próxima pues ya se hacía tarde y era viernes, lo que complicaba el transporte, además debía arrimar donde José Arcadio para dejar claros algunos detalles de la semana que se venía, “está bien doctora, a la próxima”. La verdad es que me abstuve de aceptar por la esposa de Aureliano que siempre parecía incómoda con mi presencia, una mezcla de respeto y celos, que me hacían sentir un estorbo. Pero así era con todas las personas, me dirían luego, nunca sale, nunca habla con nadie y “parece que nos tuviera miedo a todos” me llegó a decir Petra Cotes.

Bajé pues donde José Arcadio, me acompañó a tomar un taxi, en el camino me preguntó cómo me había ido, le dije que muy bien, me dijo que era bueno, que él a veces sentía que para Aureliano había sido difícil ya no ser el presidente y que eso era muy maluco para él porque Aureliano quería estar en todo, opinar en todo y que parecía que seguía siendo el presidente. Le dije que él no se preocupara, que le contara todo a Aureliano, que en eso no perdía nada y que, por el contrario, lo hacía sentirse importante y hasta le ayudaba a él en su labor, “sí, sí doctora, si eso hago porque yo no pierdo nada teniéndolo en cuenta y sí gano mucho”. “venga un abrazo” le dije, nos abrazamos, me monté al carro. Busqué a mis amigos en los sitios de siempre, bailé, bailé y bailé a songoro coson y al son para un sonero, salsa, mi salsa querida, café tostao y colao, ciguaraya se va cortar con permiso se va corta...eeeeee, cigurayaaaa!!!!

Sábado 2 de octubre

Día 42. “Los desplazados se reproducen”

Me levanté temprano, como lo hice desde que llegué...tenía sólo dos compromisos: entrevistar a un estudiante de comunicación social y visitar a mi madre, con quien pasé muy poco tiempo en esta estadía en Medellín.

A las 10 a .m me encontré con mi entrevistado y fue un encuentro un poco tenso, pues este chico tiene un carácter fuerte y con esa actitud de seguridad y un tanto radical,

característica de los jóvenes. No obstante y esta apreciación, me interesaba escuchar a un joven, de comunicación y con sensibilidad social. Como en casi todas las entrevistas, las preguntas fueron puntuales y las respuestas también. No había mucho de nuevo en el asunto, pues al parecer la percepción de la desgracia es muy similar en aquellos que he llamado “los otros”. Aun así, llamó mi atención la preocupación y la angustia que percibí en este muchacho por lo que él llamó “la sensación de que este es un fenómeno sin fin, porque los desplazados se están reproduciendo, la cantidad de niños que se observan en los asentamientos hacen pensar en que este es una circunstancia que se prolongará en el tiempo, que no tiene freno”. También me dijo que la solución estaba en una reforma agraria, lo que me dejó gratamente desconcertada porque, tal vez el más joven de mis entrevistados, tenía una visión más allá de la guerra y en efecto coincidía con la de los expertos politólogos. Nos despedimos con un fuerte abrazo, pues lo conozco desde que era un bebé y fue conmovedor verlo tan grande, tan propio y tan coherente con las premoniciones que su mirada de niño sugería.

Me fui a casa de mi madre, me había preparado un “sudaño de gallina”, esto con ensalada, aguacate y ají, es mi comida materna preferida. Comí como loca, con ella mirándome con esa cara de satisfacción sin remedio y una sonrisa permanente, algo que pareciera oscilar entre estupidez y demencia, pero que sé sin temor a equivocarme que no es otra cosa que “amor de madre”. Fueron llegando mis hermanos, sobrinos y cuñados, todos nos reunimos en la pieza de mamá, allí acostados en su centenaria cama, conversamos de todo, recordamos anécdotas compartidas, imitamos a los tíos y abuelos, pero sobre todo, y como hacemos desde que tengo uso de razón: inventamos chistes, así que me desatracé de las risas contenidas en mi vida tapatía, las carcajadas se han de oír muchas cuerdas a la redonda. Escuchamos salsa, boleros, tangos, porros y cumbias, tomamos cerveza y celebramos las “nuevas gracias” de los sobrinos: los primeros pasos de una, la colección de insectos del otro, los pasos de ballet de la otra y las primeras “arepitas pa’ mamá” del más bebé de todos. Entre esto y aquello se pasó el tiempo, cada uno presionado por las familias políticas agarró su camino, a mí me dejaron el CarlosE pues mi amigo el bonsái me esperaba con otros dos amigos para ponernos al día con nuestras vidas. Llegué a la casa a las 4 a.m., entré sin hacer ruido, pero mi hermana no dejó de hablarme, Pepa salió de mis cobijas, me bolió la cola y volvió a sus felices sueños...conmigo.

Semana 7

Domingo 3 de octubre

Día 43: ¿qué tenemos hasta ahora?

Un domingo en casa no podía ser sólo para descanso. Los asuntos pendientes cobraban vida y empezaban a imponerse como una presencia ineludible. Así que decidí iniciar por los talleres realizados. Revisé los denominados “productos para el análisis”: dibujos y relatos y encontré que no era un material de fácil acceso y que si bien algunas cosas saltaban a la vista como una evidencia, otras se escapaban al ojo profano. No obstante el convencimiento de no poder dar cuenta de todo lo que este material contenía, estaba segura de lo significativo de este recurso y decidí no dejarlo de lado y “extraerle” lo que me fuera posible.

Desayuné con mi vecino y luego de conversar y ponerlo al día en mi trabajo y escuchar sus opiniones y aportes, volví al asunto: debía organizar la entrega de la información a la comunidad. Qué, quiénes, cómo, cuándo y ante quiénes. Organicé pues los datos del censo más descriptivos, los que la comunidad requería sobre su composición básica y decidimos que iríamos a presentarlo: Melquiades, Mauricio Babilonia, Teo y yo. José Arcadio se encargaría de invitar a la comunidad y de conseguirnos un espacio en el colegio para la disposición, sin riesgos, de los equipos necesarios. Melquiades por su parte diseñaría la presentación en power point para hacerla de más aceptación. Una vez organicé este aspecto del censo, me dispuse a disfrutar de material visual, tanto en papel como digital, y a revivir el tiempo transcurrido en Macondo, de allí obtendríamos material para ilustrar la presentación de los datos sistematizados hasta ahora, que haríamos a la comunidad.

Para terminar la jornada “de campo” concreté la cita para entrevistar a un intelectual - escritor que me había concedido un “ratico” para el lunes muy temprano, convinimos un encuentro a las 8:30 a.m. para desayunar en El Astor. “Excelente” le dije, “no pudo ser mejor sitio, hace rato que no desayuno allí”. También llamé a los coordinadores para vernos en la Universidad y acordar la devolución de la información y las tareas de la semana que apenas iniciaba. A todos los encontré y todos estuvieron de acuerdo en vernos al medio día.

A las 4 p.m ya había concluido con las tareas concernientes a mi trabajo de campo y decidí ver televisión “cualquier cosa que no me haga pensar, ojalá una comedia gringa”. Estaba en esas cavilaciones cuando suena el teléfono “ya te recojo, vamos para santa Elena a tomar el algo”, era mi amiga del alma y ¿cómo negarme? ¿cómo resistir a un a arepita de chócolo con quesito y aguapanela caliente? Así que terminé mi día en el mirador de Santa Elena, viendo el atardecer con esos arreboles que, según los que ha viajado, sólo se observan en Medellín, la bella, muuuuuy bella villa antioqueña.

Lunes 4 de octubre

Día 44: callejones del recuerdo

Como muchas veces, llegué anticipadamente a la cita, lo que me permitió ver el despertar del centro de la ciudad. Eran las 7: 45 cuando en taxista me dejó en la Playa con Junín, en pleno edificio Coltejer, que por mucho tiempo fuera el más alto de Colombia y que nos acostumbramos a mirar con admiración y con la cabeza inclinada hacia tras, pese al dolor en el cuello, fue en los años 70’s y aún en los 80’s símbolo del progreso, del empuje paisa y del crecimiento de la ciudad. No es gratuito que su imagen sea una de los motivos de postales y dibujos alegóricos con los que se reconoce a Medellín. El edificio está estratégicamente situado, tiene escaleras a la Playa, avenida muy popular, que lleva este nombre porque por allí cruza la quebrada “Santa Elena” que nace en las montañas justo del corregimiento Santa. Elena y desemboca en el Río Medellín. Canalizada en los primeros decenios del siglo XX, constituye un entramado de historias, añoranzas, fiestas y tradición. Cuentan los viejos que allí se bañaban, recibían el sol y disfrutaban los encuentros domingueros. Cada año y desde noviembre, se engalana con adornos navideños y se transforma en el “Paseo la Playa”, donde desfila la ciudad en pleno, para observar el alumbrado, famoso en el mundo por su exhuberancia y que se enciende los 7 de diciembre (día de la virgen), disfrutar los

ventorrillos, participar en juegos callejeros y montar en burros o en carrozas de caballos. Se inicia en el teatro Pablo Tobón Uribe, hasta 1987 el único de Medellín, y termina en el Museo Fernando Botero, al lado del Palacio de la Cultura, después de bordear la Plazuela y el Hotel Nutibara, otro par de emblemas paisas. La otra escalera del Coltejer da a Junín, ruta obligada para llegar al Astor, el salón de té más antiguo de la ciudad, caracterizado por sus pasteles, tortas, moros, chocolates y el tradicional servicio: mujeres con cofia, más parecidas a enfermeras que a las meseras actuales, te llevan en carritos los moros y vos escogés el que más te apetezca, luego se retiran muy discretas, sin perderte de vista. Junín también es la calle de calles que representa al centro, otrora zona de mercado, moda y exhibición, tan así es la cosa que en Medellín existe el verbo “juninear” que significa: ir a ver vitrinas, saber que está de moda y, por supuesto, antojarse y no comprar; en la actualidad se ha extendido la aplicación de este verbo a cualquier calle o a cualquier centro comercial: donde sea que se practiquen estas actividades se les denomina “juninear”. Ir a Medellín y no pasar por Junín y la Playa, es como no haber estado en la ciudad, quién lo las identifica, muy sencillo: no conoce a Medellín.

Hice la reverencia habitual al edificio Coltejer y me introduje por Junín para llegar al sitio convenido. Este sector de la calle es “pasaje peatonal” y está atravesado por pequeños kioscos en los que venden periódicos, revistas y, principalmente, flores. Esto hace que el momento de la instalación de las ventas sea pintoresco porque se puede observar a los campesinos bajando de las camionetas sus cargas coloridas y olorosas, vienen de Sta. Elena y llegan allí para disponer al público una carga delicada, que sólo ellos saben tratar sin riesgo y con la agilidad que dan años de práctica y de convivencia cotidiana con lo que se vende. De tal manera que en cuestión de minutos vi cambiar la fisonomía de la calle, simultáneamente y como si obedecieran a una señal, “los vendedores de rosas” hacen su tendido y la luz, la atmósfera y el ánimo cambian para bien. Algunos de los negocios ya están abiertos a esa hora, porque como corresponde al afamado espíritu paisa “al que madruga Dios le ayuda”. En el Astor apenas estaban corriendo su persiana, pero se podía observar la disposición del lugar para recibir a los clientes; me quedé afuera, con deseos de ver más y más de la ciudad en la mañana, pues pocas veces puedo estar allí, un lunes cualquiera, sin afanes de tiempo y disfrutando el espectáculo del quehacer cotidiano, de otros claro está. Esperé tranquila a que el salón estuviera listo al público y que algunos de los asiduos visitantes entraran y se acomodaran en sus acostumbrados sitios; reconocí a un par de ello y, dicho sea de paso, ambos gozan de una fama perversa en razón de sus oficios: uno, que se dice poeta y que nadie sabe de qué vive, pero que siempre está en los lugares clave, a la hora clave y con mujeres bellas, muy bellas, que cambia sin compasión y que, a ojos vistos, se retiran de su vida muy a su pesar (del de ellas), “¿pero que hace este man, de qué vive y cómo se consigue esas viejas tan buenas?” me pregunta siempre mi amigo Homerito cuando lo ve, es evidente que encierra incógnitas y despierta envidias. El otro personaje que se presentó en el Astor fue nada más y nada menos que uno de los “de vieja guardia”, como les dicen a los antiguos izquierdistas en la Universidad de Antioquia; ya muy viejo y deteriorado, quien de las “expropiaciones políticas” pasó al robo a mano armada, sin mediar discurso, vergüenza o arrepentimiento. Todos lo sabemos, todos lo conocemos, todos lo saludamos y todos guardamos silencio ante un secreto a voces expandido por la ciudad desde hace años. Lo saludé “a mano alzada” y seguí esperando y disfrutando de aquel “banquete de ojo matutino”.

Apareció mi entrevistado. Lo vi aproximarse desde la Playa. Su caminado es característico de alguien que se estima, que no tiene dudas de lo que hace y que llega con gusto para ser indagado. Fui a su encuentro, para abrazarlo cómodamente, “que bueno verla” me dijo “sinceramente, que bueno verla, la vez pasada nos vimos muy poquito y muy rápido”, “sí, - le dije- para mí también es un gustazo verlo y hoy tenemos un buen rato para ponernos al día con todo y de todos” nos reímos y entramos al salón de té. Me di cuenta que no miró a nadie, que evitó todo contacto visual y cualquier tipo de saludo con los allí presentes, a quienes con certeza reconocía, pero que, también con certeza, compartía la “representación colectiva” que en los círculos bohemios-intelectuales, se tiene de estas dos personas. Ya en la mesa le entregué un presente mexicano: el libro del “Pensamiento Nahuatl”, que está hecho con detalle, bien ilustrado y su edición es de una factura impecable. Lo recibió asombrado, por decir lo menos, era evidente que, de un lado, no lo esperaba y, de otro, le había atinado a su gusto. ¿Y cómo no le iba a atinar si es un hombre que ha estudiado los códices y ha diseñados loterías Egipcias, por ejemplo?

Le conté de mis asuntos y de mis intereses y empezamos la entrevista. Transcurrió tranquila y profunda, pues este hombre ha pensado al país y a la ciudad y le ha apostado a propuestas políticas que intentan un mundo más justo. No obstante y sus sueños democráticos, me encontré a una persona desilusionada, profundamente triste en lo relativo a Colombia y su descosido tejido social. Así me respondió en alguna de las preguntas: “A mí me ha cambiado la vida eso [el desplazamiento], me ha cambiado la vida en que me he vuelto mucho más escéptico, soy una persona que en algún momento creí que las cosas iban a mejorar en la vida, tuve ideales en la juventud y ya no, es decir, yo pienso que me voy a morir y que el mundo va a seguir igual y que al hijo mío le va a tocar también un mundo de porquería, es como uno pierde la esperanza. No soy capaz de ponerme en ese lugar, es decir, en un lugar tan extremo para mí resulta imposible: si yo me siento mal que tengo todo y vivo relativamente bien, que es más una angustia metafísica por decirlo así, ¿qué será de ellos, qué viven con la angustia permanente?”. Hubo un silencio, recuerdo haber percibido sus ojos chocolateados, como decimos en Medellín, ni qué decir de lo que me pasó a mí, sentí por un momento que todo esto era inútil: el doctorado, la investigación, la vida misma. Por fortuna el buen sentido del humor de mi entrevistado vino al rescate en aquel doloroso silencio “claro que no me voy a suicidar tampoco y menos sin comerme este desayunito tan rico que ya nos traen”, largamos carcajada, al mejor estilo, allí me di cuenta de que estaba en mi tierra, que no sufrí porque me miraran extraño y a manera de juicio ante una estruendosa hilaridad.

La entrevista terminó. Seguimos un rato conversando de los amigos comunes y de los proyectos de ambos: su libro sobre el genoma dostoiévsky – kafkiano, su novela sobre el negro X, mi tesis, mi tesis y mi tesis, mi único proyecto en el horizonte. Por su puesto que hablamos de lo personal: su hijo y su compañera en Bogotá, su otra hija, de su otro matrimonio, casada y en Italia y mi vida amorosa tapatía, esto concluyó con una de sus frases contundentes y casi casi definitivas: “Yo no sé mi querida, pero a usted el país la necesita, si la quieren mucho que vengán aquí a buscarla, pero eso sí le digo: usted no se puede quedar en México”. Miró su reloj, pagamos la cuenta y nos despedimos con fuerte abrazo y con la promesa de vernos muy pronto para ir a su casa en el campo y hacer un asado “claro que sí – le dije- claro que sí”, y así fue.

Quedé en un estado de alelamiento, fue extraño y duro, verme allí, en medio de Junín, sola de nuevo, pero con la diferencia de no estar esperando a nadie y de tener más información en la mente, me quedaban dos horas para mi siguiente compromiso, así que decidí vagar por las calles cercanas, ir al Museo Botero, a la tienda del Café “Juan Valdez” y luego subir hasta La Playa con la Oriental donde era la cita.

Los chicos llegaron puntuales a Azur, restaurante que ya parecía mi “centro de operaciones”. La propietaria nos atendió amable y solícita, como suele hacerlo y mientras nos traían el pedido les recordé para que era este encuentro: revisión de detalles del censo, la organización de devolución a la comunidad, la asignación de responsables y preparación de los talleres siguientes. Todo fue muy sencillo con respecto al censo, pues ya había decisiones tomadas, las cuales compartieron. Llegó el almuerzo, así que hicimos receso, comimos y luego continuamos con la agenda. La temática de los talleres también resultó sencilla, sería el 5to. y el tema ya les era familiar a los orientadores; me sugirieron nuevas actividades con el mismo sentido y me pareció pertinente aceptarlas en aras a la disposición de los chicos. Los productos para el análisis serían los mismos de la sesión 2. Anoté las modificaciones para transcribirlas en casa y hacerles llegar un único plan de trabajo.

Nos despedimos a las 3 p.m. y me fui a gestionar dineros: retirar cesantías y reclamar el cheque del último préstamo que me harían en la Cooperativa de los profesores de la U de A. Llegué a la casa a eso de las 6:30, para organizar materiales, guías de clase y concentrarme en el día siguiente, los talleres no dejaban de generarme cierta ansiedad por lo cambiantes de los ánimos y las disposiciones locativas. Como muchas veces mi día terminó con un las llamadas de confirmación, de preparación de materiales y de saludo a José Arcadio. Ah! y con ruegos y más ruegos a la vida para que las cosas salieran bien para todos.

Martes 5 de octubre

Día 45 taller N°5: en los juegos nunca es igual

La dinámica de los días de taller empezaba a ser rutinaria. Ya desde la noche se iniciaban los consabidos preámbulos para el día siguiente: llamadas, materiales, ajustes, recordatorios, disposición de ánimo. La noche transcurría entre los sobresaltos propios a un próximo encuentro con la comunidad. En la mañana se ejecutaban los pasos consuetudinarios: baño, desayuno, revisión, nuevas llamadas, atenciones a Pepa y salida a la Plazuela de San Ignacio. Tal cual se dieron la cosas, con la única variación de que una vecina me detuvo para hablarme de Pepa, decirme lo bien que la veía ahora y lo mal que estuvo antes, me sugirió que la dejara en otras manos o que, si era del caso, ella me la cuidaba. Ya había escuchado mucho de eso y también había tomado decisiones, dolorosas siempre, al respecto, así que atendí a la señora amablemente y en cuanto pude huí a mi cita.

En San Ignacio ya estaban todos, nos tomamos un tintico de los que venden los ambulantes, y nos subimos en dos taxis que pasaron primero. Llegamos antes de la hora y todos quisieron llegar hasta el parque de Macondo, allí saludamos a Lola, a la señora de José Arcadio, a las señoras que salían a bolearnos las manos mientras empujaban a sus hijos por las pequeñas puertas; nosotros los recibimos en los juegos del parquecito. Fuimos al GGM, buscamos el espacio que se nos permitió y dispusimos el material.

También aquí las actividades iban pareciendo mecanizadas y todos ocupamos lugar y roles, casi en silencio, era algo tácito y no había que instruirlo cada vez. Petra Cotes y Amaranta hacían lo suyo: preparar el salón, recoger alguna basura y organizar a los niños en torno al orientador de turno. También se dispusieron los somatoscopistas, los talleristas, los entrevistadores, los etnógrafos y los fotógrafos. Cada uno en los suyos, con lo suyo, pero sin perder de vista al conjunto.

Los niños muy contentos, no dejaron de expresar alegría y curiosidad con las actividades propuestas, siempre dejaban claro que no habían tenido esa experiencia y que querían repetirla, insistían en que los semilleros eran algo que disfrutaban y no querían perder. Era evidente que se vestían para el encuentro. Llegaban con ropa cómoda pero no con cualquier cosa, las niñas se peinaban muy bien y algunas, muy pocas, con algo de maquillaje. Las caras eran limpias, pero lucían sus mejores aretes, pulseras, collares y filigranas en el cabello. Los niños también se notaban acicalados, con sus peinados, sus relojes y sus llaveros. Los zapatos - tenis parecen una pasión y mientras más vistosos, ya por volumen, ya por color, parecen mejores. El aseo es una condición, aquello no había que pedirlo, ellos, sin falta, llegaban muy limpios y se portaban muy cuidadosos con ellos mismos, con su apariencia y con el espacio.

Se organizaban como se les indicaba y no había objeción entre los que conformaban las parejas, o los tríos o etc. fueran quienes fueran. En mi experiencia con otros grupos he notado que los niños y las niñas tienen preferencias, algunas por sexo, otras por empatía, otras por repelencia. Por el contrario, en los grupos de Macondo era evidente la facilidad con que unos y otras se acercaban, se tocaban y se intercambiaban. Sí, existían, digamos, grupos de amigos, pero no se aferraban entre sí, sino que circulaban entre ellos fluidamente. Asistían al grupo dos niños blancos y una niña, con ellos nunca hubo problemas de discriminación, aislamiento o exaltación, estaban allí, como uno más y atendían las indicaciones con el acatamiento del grupo.

Los niños lucían bien, no era visible una delgadez preocupante y, mucho menos, obesidad. Las proporciones, en apariencia, eran equilibradas en el grupo en cuanto a peso, pero en cuanto a talla, si se apreciaban dos extremos: niños o niñas que se veían altos en comparación con niños y niñas, de las mismas edades, que se observaban bajos. Pero ninguno anunció problemas con la alimentación, como todos los niños que he entrevistado e investigado, prefieren el mecate (comida chatarra), los dulces y la parva (productos de panadería). En la escuela les ofrecían almuerzo, leche y pan y, de alguna manera, los requerimientos nutricionales estaban cubiertos. Esto lo expreso como una observación, haría falta una antropometría y una anamnesis nutricional para poder establecer, con rigor, el estado nutricional de los niños. Por mis experiencias anteriores con expertos en el área, entiendo que se pueden leer el estado nutricional en indicadores como: color del cabello, brillo en los ojos, elasticidad de la piel y disposición de ánimo. En ello me baso para decir que los percibía bien, contentos y con disposición a la tarea motriz propuesta. Las somatoscopías que realicé me ratificaron en esa percepción.

Se realizaron los planes establecidos. Antes de la hora del cierre Petra se me acercó para recordarme el refrigerio. Le dije que siguiera en lo que estaba que yo llegaba al asentamiento por los pasteles y los refrescos. Salí de inmediato, sola y tranquila porque había suficiente tiempo. Hice el recorrido habitual y me acerqué a la tiendita acostumbrada; para mi sorpresa no habían surtido ese día y me indicaron que fuera a otra que estaba a tres pasos de ésta, me extrañó que no hubiera previsto mi compra, pues

ya sabían bien de los talleres. Llegué allí y la señora me recibió contenta, como si me esperara, luego supe que fue un favor del otro tendero, para que ella resultara favorecida con la actividad que realizábamos. Así las cosas, encontré lo que requería, me ofreció una bandeja para llevarlas y me dijo que luego me enviaba la devuelta (cambio) con Petra. “No hay problema –le dije- en la tarde volvemos y ya está paga una parte”, así convinimos y yo bajé a la escuela, donde ya estaban terminando la sesión. Petra y Amaranta me esperaban casi casi ansiosas, me di cuenta que ellas disfrutaban en refrigerio tanto o más que los niños y que era, por lo demás, la oportunidad de mecatear, algo escaso para un adulto en sus condiciones.

Los niños, los adultos, los jóvenes, todos recibieron su reacción, salieron contentos y nos despedimos; Petra y Amaranta se encargaron de guardar los materiales y supe que en la tarde estaría Pilar Ternera como reemplazo de Amaranta. Quedamos pues de reencontrarnos a las 3:30 p.m. en el asentamiento.

Caminamos falda a bajo, hasta que pasó un camioncito y su conductor nos saludó como si nos conociera de tiempo. Yo me adelanté de una manera casi protectora, pues me mantenía en guardia con el “contexto”, me acerque al señor y lo saludé. Me dijo “¿ya terminaron por hoy?”, “por esta mañana – le dije- volvemos en la tarde”, “van pa’l centro? – replicó-” “si, por qué, ¿nos va a llevar?” interpele al mejor estilo paisa, esto es en una sola expresión que significa: si no nos va ayudar no se meta, algo así como para pintar la raya y de paso tirar el aventón. Significa eso, pero morigerada a la manera de broma. “Si, como no, con todo lo que ustedes están haciendo por esta gente, con mucho gusto les colaboro”. Nos subimos al carrito y empezamos a conversar, sobre qué era lo que hacíamos, que los niños estaban muy contentos, que todo era poco para esa pobre gente, pero que cualquier cosa es cariño... Yo le escuchaba y no dejaba de preguntarme “¿Quién será este, qué querrá y como se habrá enterado?”. Un tema llevó a otro y así me di cuenta de que este señor es familiar de algunos de los pocos blancos que viven en Macondo, que sus sobrinos van a los semilleros y que él mismo es desplazado, pero que corrió con mejor suerte porque pudo conservar su coche y eso le ha permitido “hacer viajecitos a la minorista, con verduras, subir material para las construcciones y rebuscar la vida con trasteos [mudanzas]”. Respiré tranquila el poco tramo que faltaba para llegar al centro, nos dejó en el Teatro Pablo Tobón Uribe, le agradecí profundamente su favor y él a su vez nos agradeció lo que hacíamos “es que si no nos ayudamos entre nosotros ¿quién nos ayuda?”.

Nos quedamos a almorzar en el centro, todos íbamos a regresar en la tarde, así que nos quedamos juntos para conversar, hacer tiempo y recargar baterías para la sesión de la tarde. Comimos en un lugar de comida alemana, un poco costosa pero rica y muy cómodo el lugar, lo que nos permitiría descansar y pasar el rato a gusto. Nos divertimos y empezamos a tocar el tema de la despedida. Saltamos de un asunto a otro, pero todo eran variaciones alrededor del mismo tema: los niños, el asentamiento, el paisaje, la gente, el señor que nos trajo y lo que teníamos para la tarde. Yo los sentía animados, contentos y eso significaba mi satisfacción. Sabía que estaban comprometidos y, sobre todo, que se habían abierto puertas que talvez ya no se cerrarían. Esto los constaté luego.

A las tres nos levantamos para iniciar la jornada. Tomamos los taxis, llegamos al colegio, los talleristas se quedaron, otros subimos por los niños y el material. Llegamos a la casa de José Arcadio. Su esposa nos ofreció tintico, pero ya el tiempo era poco y le

dijimos que el jueves sí, con certeza, le aceptábamos la oferta. Los niños salieron, las mamás nos saludaron y Petra y Pilar se adelantaron con el material, yo las seguí con el refrigerio pues no quería volver al asentamiento luego. Caminamos “en fila india” hasta la GGM, yo de última para que los niños no vieran que llevaba comida y trabajaran tranquilos. Las cosas sucedieron de manera práctica y aprendida. Sólo una niña me dijo que se sentía un poco mareada y que no podía hacer ejercicio, le indagué un poco más y me di cuenta que había comido demasiado dulce y sólo dulce y que de ahí podría surgir su indisposición. Le dije que si quería se retirara, que fuera a su casa y se acostara, me dijo que no, que prefería quedarse y ver qué podía hacer, eso me desconcertó gratamente, porque significaba que los semilleros eran acogidos con agrado. Luego la vi realizando lo que podía: cuentos, dibujos, nombres, etc. Aprovechamos para hacerle la entrevista y la somatoscopia y todo resultó bien. Poco antes de terminar el taller José Arcadio llegó a saludar y a constatar que todo marchaba bien, era un gesto muy cortés, dado el cansancio que acusaba luego de una jornada de intentar vender algo a quine pudiera interesar. Me senté con él, le ofrecí refrigerio y él aceptó: “ahí fue Troya” como decís mi abuelita. Todos se alborotaron cuando vieron el mecate y la atención cambió de foco. Por fortuna ya habían terminado y estaban sólo recordándoles el taller del jueves, el cumplimiento etc. Nos reímos todos, comimos todos y luego salimos cansados todos. Nos despedimos de José Arcadio, de Petra, de Pilar y de los niños y bajamos, empezamos el descenso caminando y cuando nos dimos cuenta estábamos en Buenos Aires. “Aquí me les quedo –les dije- yo por estos lados subo a mi casa”, quedamos de llamarnos por teléfono para los nuevos compromisos, nos abrazamos con afecto y adiós. Había sido una larga jornada, productiva y tranquila. Nos colocamos un Diez!

Cené, conversé con mi familia, saludé a mis vecinos, abracé a Pepa y me dispuse a preparar la presentación del proyecto al grupo de investigación Cultura Somática, al cual estoy adscrita. Inicié una síntesis de los asuntos básicos a tratar con el grupo, aquello que le diera identidad y pertinencia al proyecto. Dejé para la mañana siguiente la selección de imágenes y el montaje completo de la presentación que, al fin y al cabo sería en la tarde. Le di de comer a Pepa y nos metimos a la cama, otra “misión cumplida”.

Miércoles 6 de octubre

Día 46: en busca de otros dolientes

Fue un día tranquilo, toda vez que no había compromiso directo con la comunidad para esa jornada. Tenía dos tareas previstas: entrevistar a una estudiante de Comunicación Social, presentadora de Televisión. Y presentar el proyecto en el Instituto de Educación Física de la Universidad de Antioquia.

Me levanté temprano, preparé un tintico, invité a mi vecino y nos sentamos unos minutos a ver la mañana y a comentar los asuntos pendientes de cada uno. Pepa no rondaba pues es una gran amiga de mi amigo, él la quiere casi tanto como yo y ella adora vernos reunidos, así que es un momento que disfrutamos los tres. Es corto, pero lo bueno y breve dos veces bueno.

Mientras esperaba la hora de la cita me dispuse a terminar mi presentación de la tarde: elegí las imágenes de algunas que ya me habían entregado los fotógrafos y “reciclé” una

de las presentaciones que hiciera en uno de los últimos coloquios del ITESO, organicé un archivo en power point, y resultó más rápido y estético de los que tenía en mente, me gustó. La persona a quien debía entrevistar vive en la misma urbanización en que yo vivo, me dijo que prefería que fuera en mi casa “a mi me encanta tu casa, me gusta mucho ver los cuadros, todos los detalles que tenés y también me gusta desayunar con vos”, “por supuesto – le dije- para mi también es rico y así paso acá un rato porque he estado más fuera que en la casa”.

Llegó puntual a las 10 a.m., para ese entonces yo estaba lista, con la casa presentable y con el desayuno a punto, esto último con la ayuda de la empleada que es muy diligente y solidaria conmigo. Fue más el tiempo que invertimos conversando de su vida, de su hija, de sus planes, de sueños y de lo mal que va su relación de pareja, que en la entrevista propiamente dicha. No hubo grandes novedades, lo que logré con esta persona fue ratificar una postura que empiezo a olfatear como una suerte de “representación colectiva de los desplazados”. De ella escuche expresiones ya conocidas que me recordaban la noción de saturación de algunas preguntas. No obstante, me gustó este rato y percibir que una chica joven y tan “ocupada” en sus propios asuntos no ignoraba una situación tan dolorosa como la de los desplazados y aunque sus pensamientos no fueran más allá de los lugares comunes en cuanto a explicaciones y soluciones al problema, no dejaba de ser una actitud inquieta de cara a una cruda realidad que cada vez es menos fácil ignorar. La mañana se pasó con ella, la sentí animada conversando y parecía casi feliz de encontrar quien la escuchara, para mí el tiempo pasaba y tenía otro compromiso que cumplir, así que opté por invitarla a almorzar en Azur para, de ahí, salir hacia Robledo, donde queda la sede del Instituto de Educación Física.

Llegué unos minutos antes de la reunión y me fui directo a la cafetería de “doña Tina” donde sabía que estaba la gente, tomando café negro, antes de entrar a la sala de juntas. En efecto allí estaban algunos, “terminamos esto y no vamos” me dijo Valentín, “listo, yo mientras saludo por allí”. En mis jornadas habituales en la Universidad, solía hacer deporte a las 12 m, a la 1 p.m. iba a la ducha y luego a comer donde Tina, así lo hacíamos muchos y era frecuente reunirnos para almorzar un grupo grande, en su mayoría profesores de Veterinaria y de Zootecnia, esa era “la hora sabrosa” y allí, no sólo comíamos sino que nos poníamos al día en todos los acontecimientos nuevos: propios y ajenos, nacionales y locales, de la Universidad o de la ciudad, todo podía ser parte de aquella espontánea agenda. Las cosas siguen así, yo salí a estudiar a otro país, como lo han hecho muchos del grupo, pero eso no disuelve la reunión de la 1 donde Tina. Allí estaban ese día 46 de mi trabajo de campo, los saludé, me preguntaron, les pregunté y acordé un par de encuentros con los más íntimos. Me fui a la reunión, porque el tiempo ya corría y había que organizar los equipos.

Ya en la sala el grupo fue llegando, hubo algunos “grandes saludos” pues a alguna gente no la había visto en esta visita a Medellín: la bacterióloga, las nutricionistas y algunos monitores nuevos. El coordinador de la línea saludó formalmente y se inició la presentación del proyecto de Macondo. Les conté mis planes, los propósitos y lo realizado hasta el momento. Quería conmoverlos y vincularlos, les propuse que presentáramos el proyecto, como proyecto a la Universidad y que complementáramos el trabajo de campo con los instrumentos propios de la línea de investigación: antropometrías, anamnesis nutricional, test de sexualidad, etc...y que con los dineros que nos proporcionara la U. podríamos avanzar, por lo menos en terminar la escolita

del asentamiento. Como era de esperarse todos se manifestaron interesados, les gustó mucho el plan, el proyecto les pareció “increíble”. Había una condición y era que la investigadora principal debería ser yo pues había planteado el proyecto: e ahí el cambio de actitudes. En fin, que la reunión transcurrió bien, formalmente, comentamos del libro sobre maestros que no se termina y cada uno asumió tareas a ese respecto. Les repartí el presente mexicano: dulces y tortuguitas con cabeza de veleta y nos despedimos. Debo decir que esto no trascendió, que nadie demostró interés más allá de la reunión y el proyecto no ha pasado de ser un requisito para el doctorado. Esto en cuanto proyecto, porque en lo referido a ayudas a la comunidad, formación de semilleros y presencia de organizaciones con ánimos de favorecer las condiciones de vida de los macondianos, sí ha habido respuestas y el eco aun se escucha.

Nos despedimos. Convinimos algunos encuentros amistosos y personales y me fui con los asistentes que participaron de la reunión a CarlosE, que para ese entonces era como una oficina más de trabajo del proyecto. En medio de las comidas rápidas y de las cervezas Aguila, expresamos nuestras percepciones de la reunión y, para mi sorpresa, las opiniones fueron unánimes: ¡nadie va asumir el proyecto porque es de corte político, a la gente le gusta lo fácil, lo que quieren esas mujeres el replicar lo que ya han hecho pues consiste en cambiarle nombres y ya está... “además Ruby, nadie quiere correr riesgos como usted”, agregó Melquíades y lo apoyó Mauricio. Sentí tristeza, pero también orgullo, por ellos, los asistentes y por mi, por meternos en el nudo gordiano que significa el desplazamiento en Colombia.

Caía la noche y nos esperaba un día de talleres, sería el último y ya estábamos cansados, aunque tranquilos pues había pasado lo más complejo, ya las cosas rodaban por su cuenta y teníamos la información requerida. Repasamos quiénes, dónde, hora y qué íbamos a hacer y me despedí de los asistentes pues mi casa está al otro lado de la ciudad y debía cruzarla temprano si quería descansar un rato antes de la jornada que me esperaba.

Jueves 7 de octubre

Día 47 taller N°6: “un universo de papel”

Para esta ocasión se nos unió una tallerista con el fin de trabajar con origami. Me pareció pertinente pues en este punto del trabajo de campo lo que requeríamos eran materiales de entretenimiento con los niños y que les dejaran algún aprendizaje que fuera posible aplicar en otro contexto y por fuera de los talleres. Previamente me solicitaron los materiales, así que Ursula se encargó de ello, no era gran cosa, pero yo quería que fueran papeles de colores vistosos, alegres, que motivaran la participación y que sintieran que merecían calidad.

Todo fue un tanto rutinario: encuentro, llegada, recibimiento e instalación en el escenario de trabajo. Los niños receptivos y dispuestos nos esperaron esta vez en el colegio, lo cual interpreté como confianza, pues nunca les habíamos incumplido así que tenían la certeza de que allí llegaríamos a la hora indicada. Una vez entramos al salón preparado para el taller, dejé a cada asistente en lo suyo, Petra Cotes y Amaranta se nos unieron, así que todo estaba marchando como fue previsto. Me fui al asentamiento pues quería conversar con la gente, ver más detalles de la cotidianidad y tratar de comprender

un poco más los significados de las cosas, los talleres, a mi modo de ver ya había ofrecido lo suyo.

Subí la loma, llegué al parquecito y, como muchas veces, este lugar parece un salón de belleza...en muchas visitas encontré mujeres y hombres en prácticas estéticas, es necesario salir de las casas y embellecerse es un buen pretexto, algo que hacer allí. Igualmente las ropas en el tendedero y las mujeres que no estaban en los menesteres de de peinarse, estaban lava que lava la ropa, pareciera que es su único oficio. Se me ocurrió pensar en que esa ropa lavada, muy lavada, era una práctica macondiana con la que buscan mitigar la condición de pobreza.

Para este entonces saludar al de la tienda se había hecho hábito, así que llegué donde él se encontraba, conversamos lo básico y seguí hacia la casa de Jose Arcadio pues era impensable no saludar a su señora esposa. En efecto ya me esperaba con su tintico y Lola, la perra, me seguía con su cola en plena danza de bienvenida. Pse, bebía el café y le comenté que quería ir hasta la cima para ver con quién podía conversar y rato, quien me permitía interrumpirle las labores, “tranquila – me dijo – suba que no falta el desocupado y el que tenga ganas de que le oigan sus cuitas”.

Subí si rumbo, tenía una hora y media para pasear por allí así que decidí acercarme al billar, pues desde que llegué me había generado in quietud. “Es jueves temprano, así que debe estar sólo”. Llegué y el dueño del lugar me saludó amable, pero no muy amble. Le dije que estaba cansada que si me vendía un refresco. De inmediato me lo entregó...como si con ese gasto me ganara el derecho a su atención. El hombre era paisa, blanco, panzón como buen negociante antioqueño, el típico fenotipo de vivo paisa. Fue para mí algo elocuente verlo acomodado en la ventana de su negocio, mirando de afuera hacia a dentro, viendo a los pocos negros que sí había, contrario a lo que esperaba, jugar y beber cerveza. Algo así como “viendo a los toros desde la barrera”. Ya en una foto había observado esto y ya había elaborado una idea del asunto. Recordé entonces que cuando le mostré las fotos a mi vecina, una socióloga – artista, me dijo “a ese se le ve que no es de ahí, que está por conveniencia...seguro vende de todo, ese es un vivo paisa”. En una de mis primeras visitas recuerdo haber anotado que era una mesa pesada y de buena calidad...como en esa ocasión tuve la impresión de una desproporción entre espacio, entorno y mesa. Era una casa en la que todo su primer piso, de material, estaba dedicado al billar, la bebida y la rumba y el segundo, de madera, era destinado, supuestamente, para habitación. No pude constatar esto último, porque este señor no quiso ofrecer mucha información sobre él, nunca supe de dónde era, por ejemplo. En todo momento dirigió su conversación a opinar sobre los negros. Al confrontar los datos del censo, encuentro que sólo figura una casa con billar y en el asentamiento operan dos, una de un negro y otra a la que hago referencia. “¿le va bien a usted con el billar?”, le pregunté y de inmediato empezó a lamentarse “no crea que muy bien, está gente no mantiene \$ y lo que gasta es muy poco”, en tono de charla le dije “no se queje, mire la hora que es y el día y ya hay gente jugando”, “sí, pero no mantienen mucho dinero, hay veces que se les va el día con una o dos cervezas y pare de contar”, “¿eso es lo que más beben ellos”, “Sí eso, hay uno que si chupan guaro, pero son pocos, los negros son muy chicheros (cerveceros), es que la cerveza les rinde más y así les sale más barata la rumba” “¿ y los fines de semana cómo le va?” “pues bien, ahí mas o menos, a veces bien a veces no, esto sube y baja como todo” “¿se le llena los fines de semana?” “sí, no falta la gente si, y entre semana también, pero son muy chichipatos (pobres) no es que consuman mucho”. Seguí preguntando fingiendo poco interés “y

estos de dónde sacan plata para jugar y tomar cerveza, hoy en horas de trabajo”, “no es que cualquier cosa que consiguen se la beben ahí mismo, se chupan todo lo que se ganan, estos pues...estos que ve ahí, porque hay unos señores que sí son muy responsables, claro que las más las más responsables son las mujeres, esas son unas berracas pa'l trabajo, pa pedir, hasta pa' echar plancha y levantar muros, ahí están, pero lo machos no...chupan y chupan” . Lo vi agarrando confianza, ya más cómodo, entonces le pedí otro refresco y una papitas, para que sintiera que estaba “ganando” algo, así que allané terreno y le pregunté “¿y usted además de cerveza y guaro que más vende?” “pues ahí ve: refrescos, mecato y chucherías, porque esta gente compra es de a poquitos” “¿y nada - más insistí -?”, el señor me miró con malicia, se sonrió de “medio labio” y me dijo, “Nooooo, si esta gente no...los negros no son buenos sino pa'...es que el vicio no es pa' ellos, ellos son muy ingenuos y les va mal, pero muy mal” luego se dio cuenta de que estaba hablando mucho y agregó “claro que uno no sabe, nadie sabe lo de nadie, y a mí tampoco me gusta mucho ese negocio de...de esas cosas, no” “¿y porqué dice que les va mal?” “No, lo que yo digo es que a las drogas no son pa' los negros, ellos no, ellos ven eso con mucho miedo, yo por aquí no he visto a nadie, pues así que se diga metido en el vicio, claro que sí se ve a uno que otro que mariguanita, que...pero no, donde si se ve mucho es en los chorros, allá si va mucha gente a trabarse (fumar marihuana) pero son de otros lados, gente que se sube del centro nada más a eso y a darse su chapuzón o también gente de otros barrios, si usted va alguna vez por allá y se fija, casi todos, por no decir todos los que ve allá son blancos, nooo es que los negros no”. Algunos de los billaristas lo llamaron para pedirle más cerveza, el señor entró rápido y volvió a salir, pero lo sentí un poco incómodo con mi presencia pues le limitaba su cotidianidad. Me extrañó que en el rato que estuve nadie saliera de la parte alta, nadie lo llamó, nadie bajó a buscar algo de la tienda. Se sentía absoluto silencio. En ese momento recordé una radionovela que escuchaba de pequeña “En los cerros nace el sol” en la que un usurero, subía cada mañana a través de un túnel a un barrio alto, muy pobre, y se hacía pasar por miembro de la comunidad y tenía un negocio de empeño y de prestamista, con el que mantenía a la comunidad acorralada y bajo su terror; luego volvía con su familia rica, en un barrio bien y vivía como un burgués. Con las debidas distancias, es decir, sin túnel y sin “intereses por mora”, pensé que este señor era un paisa comerciante, entrometido en la comunidad para aprovechar su condición de desempleados ociosos y hacer negocio allí. También me llamó la atención justamente su desatención: fue de las pocas personas que no me ofreció algo sin costo, en las otras casas por lo general y de inmediato, me ofrecieron agua, refresco, tintico y hasta mazamorra. Lo otro que evidenciaba su distanciamientos con la comunidad era la ligereza para referirse a los otros, lo negros y la reticencia para hablar de sí mismo. Para él estaba claro que el era diferente, distinto ¿Qué no era de allí? Me despedía, sentí su alivio al ver que pagaba y que me despedía de todos los demás, los jugadores apenas si levantaron la cabeza...miento...elevaron un poco la voz para que yo escuchara su respuesta, pero ni me miraron, parecían enajenados, inmersos en un mundo aparte, diferente y lejano. Creo que no podrían describirme, no me vieron.

Salí de allí rumbo al GGM, para llevar los refrigerios y constatar el desarrollo del taller. Bajé las escaleras...todo se veía tranquilo, parecía que no había un alma en ese lugar, nadie me vio salir, nadie me despidió, con nadie me topé. En la escuela, por el contrario, ya había el alboroto del medio día, los niños ya estaban esperando su refrigerio y los vi muy cuidadoso, a algunos, con sus trabajos en origami: palomitas amarillas, cerditos rosas, cajitas, aviones, gorros y barquitos de todos los colores. Los asistentes me alcanzaron y volvieron con los niños para organizarlos en hileras y entregarles los

suyo, mientras hacían esta labor yo me ocupé en recordarles que el martes iríamos a los chorros, a la manera de paseo de despedida, pues pronto me iría a México. Todos se mostraron interesados en esta actividad y acordamos vernos a la hora de siempre para poder tomar algunas decisiones. Los niños se despidieron y uno de ellos se devolvió para preguntarnos si en las tardes hacíamos lo mismo que en la mañana y si los otros, los de la tarde, también iban a ir al paseo, “todos están invitados y los que puedan y quieran ahí los vamos a esperar”, le contesté y salió corriendo, en palabras de mi abuela “como alma que lleva al diablo”.

Recogimos los materiales, Petra y Amaranta se los llevaron, nosotros empezamos el descenso, en la tarde serían los mismos asistentes, así que les pedí que almorzáramos juntos para conversar, porque “el tiempo se agota”, les dije. Fuimos a Azur y allí concerté con la dueña una cita para una entrevista el día siguiente, quería saber qué pensaba de los desplazados una mujer negociante, con un restaurante en pleno centro de Medellín. Estuvo de acuerdo y convinimos vernos a eso de las 3. p.m. del día siguiente, cuando ya los clientes abandonan el lugar.

Comimos, conversamos de los planes de cada uno, sobre el movimiento político que se estaba “componiendo” en el Instituto de Educación Física y sobre el nuevo director. Yo los escuchaba un poco a distancia, tratando de no “tirar línea”, toda vez que siempre he creído que cada uno opta y que los viejos no debemos adoctrinar a los viejos en ideologías políticas *in situ*. Siempre me han fastidiado los profesores que tienen séquito de alumnos, que les inyectan sus discursos y que quieren, a toda costa, que los estudiantes sigan sus pensamientos. En ese punto he sido, no sólo independiente sino independentista y así lo práctico, por lo menos en mi ejercicio docente. Me di cuenta por la conversación que estos chicos tenían un enorme poder de convocatoria y que eran activistas convencidos, de nuevo *mutis por el forum*. El tiempo marcó el límite, pagué la cuenta, tomamos dos taxis y rumbo a GGM, era una rutina aprendida. Se veían cansados, yo también lo estaba: “trabajo de campo saturado”, pensé, o “escansión” en terapia psicológica, para el caso era igual, había que ir atando cabos, cerrado puertas y concluyendo ciclos. Había que terminar el trabajo colectivo.

Ya en la tarde reiniciamos los talleres con los niños, de nuevo los dejé en lo suyo (¿mío?) y me fui para el asentamiento. Antes de hacerlo conversé un poco con Petra Cotes y Pilar Ternera que serían las colaboradoras de la tarde, Petra estaba muy organizada, muy peinada, con extensiones, con un top blanco pequeñísimo y con una falda roja, muy ajustada y de cadera caída (descaderada), también muy corta. Traía unas sandalias de tacón alto, también rojas, en las que se destacaban las uñas de los pies, maquilladas en rojo y blanco, con un estilo que me recordó los 60’s en los que una tía se hacía “cortinitas” en las uñas de la manos, es decir pintaban el fondo en un tono y con el otro dibujaban dos fragmentos de la parte superior de ésta...En efecto, así estaba Petra. “Estás muy bonita, ¿hay fiesta o qué?”, le pregunté y Pilar contestó por ella “no profe, es que está cumpliendo años”, “¿si, y por qué no me dijeron antes para celebrar?” “pues le estamos diciendo ahora pa’ que sepa” terció de nuevo Pilar, siempre dispuesta a “pescar”. “Sí, tiene razón, estamos a tiempo – le dije- acabemos aquí y luego nos partimos una torta”, Petra estaba apenada, se reía y me miraba como avergonzada, parecía una niña delante la clase, “No profe me dijo, no se preocupe, no hay nada que celebrar, con tantos problemas que tenemos esto no es nada”, “¿Cómo que no hay que celebrar?, no mi querida, espere y verá que algo hacemos” “ay! no, es que me da pena, no...no...no, lo que pasa es que me puse esta ropa como pa’ disimular la tristeza y el

aburrimiento que tengo” “¿y eso, qué pasa?” “ay seño, lo mismo de siempre, es que todo es plata y plata no hay”...”Bueno, pero hoy hagámonos las locas con eso, atendamos a los niños, si podemos terminamos más tempranito y hablamos a la salida, ¿listo?” “bueno seño, ahorita nos vemos”. Esta circunstancia cambió mis planes de visitar a alguna vecina del asentamiento. Me cercioré de buena la marcha de la sesión, hablé con Mauricio Babilonia para que estuviera al frente del asunto y le conté de la novedad. Rápidamente organizamos algo, yo debía ir al centro, comprar un pastel y un regalito y él preparaba al resto de los compañeros para que, al terminar el taller, nos reuniéramos en el parquecito y, si era posible, nos metiéramos en la casa de José Arcadio porque de lo contrario sería difícil con tantos niños y con la gente mirando mientras comíamos. Mauricio es muy diligente y piloso, así que me tranquilizó, me dijo que él se hacía a cargo y que mientras yo iba al centro él subía donde la esposa de José Arcadio para hablar con ella y pedirle permiso, de lo cual estábamos casi seguros. En ese momento pensé en las características de estas casas, donde casi transcurren su vida afuera del espacio, donde no hay “nada que organizar o que recoger” para recibir una visita, son vidas expuestas, pensé y me fui a cumplir mi nueva tarea. También quería darle vuelta a esto del desdibujamiento entre el espacio público y el espacio privado, algo que ya me habían sugerido las actividades lúdicas.

Me tardé más de lo esperado el agarrar un taxi, talvez la hora no era “nada comercial”, todo se veía un tanto sólo y el sol aun no daba chanza para estar fuera de las habitaciones. Bajé y bajé un buen tramo y, por fin, vi un taxi que me hizo el favor de bajarme al centro. Sabía para donde iba, a la Sta. Elena, en el Palo con La playa, así que, en palabras del taxista “no chorreamos por aquí derecho y en un minuto la dejo allá” “gracias” le dije antes de perderme en mis pensamientos sobre lo que debía comprar, y sobre qué sería lo mejor para regalarle a Pilar. Efectivamente, en unos cuantos minutos estaba en una de las panaderías más tradicionales de Medellín. Compré un pastel de chocolate, en memoria de mi “familia” mexicana, 30 moritos (pastelitos individuales y deliciosos) y una cajita de velas de cumpleaños. A dos pasos de la panadería está una tienda, también tradicional, de ropa interior muy colombiana y decidí que lo mejor era algo de allí, así que entre y compré una pijama, muy bonita, y sexy que, como había podido captar, era una de las características de los atuendos de la Petra, le pedí a la vendedora que me lo empacar como regalo, todo fue muy fácil, pues este trámite lo hice mientras el taxista daba la vuelta para quedar en dirección a La Playa, estaba tan congestionado el tráfico en ese punto que justo cuando salí de la tienda, dispuesta a tomar un taxi cualquiera, escuché que alguien me decía “doña, doña, ¿vuelve pa’ allá, pa’ arriba?” “¿otra vez usted?” le dije casi feliz “si vuelvo pa’ arriba y hoy parece mi día de suerte”, me trepé al taxi y la empezamos el ascenso, ya la subida no fue tan expedita, el tráfico se había modificado y las cosas se empezaban a poner turbias.

Llegué al salón del talle, las cosas marchaban bien, se habían hecho las tareas propuestas, los niños terminaban sus figuras de origami y ya empezaban marcar “actitudes de salida” (hay un momento en las clases en las que tanto el maestro como los alumnos empiezan la recta final y esto se observa también en la actitud y en las respuestas). Me di cuenta que sólo no había etnógrafo y que yo me había ausentado “por fortuna este es el último de los últimos”, pensé.

Hablé con Mauricio y me dijo que todo estaba bien, que nos íbamos a quedar y que íbamos para la casa de José Arcadio, le entregué las compras y le pedí que se adelantara para organizar todo e intentar evitar la curiosidad de los niños. Con el grupo acordamos

los detalles del paseo, la hora y el día y empezamos a preparar la salida, los refrigerios estaban allí y no hicimos algo especial, toda vez que los talleres continuarían, en mi ausencia, hasta el 7 de diciembre.

Subimos al asentamiento, todo estaba listo en casa de José Arcadio. Allí llegaron Petra, Pilar, Remedios, Amaranta, estaban José Arcadio y su esposa, el nieto de éstos, el esposo de Petra y las hijitas y el grupo de colaboradores. Los niños nos siguieron y estuvieron pendientes de la actividad, pero pronto captaron que no eran invitados y se fueron a los juegos del parquecito. Nosotros entramos y nos acomodamos como pudimos, todo debía ser rápido por la hora, por el espacio, por lo improvisado y por los compromisos que cada uno cargaba.

Entramos pues, y cada uno se acomodó, luego se hizo un silencio y todos me miraban como si esperaran una orden para iniciar, me percaté de aquello y tomé la palabra. “Bueno, -les dije- que parezca fiesta, la principal razón es el cumpleaños de Petra y aprovechamos para celebrar el final de los talleres con mi presencia, claro que el cierre será con el paseo al charco...por ahora, felicitemos a Petra y partamos la torta”...hubo risas, abrazos “moderados”, los más expresivos fueron los chicos del grupo, pues la gente del asentamiento se veía tímida entre ellos y era como si no entendieran la situación, como si fuera algo nuevo. Así las cosas, les pregunté por la manera de festejar y de celebrar los cumpleaños en el Chocó, allá en Itsmina. La primera en contestar fue Pilar “ay! profe, para nosotros todo es fiesta y baile...uno ni se da cuenta quién está cumpliendo años porque es lo mismos siempre, cada que podemos bailamos”. Entonces Maité terció “cómo va a ser, ¿no hay nada distinto, una comida, algo...?” “Si, si, si, dijo Petra, nos ponemos lo mejorcito, como se dice por aquí el baúl y la tapa y comemos lo que más nos gusta”, y vuelve Pilar: “que es lo mismo, que'l pescado, que'l arroz...a bueno sí hacemos biscocho” “y los hombres se emborrachan...pues el del cumpleaños”, dijo Petra mirando a su esposo, éste se sonrió y todos nos reímos. “¿Y aquí ha cambiado mucho la fiesta?” preguntó Mauricio, “pues sí” dijeron Petra y Pilar casi a unísono y José Arcadio agregó “aquí todo ha cambiado, lo único que sigue igual es que los hombres se emborrachan jajaja” todos volvimos a reírnos. El esposo de Petra sólo alcanzó a decir, pa' los entierros sí se usa es el blanco, mucho blanco, no tanto el negro como aquí”... “Aquí ni provoca celebrar, es que ¿qué va a celebrar uno? ¿La pobreza?”, volvió a decir Petra, que para ese entonces había olvidado que era la cumpleañosera y había vuelto a su desolada cara y miraba a sus hijas con tristeza. “Bueno – dije- cantemos el feliz cumpleaños, pidamos los deseos y partamos la torta para que endulcemos la vida”. La esposa de José Arcadio se dispuso servir en las servilletas que, por fortuna, teníamos de los refrigerios, Petra apagó las velitas que Mauricio le prendiera. Y así, mientras comíamos, saqué el regalito y le pedí a Maité que se lo entregara a Petra en nombre de todos. Así lo hizo y, de nuevo, silencio, todos miraban la envoltura, también como algo nuevo...luego los colaboradores empezaron a gritar: “que lo abra, que lo abra” y Petra obedeció, sin dejar de mirar a su esposo. Cuando lo abrió, lanzó un grito y se tapó la cara, todos nos reímos pues era evidente que estaba emocionada, así que los chicos, en el afán de salvar la situación, cambiaron el grito por “que se lo ponga, que se lo ponga”...luego alguien dijo, ese regalo es pa'l esposo, ahí hubo risas, ella estaba achantada (apenada) y me dio la gracias muy conmovida “¿les gusto?”, pregunté y ella me dijo “claro profe, usted sabe que a las mujeres estas cosas nos gustan mucho...y está bien bonito, el color todo...” “ahí me disculpa Petra, pero el afán, yo no sabía y todo fue muy rápido” “Noooo, está muy lindo profe, muchas gracias.” Lo que siguió de allí fue muy simple: comimos pastel, tomamos CocaCola, los

muchachos le preguntaban los años como tomadura de pelo, ella no se los dijo, sólo por seguir el juego...Maité y Nico se aplicaron en recoger las servilletas y luego repartió lo que quedaba de la torta entre las “cabezas de familia”, reservando el pedazo más grande para Petra. Nos despedimos. Ya era suficiente para todos. Les recordé que el sábado iba a subir a rumbiar con un amigo, pues no quería irme sin subir a bailar...se rieron, como si lo dudaran, pero convinieron en acompañarme.

Nos despedimos, algunos niños nos alcanzaron y yo les dije que nos veíamos el sábado, para ir a bailar, se mostraron entusiasmados...algunos nos siguieron hasta el camino rumbo a la cañada, y poco a poco se fue desgranando el grupo hasta que ya no quedó ninguno con nosotros. Ya solos me dijo Eloisa que la pijama estaba muy bonita, y los chicos la apoyaron, el Bosco agregó que la torta de chocolate le encantaba y que todo había estado muy bien. Pero algo no les parecía y por fin lo soltó Nico, “¿Pero Ruby, eso si el lo que más necesitan ellas, una pijama de esas?”. “Pues supongo que no – respondí- pero justo por eso se la regalé, bueno, primero por los afanes, pero también porque lo que necesitan: comida y demás, ellos lo consiguen, lo que no tienen son lujos o cosas de vanidad, cosas así, por eso me parece un buen regalo, porque nunca lo van a comprar, bueno, así lo veo yo” “pues sí, profe, dijo Eloisa, y lo que Petra dijo me da cierto, a las mujeres eso nos encanta y si es regalado pues mejor”. “bueno dijo Nico, otro punto de vista, uno como que es más práctico, pero viéndolo así, yo también quiero que me regalen algo que no puedo comprar...ni le digo pa’ que no se rían” “no mijo, ya dijo – agregó Mauricio- ahora diga, quine quita que Ruby se lo de”, todos no reímos, ya habíamos bajado un buen tramo, pasó un taxi y se fueron los primeros, pasó el otro y bajamos el resto. En el parque del periodista nos tomamos unas cervecitas, como de remate de talleres, nos comimos unas empanadas, unos chuzos y más mecató. Les pagué lo que les debía y convinimos detalles del próximo encuentro del día siguiente. Nos despedimos, ya era tarde y me fui a la casa, con el estómago revuelto y mil ideas en la cabeza, recordé que alguna vez definí la soledad como nunca recibir regalos empacados, “también esa es la de pobreza” pensé, y me alegré de haber llevado la pijama empacada como regalo, “con moño y todo”, me dije.

Viernes 8 de octubre

Día 48. Esta entrevista está muy difícil

El cansancio se va acentuando, así que la levantada cada día era más difícil, más si se tiene en cuenta que dormir era una ilusión. Este viernes sería tranquilo, pues el hecho de no subir a la comunidad a cumplir algún compromiso disminuía en un 80% la tensión, es decir, era un descanso.

Me senté a escribir mi diario de campo, a retomar historias que había dejado iniciadas y a consignar los datos que eran significativos para luego ampliar e ilustrar. También revisé el resultado de los talleres, los dibujos de los niños y sus relatos, tuve la impresión de que eran simplemente niños, que no tenían una particularidad que los hacía macondianos. Parecía que ignoraban su historia y que desconocían la circunstancia del país que los tenía allí, en ese cerro de Medellín. Luego conectaría lo que aquí percibí con los datos de las entrevistas, en los que pude leer muchas veces que los padres lo que quieren es “que sus hijos vivan otras vidas diferentes a las de ellos, olvidar, olvidarlo todo”.

Fui al encuentro con los colaboradores, asistieron todos y muy cumplidos como siempre. Comimos en Azur, pues ya era una de nuestras “oficinas gastronómicas” oficiales. En 4 mesas nos organizamos todos, elegimos en un menú de sólo dos opciones y empezamos a conversar sobre la experiencia, sobre los que seguirían en mi ausencia y sobre las tareas para ese tiempo. Revisamos el presupuesto, les dije cuánto les pagaría por taller y convinimos refrigerio y transporte, así como el mecanismo de pago vía Melquíades. Los talleres debían seguir hasta el 7 de diciembre, día en el que se “prenderían la velitas” y se ofrecerían actividades especiales. Indague sobre quiénes irían al rumbeadero, ninguno podía subir el sábado en la noche porque tenían compromisos, yo los liberé de toda responsabilidad, pues era una tarea que yo me había propuesto. Por lo demás ya sabía que mi amigo Homerito me acompañaría sin falta.

Se fueron cada uno a lo suyo y me quedé con la dueña del lugar con quien había acordado una entrevista. Fue tal vez la entrevista más particular, por lo escueta, simple y desprevenida. Mi entrevistada habló como una ciudadana más, dueña de un restaurante y ajena a las vicisitudes de los demás, así que expresó su ignorancia en torno a los desplazados e insistió, a la manera de disculpa, que “falta asesoría por parte de las instituciones para ayudar a los desplazados” y agregó “yo si les quisiera ayudar pero no sé cómo ni dónde”. Confesó sentir mucho miedo de llegar a ser una desplazada y se declaró como sujeta en miedo permanente y, finalmente, frente a las pregunta del cuerpo, dijo que “esta entrevista está muy difícil”.

Me despedí, me fui donde mis amigos del “Eslabón prendido” y me despedí temprano, pues la rumba se anunciaba pesada y yo tenía cita para rumbear en Macondo, quería llegar sin cruda, con ánimos y con dinero. Llegué temprano a casa, no había nadie, jera viernes! Así que me acomodé con las perras y disfruté de la televisión un buen rato antes de conciliar el sueño.

Sábado 9 de octubre

Día 49: “Y fiesta y rumba”

Para este día había previsto una visita nocturna a Macondo. Quería observar las cosas desde otro ángulo y disfrutar del rumbeadero, porque siempre se me dijo que mejor momento para bailar era el sábado en la noche.

En el día anduve con asuntos personales, visitas familiares, comidas típicas y remembranzas. A las 7 p.m me encontré con Homerito, quien de todos los invitados a subir, fue el único que se le midió sin dudas. Agarramos un taxi en Ayacucho y nos subió al asentamiento. Ya desde las calles aledañas e incluso, desde el inicio del ascenso que marca la llegada al barrio, empecé a observar el agite de la fiesta. Mucha gente en las calles, con atuendos llamativos, no tanto por lo colores, como por lo ajustada de la ropa en las chicas, muchas ombligueras, vientres expuestos, senos bastante exhibidos y...poco a la imaginación.

Cuando nos bajamos en el GGM, el ambiente era de expectación, la gente daba la impresión de estar esperando algo, un no sé qué, que debía acaecer en cualquier momento. Había venta de chuzos, chorizos, arepas de chócolo con quesito, empanaditas, perros calientes, plátano asado con quesito y bocadillo. Esto ahí, en el puesto donde cotidianamente venden mangos biches con sal y limón, los cuales estaban a un ladito y

habían perdido su protagonismo frente a las ventas de “sábado por la noche”. En este ventorrillo se reunía la gente: unos pedían una cosa, otros otra y sólo se podían ver manos levantadas, con billetes o monedas, para intercambiar por algún manjar de esto que en el argot popular llamamos en Medellín “Palacio del colesterol”. Homerito no dejó de mirar con ansiedad hacia la venta callejera, pero yo lo volví a enlutar hacia lo que íbamos: “pilar mijo, que vinimos fue a bailar, no a comer, ojo con eso que no hemos llegado”, le dije y él se ríó, estruendosamente, como es su costumbre.

Subimos el tramo que se para al GGM del asentamiento y entramos por el camino que conduce hacia la batea que se forma para acceder al parquecito y que está atravesada con por la cañada, una vez llegamos al punto más alto para iniciar el descenso y luego el ascenso, nos quedamos perplejos: el asentamiento, literalmente, brillaba con luz propia. Esto era como una suerte de encantamiento, era ingresar a “otro” lugar diferente al que traíamos en mente y que habíamos frecuentado en los últimos meses. El alumbrado público está distribuido por todo Macondo y en el parque forma un círculo y lo rodea, de tal manera que todo está bañado por una luz blanca y potente que le da a aquel lugar un aspecto de pesebre (nacimiento) adornado para navidad. Me tuve que detener un momento para contemplar aquello, todo se veía – difícil decirlo sin pudor – hermoso y remozado. Ah! y ¿la gente?...pues estaban por allí y con acá, con sus mejores galas, muy acicalados y compuestos y. lo que es mejor, se veían contentos, relajados, parecía como si no tuvieran una tragedia encima.

Cuando llegamos al parquecito ya sabían que habíamos veníamos pues los niños habían corrido con el aviso. Petra, Pilar, Amaranta, Aureliano, José Arcadio, Remedios, todos estaban allí a nuestra espera. Los saludé animada, contagiada del ambiente y de los rostros que encontré. El que tenía un aspecto diferente era José Arcadio, lo sentí preocupado, pero a la vez satisfecho de vernos y de saber que había cumplido mi promesa de subir. “Ay doctora, usted si es una mujer de mucha palabra, lo que dice lo hace” me dijo, yo me asusté con ese compromiso y le respondí “no se crea José Arcadio ojalá pudiera hacer todo lo que quiero, lo que pasa es que cumplida sí soy y si digo que vengo pues vengo”. “La estábamos esperando, pero más tarde seño – acotó Pilar – es que todavía está temprano para ir a bailar, todavía hay mucho niños allá”, “no importa – les respondí- es que más tarde era más complicado para mí y también me gustan los niños, como hemos hecho los talleres, pues también es bueno verlos bailar”. José Arcadio, me llamó a un lado y me explicó que él tenía una reunión con un grupo de ahí, con los más interesados en la comunidad y que por eso no iba a estar de tiempo completo conmigo, pero que sí iba un rato, que él no era de rumba, que nunca había estado bailando allá, pero que Amaranta sí se quedaría todo el tiempo.

Homerito se veía feliz, la gente lo saluda y él a ellos como si fueran amigos de toda una vida, su carisma es su virtud y por eso estaba allí. Empezamos el ascenso hacia el rumbeadero, el acto parecía una romería, pues nos seguían el grupo de colaboradores y los niños, quienes para ese entonces habían abandonado el salón de baile para ir a “esmerar” alrededor del grupo que estaba en el parque. Subimos pues, y sin más, entramos a salón, Francisco en Hombre, nos recibió con toda la disposición de ánimo, de inmediato nos organizó las dos única mesas y las sillas que tenía; era evidente que allí se iba a bailar y no a conversar. Minutos después reanudó la programación de videomusical y nos ofreció sus servicios. Le pregunté a los de la mesa que querían tomar y se hizo un silencio, se miraban entre ellos y no se atrevían a decir nada, así que me adelanté “para mí una cervecita bien fría”, “lo mismo pa’ mí” dijo Homerito y aquello

fungió como una autorización para que todos pidieran cervezas frías. José Arcadio y Aureliano fueron los únicos que pidieron un refresco.

Se inició una conversación cotidiana, sobre el clima, lo que habían hecho ese día, sobre... cualquier cosa, particularmente hacían referencia a mi visita de ese día, parecían estar sorprendido y halagados con mi presencia como si fuera algo tan poco común que hubiera que exaltarlo. Nadie bailaba y Homerito y yo nos mirábamos desconcertados como preguntándonos ¿y al rumba qué, no que bailan tanto? Pedimos una segunda cerveza, esta vez sólo para nosotros dos pues éramos los únicos que habíamos terminado la primera; los compañeros de mesa, por su parte, trataban de dosificarla, a su mejor estilo. Estábamos así, medio incómodos, yo me sentía como intrusa y sabía que mi presencia había modificado una dinámica lugareña, más la mía que la Homerito pues la manera en que los trataba y lo trataban lo hacían parecer macondiano. 10 minutos más tarde se me acercó una de la niñas, de las que asiste al taller y me dijo “doctora ¿usted no va a bailar o qué?”, “claro que sí – le repliqué de inmediato – pero estoy esperando que ustedes bailen primero, si ustedes bailan yo bailo” y esto fue mágico, la pista se lleno de niños, eran de todas las edades, pero no mayores de 12 años. Empezó a sonar el reguetón, la champeta y la terapia y empezó también una exhibición de baile, más allá de lo esperado. Sabía de las capacidades de los negros, los había visto bailar, había bailado con ellos, empero me volvió a sorprender aquel espectáculo, sobre todo por lo pequeños de los danzarines, bailaban con una soltura y una sensualidad que yo no conocía, los movimientos de cadera evocaban al Mapalé costeño (danza del Atlántico) y las ondulaciones del vientre, no tenían nada que envidiarle a las hawaianas, por lo demás entraban en contacto, niños y niñas, sin ningún miramiento, era algo natural, espontáneo, erótico pero ingenuo. Homerito y yo no dejábamos de mirarnos asombrados, de mirarlos complacidos y de admirarlos descrecidos. Me levanté un momento para mirar desde la puerta y en ese gesto me topé con una nenita, que apenas si caminaba y allí estaba balanceando su pequeña humanidad, al ritmo de la música. Se la enseñé a Homerito y celebramos con su mamá este empeño, le pregunté la edad y me dijo que tenía 2 años. “Lo llevan en la sangre, - me dije – esto parece un asunto genético”, allí, en ese momento, de la unión del erotismo y esto de la nena, me surgió algo para la inferencias del estudio: el erotismo: una genética del disfrute.

Los niños insistían en que bailara, José Arcadio me pidió permiso para ausentarse, la tercera cerveza ya estaba en la mesa, el reloj marcaba las nueve y los adultos empezaban a llegar y se agolpaban en la puerta, así que “a bailar Homerito mijo, que a eso nos comprometimos”. Me acerqué a Francisco el Hombre y le pregunté por otro tipo de música, “si claro – me dijo – ya esto está terminando para los niños y sigue la música de los adultos, salsa y vallenato”, “que bueno, así cumplo la promesa de bailar” nos reímos y volví a la mesa. Así que sonó el grupo de Niche, grupo de salsa caleño, que ha tenido mucho éxito en colombiana. “*Y fiesta y rumba y rumba que es la feria de la caña...este es el show del pandebono*” Salí a abilar con Homerito, hice los mejores pasos posibles a la manera de calentamiento. Todos, absolutamente todos me miraban y los compañeros de mesa se animaron a bailar también... así le seguimos dos horas más.

A las 11 p.m decidimos volver a la casa, un poco por temor de estar allí a esas horas de la noche, no, no temía por mi seguridad o cosas por el estilo, mi gran temor era el transporte y un mucho, porque aunque los cercanos bailaban conmigo o a mis alrededores, los demás adultos estaban contenidos, por decirlo de laguna manera, con mi presencia. Esto no era nada bueno, les estaba frenando su rumba esencial y temía

perjudicar al dueño con menos ventas. Así que cancelé la cuenta, agradecí a Francisco en Hombre y todo el grupo se paró para bajar conmigo. La niña de dos años seguía allí, en pie, moviéndose al son y siguiendo la fiesta desde su sitio. Tal vez esto fue lo mejor de la noche: constatar este potencial nato en los negros y ver a todos los niños en lo suyo...eso fue maravilloso, pero no pude disfrutar de ver a los adultos, no pude observar más allá de los colaboradores, a la gente de la comunidad danzando, ninguno me sacó a bailar, eso lo hice con Pilar y Petra, pero nadie ajeno al grupo me pidió un baile. Diferente con Homerito, hombre al fin, que sí sacó a bailó con varias del grupo. Era evidente, estaba metida o, mejor entrometida, en una costumbre pública pero íntima, que no se comparte de buenas primeras. Allí no había ninguna persona blanca, José Arcadio que es mestizo y está casado con una negra ya se había retirado, yo era la extranjera, la blanca, la otra y eso no se asimila de buenas a primeras. Pude ver que hay rumba, que asisten a ella, que es una certeza sabatina, pero no pude acompañarlos y participar de la rumbas como una de ellos.

Me despedí de la gente del salón, la abuelita de Francisco me abrazó y me agradeció. Bajamos al parque y allí estaba la reunión, todos de pie fuera de la casa de José Arcadio. Me acerqué “bueno, ya me voy”, les dije y Aureliano respondió “pero por qué se va si esto apenas empeiza”, “ya es hora t estoy muy cansada...bueno, nos vemos el lunes que vengo por estos lados” “bueno doctora, muchas gracias por todo y mañana la llamo para ver qué sigue” me dijo José Arcadio. Amaranta y Petra se quedaron en sus casas por los bebés que tienen y Aureliano con Pilar, Remedios y muchos muchos niños nos acompañaron al taxi. En el GGM los invité a unas empanadita mientras llegaba el taxi, lo que sucedió muy rápido. Me despedí de todos, Pilar y Remedios me abrazadoras y así bajamos al centro. Ya no quise seguir la fiesta, homerito sí de tal manera que me acompañó a la casa y se regresó al los bares de la ciudad para continuar mde juerga. Se despidió pronto, no sin antes pedirme dinero para sus gastos!!!. Buenas noches: Homero, Macondo, Niche y cerveza...mañana será otro día.

Semana 8

Lunes 10 de octubre

Día 50: un regalo visual o usted es una berraca

Llegué al día 50 de mi experiencia, literalmente, macondiana. Este día había acordado con el grupo de colaboradores sentarnos, una vez más, a evaluar los resultados de los talleres, repasar los compromisos para cuando yo me fuera, las maneras de pago y preparar la subida a los “chorros”. Nos reunimos, una vez más en Azur y allí, mientras comíamos y ya más relajados nos hicimos las tareas. Todo era repaso y “recorderís”, así que las cosas iban bien, sólo que al momento de organizar el paseo, muchos se comprometieron y pocos asistieron. Yo lo entendí perfectamente, pues había sido un tiempo duro y de muchos deberes, fuera de eso todo había sido improvisado en sus vidas, de un momento a otro se “montaron” en ese paseo y no supieron cuándo resultaron tan enredados.

Me constaron sobre lo que planeaban hacer para el 7 de diciembre, que es el día de las velitas en Colombia y que para los niños significa un momento rico de encuentro con las fiestas navideñas. Los animé y les rogué que fueran muy considerados con la gente, que no dejaran las cosas tiradas, que más por ellos, los niños, que por mí, pues al fin y al cabo si de conveniencias se tratara yo ya había logrado mi propósito. Aceptaron y, muy

en el fondo, sabía que lo hacían por cariño a la comunidad, sabía que este trabajo había dejado huellas en algunos, sino en todos y todos querían y sentían la necesidad de hacer algo por Macondo. Sabía también que no todos iban a responder, como eran sus intenciones, empero, celebré su voluntad y sentimientos. Almorzamos, pagué y nos despedimos con abrazos muy sentidos.

De allí salí para el IUEF de la U de A. pues debía entrevistar a un profesor que me ha gustado mucho desde lo ideológico: su mirada del mundo, su postura frente a las dinámicas institucionales y académicas y su sensibilidad social; por lo demás tiene formación en política y eso me parece importante de cara al análisis que se puede hacer en razón de desplazamientos. Llegué a un poco antes de la hora convenida y, como de costumbre, me dirigí a la cafetería de Tina, ¡allí estaban todos! El viejo grupo de gimnasia al medio día, los profes de veterinaria y mis colegas y compañeros de oficina, todos en la misma mesa, como también es costumbre a eso de las 1:00 p.m. Me acerqué silenciosa, “conté cabezas” de los que sé que toman tinto posalmuerzo, constaté que nadie tuviera uno y me fui al mostrador, preparé la bandeja, pedí 11 tintos, coloqué los cubitos de azúcar...hasta ese momento nadie se había percatado de mi presencia, les “caí de sorpresa” como decimos en Medellín y todos exclamaron algo distinto, de tal manera que sólo oí una especie de gritería, “somos unos gritones los paisas”, pensé una vez más ante tal alboroto, pero es que así somos, todo es un escándalo y por todo hay fiesta. Les repartí a uno por uno su pocillo y dejé en el centro los cubitos y los palillitos para batirlos. Mientras mi doc querida me arrimaba una silla. Conversamos de todo, respondí lo de siempre: “¿desde cuándo estás aquí? ¿Te vas a quedar del todo? ¿Cuándo te vas? ¿Cuánto te falta en el doc? ¿Qué tal México? ¿Qué tal Guadalajara?” Y, por supuesto, “Tenemos que ir a México antes de que te vengás”. Me desatrasaron en un par de chistes crueles y cada uno, en su momento, miró el reloj, era la hora para todos de reiniciar la tarde y pensé que justo ese detalle de estar allí sólo un momento todos los días y la pereza e inevitabilidad de levantarnos para volver a las rutinas, hacía de aquel ratito algo maravilloso y repetible sin enfado...sé bien que con unos cunatos de este grupo no podría llevármela bien si compartiéramos más largo. Con algunos fue la primera y última vez que me ví y así estuvo muy bien, con otros me vería hasta las vísperas de mi retorno a Guadalajara.

Mi entrevistable estaba en una mesa cercana, tomándose también su tintico, ya nos habíamos ubicado con la mirada y cuando mi grupo se disolvió, él, muy caballero, se me acercó y me dijo “profesora, cuando quiera empezamos, usted sabe que pa’ los esclavos no hay derecho a descansos largos”, “bien, - le dije – ¿dónde trabajamos?”, “¿le parece allí, en esa banquita al aire libre, así respiro antes de responder bobadas”. Así fue, nos sentamos en la banquita, él en el espadar, con los pies en el asiento y yo en el asiento...organicé el dispositivo y empecé mi repertorio de preguntas. Fue fácil, una entrevista lo que se dice “limpia”: un hombre de poco rollo, pero sí de ideas, muchas ideas, un hombre enojado con la realidad colombiana y con la capacidad de decirlo, un hombre con claridad y muy directo. Así que en 40 minutos estábamos listos. Me despedía allí mismo, con él tampoco me volví a ver...recuerdo bien sus papalabras cuando al separarnos “usted no deja de sorprenderme profesora, de todos los temas posibles para hacer su investigación y usted tenía que elegir el más hijueputa de todos, los desplazados, usted es una berraca”, “no es para tanto, no creás, a veces creo que no voy a tener estómago para esto”. Un abrazo, un beso muy ligero y sólo volví a saber de él el día en que salía para el aeropuerto, minutos antes me llamó para desearme feliz viaje y agradecerme el tenerlo en cuenta...

Mi entrevistado se fue porque tenía que dar clase, ¿y yo? quedé, una vez más, en medio de la nada, sin algo que me apremiara, sin una cita inmediata que me hiciera correr, sin una oficina propia en la cual refugiarme un rato y con eso que me dijeran rondándome la cabeza, en fin, como diría una amiga “me dejaron cantando mal hombre”. Volví donde Tina, otro tintino y me regresé a la banquita de la entrevista, sitio privilegiado pues estaba allí, a unos metros de la cafetería, pero era aislado, permitía la observación silente y pasar desapercibido...la que sí me percibió fue Nacha, la perra de Tina, con la que he tenido la mejor de las relaciones caninas, la perrita que sobrevivió a una bomba en ciudad universitaria y que la dueña de la cafetería la adoptó luego de la cirugía sofisticada que le hicieran los veterinarios. Nacha, la única perra que he visto que usa botas, con atadura y todo, para evitar las heridas en su patica, pues la insensibilidad del nervio ciático haría que se rompiera la piel sin darse cuenta. Nacha la perra más alimentada de América latina, incluida el área del Caribe, hasta el punto de tener que colocar letreros para pedir, rogar, suplicar que no le dieran más comida pues la combinación de “discapacidad” motriz y sobrepeso ponen su vida en peligro. Pues bien, Nacha llegó hasta mí como bien pudo, me bolió si cola y se echó a mis pies, era evidente que recordaba los trozos de carne que le destinaba de mi ración diaria. La acaricié un rato “conversamos” y se quedó dormitando allí hasta que la llamaron de la tienda. La vi partir y me solacé con mi experiencia con lo animales, la verdad es que me gustan mucho y cada vez hacen más méritos para que así sea.

Seguí allí un rato más hasta que vi entrar a mincho, mi amigo y apoderado, lo alcance casi corriendo pues no me miró al cruzar: nos abrazamos y caminamos así hasta su oficina, me dijo que tenía clase pero que si lo esperaba nos tomábamos un café, lo dudé por es falta de espacio en Instituto, sin embargo me animó, me dijo que era sólo cuestión de minutos pues simplemente iba a acordar unas fechas con los estudiantes y a recoger unos trabajos. Lo esperé en su oficina, bajó rápido de los salones de clase y me dijo “Ay mi rubia, le tengo una sorpresa, espero que le guste aunque voy a tener problemas en mi casa” “¿qué pasó...qué es la cosa?, le pregunté. Entonces se sentó al computador, insertó un CD y empezaron a salir imágenes de Macondo, de una belleza absoluta como fotografía, de una calidad que no esperaba, algo precioso...”mincho, que regalazo me diste, esto está hermoso, pero ¿por qué vas a tener problemas?” “es que miijo no quería que te leas mostrara que porque quería seleccionarlás, usted sabe que los artistas son muy jodidos, pero yo sé que a usted todo le sirve y si el se pone con moños pues de pronto le quedan muy poquitas y yo todas las veo excelente”, “si mi min, tenés razón, todos están bien, decíle que no se moleste, que esto no es una exposición de arte, que es una investigación en la que él hizo registro visual”. Él se veía emocionado, tanto o más que yo, las volvíamos a pasar y repasar, las ampliábamos la reducíamos...así que le dije “la verdad minchito querido valió la pena todo esto y hasta esperarte, te ganaste el café”, “si quiere esperamos a las patricias y vamos mejor a comer algo más tarde”, me dijo “no mincho, tengo que ir a comprar las cosas porque mañana vamos a subir a los chorros, allá en Macondo, pero si quiern organicen algo para que nos veamos una noche de éstas, con más calma”...me despedía, con mi CD en la mano, y salí de allí tratando de evitar encuentros, no miré para los lados, agarré “el camino viejo” y aproveché que había alguien apeándose de un taxi, así que aligeré el paso “¿queda libre?” “sí, cómo no, hágale pa´dónde usted quiera” “muchas gracias, me llevá a Palmas de Cataluña” “pues a Palmas vamos, estoy pa’ servirle”. Así terminó otro día de esta odisea llamada trabajo de campo.

Mi perra me salió al encuentro a su estilo Dino Picapiedra, me olfateó más que nunca...pareció reconocer el olor de Nacha, su vieja amiga y le di sus saludos, así nos fuimos hasta la casa, casi no me dejaba avanzar, me agarraba del pantalón... Llegué, le serví algo de comer, yo hice lo mío. Luego repasé la lista de tareas para el día anterior, y me puse a ver televisión. En la noche me llamaron de Macondo para confirmar el paseo y los algunos de los colaboradores para disculparse porque no podrían ir a los chorros. Con es información me fui a la cama, mi hermana me buscó para conversar, hablamos de mis regalos para México, de lo que ella me podía ir adelantando en eso, le encargué las chocolatinas Jet, muy colombianas ellas...al poco tiempo se dio cuenta de que no había caso, yo estaba más dormida que despierta. Cuando me desperté a eso de la 1 a.m., me di cuenta de que todo estaba apagado y que yo no había intervenido en ello.

Martes 11

Día 51: Paseo a los chorros

Este día era especial por muchas razones, planeaba despedirme de Macondo por un año...deseaba que allí terminara mi experiencia en campo y, por unos días olvidar el dolor, el cansancio y mi propia impotencia. Ya estaba extenuada y por esos días había acuñado ya la expresión “estoy agotada emocionalmente” y era cierto, estaba al tope: las fechas se agotaban, mis fondos más y los asistentes otro tanto. También sabía que iba a ser un mucho “dramática” la despedida porque habíamos empatizado, pero, además, la mezcla afrocolombiana ofrece sensibilidades exacerbadas.

Me levanté temprano para ir a la tienda. No era mucho lo que iba a comprar porque los asistentes habían desistido de ir, e intuía que la cosa iba a ser leve pues era un día de trabajo normal. Las viandas eran pocas, el sancocho ya no estaba en mi mente y pensé que para no incumplir por lo menos llevaría para hacer sandwiches y tomar refresco. Así fue, compré panes, queso, jamón, mayonesa, salsa de tomate y me subí a Macondo. Llegué a eso de las 11 a.m. la cosa sería sencilla, algunos niños y José Arcadio subiríamos para estar en lo chorros, los que quisieran se bañarían, comeríamos allá el refri y “pa’ la casa’. Cunando llegué al GGM me di cuenta que algunos niños me esperaban...los saludé y seguimos rumbo a Macondo. Hice el recorrido habitual y al llegar me acerqué a la tienda para decirle al dueño que me prepara unos refrescos para subir. Entando allí se arrimó José Arcadio, me contó que Pilar se había ido muy enojada conmigo porque creyó que no iba a subir, me extrañé, pero no le di más importancia ya que con Pilar habíamos tenido varios desencuentros justo por la exageración que la caracteriza. Le entregué a José Arcadio mi compra y él se fue a armar los sandwiches en su casa. Los niños se fueron acercando, yo me quedé fuera de la tiendita, en una banca de madera que tiene a un lado. Allí fueron llegando uno a uno los que quería ir a los chorros.

Estaba un tanto distraída, mirando todo con ojos de “adiós” y tomándome un tintico que me había traído un niño. De pronto oí mi nombre y me asusté, me llamaban del camino de entrada oh! sorpresa, era, Maité y Nico que se habían animado a subir, esto cambió mi ánimo. Se sentaron conmigo un rato, hablamos de todo un poco, conversamos de la “vida cotidiana” y me expresaron su tristeza por la despedida. Les agradecí su presencia y les dije que fuéramos subiendo porque el sol estaba fuerte y nos iba a agarrar en plena loma. José Arcadio corrió hacia mí y me dijo “doctora no será que le provoca un tintico por allá arriba, uno con aguapanela hecho en leña, ¿ cómo la ve?” “eavemaría, eso ni se

pregunta, ya me los estoy saboreando”. Le dí para el café y la panela, y él se fue por una ollita... luego empezó el ascenso.

El camino que conducía al sector tres era estrecho, pedregoso y empinado, así que el grupo, inevitablemente, tenía que hacer una hilera para poder ascender. Nico, Maité y yo nos adelantamos para halar a la gente, cuando estábamos un poco remontados miré hacia abajo y me sorprendí del super grupo que iba atrás. Iban mujeres, niños, bebés de brazos y algunos hombres. José Arcadio llevaba a su nieto, Petra a su nenita de brazos, era increíble. Seguimos subiendo, resbalando y volviendo a subir, Nico se ofreció a llevar a una bebe y Maité a otra, por supuesto, yo sólo podía ver por mí misma. Subimos la pendiente e iniciamos la trocha para los chorros, era corto pero difícil, con algunos riesgos, un paso en falso hubiera sido fatal. (Estábamos por los lados de la acequia, justo en el camino que conecta al Macondo con la escuela del otro asentamiento, divisando a Macondo con la perspectiva que da la altura, y yo simplemente volvía a asombrarme con los “pintorescos” techos que podrían, por sí mismos, narrar la historia, las calamidades y, por qué no, de la recursividad que genera la pobreza y el riesgo. “En otra ocasión – me dije – hago una investigación con los techos como lente, no el cuerpo y le apuesto a un resultado cercano”. Estaba en esta cavilación, cuando oigo a un pregonero ofreciendo “¡pescao!, pescao fresco... barbudo, bagre, cachama!. Era un paisa, de eso no me queda la menor duda: por el acento, por comerse la letra d y por subir a esas alturas a vender ¡pescao, pescao fresco pescao!. “increíble – pensé – ¿quién tiene el poder aquí el paisa negociante o los negros que los hace subir hasta aquí para satisfacer sus deseos?” y allí se me ocurrió esto de la tensión entre la ciudad previa y cómo la modifican los nuevos pobladores.)

Por fin vimos el charco y los chorros, era maravilloso, esto estaba a 5 minutos del centro de la ciudad y nos sentíamos en el campo, lejísimos y más aún, por la apariencia silvestre del paisaje. Llamó fuertemente mi atención el olor a marihuana que nos llegó a medida que nos acercábamos y sí señor, allí, en pleno chorro, había un grupo de muchachos, ninguno negro, no eran del barrio, eran de otros sectores que habían encontrado allí un escondite cercano, divertido y seguro para sus andanzas. Miré a José Arcadio pues para mi representaba como la “moral” de la comunidad, me leyó el pensamiento y me dijo “ahí ve doctora, es que la gente es muy difícil por eso es que no podemos venir por aquí como quisiéramos, porque esto está muy dañado y lo peor es que no respetan a nadie, a ellos les importa un comino que alguien los vea o las señoras o los niños...” “tranquilo, que si no se meten con nadie, nadie se mete con ellos, así que nosotros a lo que vinimos” y así fue. Todos fueron llegando, descargaron el “ligero equipaje” y se dispusieron pa’l agua. He ahí otro de mis asombros, los niños se lanzaban sin miedo, con una habilidad asombrosa, Nico tomaba fotos, Maité cargaba a la niña de Petra, y ¿José Arcadio y familia? Pues al agua también, la señora, muy gordita ella, se puso una falda y se lanzó, era un espectáculo conmovedor, porque se les veía el disfrute, el regodeo y el descanso. El esposo de Petra se puso en lo de fogón, prendió a leña, puso el agua y esperamos con gusto el “hervor”. La esposa de José Arcadio me dijo que si quería meterme ella me había traído una falda, la disuadí de su propuesta, le dije que no podía porque estaba en “mis días” y santo remedio, ella entendió y no insistió

La aguapanela empezó a oler, la gente disfrutaba y José Arcadio tenía un rostro de alegría que no le había visto antes. Luego de una hora de baño, empezaron a salirse para comer, lo que para ese entonces era sólo un pasabolas, pues la cantidad de gente era tal que fue necesario partir los sandwiches en cuatro. Yo sólo esperaba el tintico,

porque no quería que alguno dejara de comerse su pequeña porción por mí, sin embargo Petra me insistió en que comiera y eso hice pues era un momento compartido y parecía que realmente les importaba que yo comiera algo. El café estuvo rico y fue un buen “trago amargo”. La gente de la comunidad se comió su bocado, y luego de unos minutos volvieron al agua y Nico con ellos. José Arcadio y Petra me dijeron que tenían que bajar temprano pues había cosas por hacer obligatoriamente, yo les dije que estaba bien y que para mí también era necesario empezar el descenso, eran las 4 p.m., cuando nos decidimos a bajar. Maité seguía de “mamá” con la niña de Petra, la cual no había dado ningún problema en la acalorada y empinada jornada.

Una vez vieron a José Arcadio salir, a los mayores recoger sus cosas, los chiquillos hicieron lo propio...se salieron, se pusieron algo seco y se nos “pegaron” para la bajada. Hecho, ya se había acabado el día del charco. Para ese entonces los “chicos malos” del gran “barillo” de marihuana ya se habían distanciado hacia una peña en lo alto de la caída del agua, los había observado y de una manera muy ágil, en cuanto la gente empezó a lanzarse al agua, ellos habían ascendido rápidamente para disfrutar de su vicio y observar a la gente desde la distancia que su práctica les genera.

Al aproximarnos al Macondo le pedí a la gente que lo hiciéramos por un sector diferente al del ascenso, quería despedirme con un panecillo completo de la zona y fijar en mi imagen aquellos corredores, pasos improvisados, paredes collage, en fin, quería ver a Macondo bien y bajar por un sendero que había transitado menos en este tiempo. Cruzamos pues todo Macondo de oriente a occidente por la parte alta. Desde allí observé que el camino estaba muy sucio, lleno de basuras y malos olores, miré a José Arcadio, al parecer con cara de interrogación, porque me dijo que con las señoras era muy difícil todo, en la casa muy aseadas, pero en los senderos se veía la basura, “les pido que no manden a los niños con esas bolsas tan pesadas porque vea usted misma con sus propios ojos – me dijo mientras me señalaba el camino – a los niños se les riegan o se les rompen o de la misma pereza la tiran por ahí y eso es un problema muy grande que tenemos”. Le vi la cara y era otra, ya había desaparecido la alegría del charco para aparecer la de la decepción y las necesidades. También vi a un grupo de jóvenes que conversaba en una especie de establo, era un espacio amplio cercado por un barandal de caña que semejava los tablados de las corraleras propios del Atlántico, no tanto del pacífico. Había tres hombres y dos mujeres entre 16 y 20 años, estaban tranquilos, en semicírculo, uno parados otros sentado y muy tranquilos riendo, ellas: negras, con sus peinados, en chanclas y con unas minifaldas no tan cortas como apretadas; ellos: en short, con sandalias también, dos sin camisa, otro con una franela sin mangas y las cabezas con sus dibujos y allí estaba, entre ellos, el chico que tenía una flecha dibujada con su cabello. Nos saludamos, todos nos miraban, se sonrieron con el grupo, con rostro de curiosidad, aunque creo que todo Macondo estaba enterado del paseo, allí pocas cosas suceden sin que sean de dominio colectivo. Todas las casas tenían las puertas abiertas, excepto una cerrada con candado, era evidente que no había nadie allí y que lo frecuente es estar con la puerta abierta y la gente fuera, y es que los espacios interiores son tan pequeños que la única opción de “respirar” es estando afuera.

Seguimos bajando, Nico me daba la mano porque la cosa no estaba fácil para mí en algunos tramos. Desde lo alto vi a Pilar que nos esperaba con la vista. “hola Pilar, ¿usted por qué se fue y se perdió el paseo?” “Ay! seño, creí que usted no iba a venir” “pues sí vine, lo que no hicimos fue el sancocho, pero sí nos bañamos y todo”...Me

abrazó como solía hacerlo y me invitó a su casa, pero ya Maité y Nico me miraban con cara de súplica, yo lo entendí y les debía una: habían subido un tanto por compromiso y no quería forzarlos más. En casa de José Arcadio nos juntamos los mayores unos segundo, nos despedimos y empecé a salir, en ese momento José Arcadio me hizo un guiño y me hizo al señal de esperar, eso hice y se me arrimó y casi en susurro, me dijo “doctora súbase mañana por aquí, queremos hacerle una atencionsita, para que no se vaya así como así”, “no se moleste José Arcadio, cómo se les ocurre, no que pena”, le alcancé a decir, pero ya su esposa estaba garrándome del brazo y diciéndome “venga mañana que le vamos a hacer un platillo tolimese”, no sabía qué hacer, era claro que la invitación era para mí solo, ni mis asistentes, ni la colaboradoras de la comunidad estaban invitadas, y para mí era muy incómodo pero comprensible ¿con qué iban a invitar a mas gente?, por lo demás no podía despreciarlos, habían sido muy ambles, habíamos empatizado mucho y mi afecto por esta familia había nacido sin forzarlo, de puro encuentro, así que respondí “ah! si es tolimese si, claro que vengo ¿ qué horas es la cosa?” “pues como por la tardecita doctora, es mejor como a las dos” y vino otro guiño y también entendí que era una hora solitaria en el asentamiento y eso la hacía preferible al mediodía que es la hora del almuerzo local. “Muy bien, nos vemos mañana” y así sería.

Con Nico y Maité agarramos un taxi, Petra, Pilar nos esperaron en el camino para acompañarnos como siempre y nos despedimos con abrazos y besos...Los tres nos tomamos unas cervecitas, yo les comenté de la invitación y entendieron sin resquemor el que no los invitaran a ellos. Seguimos hablando de la experiencia del día, de la gente, de los maruhuaneros, de los niños, de lo arriesgados al lanzarse al agua desde los peñascos, de las basuras, de todo un poco...de pronto se hizo un silencio y sin más, sin mediar palabra empecé a llorar, era un llanto incontenible, no podía detenerme, era un llanto eterno, milenario, era mi propia confrontación ante esta realidad humana, era mi límite emocional, era la “etnografía reflexiva” me dije. Nico no sabía qué hacer y Maité me abrazó con fuerza, luego de unos segundos los tres llorábamos, pedimos otra, cambié el tema y nos despedimos, tengo en mi memoria sus miradas cómplices, la complicidad que da el pleno entendimiento.

Llegué a la casa con la sensación de “una piedra en el zapato”, era la idea de regresar que me atormentaba, porque había programado terminar ese día, mi programación, no de agenda, sino mental era esa...pero, ¿cómo incumplir?, era algo “impajaritable”.

Miércoles 12

Día 52: Una comida tolimese en medio de las plataneras.

Llegué a Macondo a la hora prevista. Estaba muy solitario, las casas, ya lo he dicho, tienen una apariencia de pesebre que las hace ver menos dramáticas, casi bellas. La casa de José Arcadio estaba cerrada, entonces aproveche para sentarme un rato en la banca, bajo el árbol del parquecito, como hiciera muchas veces. La tarde estaba tranquila y sentí deseos de estar allí, quieta, sin afanes, sin tener que mirar el reloj y a la espera de que “otro hiciera por mí”, en este día todo corría por cuenta de la casa...de los Buendía. Poco duró la contemplación...Lola se me acercó especialmente efusiva, lo digo por su cola en exagerados movimientos pendulares. Parecía que entendiera que era lo invitada. Tras ella llegó José Arcadio “ay doctora ¿hace mucho que estaba ahí?, ¿por qué no tocó? ¿quiere un tintico?”, “tranquilo, acabo de llegar, usted siga en lo suyo que yo aquí

paso muy bueno”, se rió y me dijo “ya casi está todo listo, espéreme un momentito y mientras se toma su tinto”, acepté con la mirada y se fue. Seguí observando el entorno, el señor de la tiendita me bolió la mano en señal de saludo, le respondí y seguimos cada uno en lo suyo. “Ya casi ni llamo la atención” pensé para mis adentros, “justo cuando me tengo que ir empezaría el ‘trabajo de confianza’...” en fin, me dije, ya no hay que llorar sobre la leche derramada, hice lo que pude, me consolé”. La esposa de José Arcadio me llamó “venga doctora, venga que ya esta todo servido”. Eso hice, entré y me conmoví con lo que vi, habían sacado sus mejores galas: el mantel blanco de plástico, los platos, todos distintos, pero había para todos y la señora estaba con zapatos, en ese momento caí en cuenta de que siempre andaba a “pie limpio”.

La saludé muy efusiva, entré y de inmediato me hicieron sentar en la mesa que está en la segunda habitación. Me sirvieron una cantidad desborda de una sopa de verduras, con mucha carne. No se veía bien, pero me la comí sin miramientos y su sabor me cambió la primera impresión, era una preparación del Tolima, cuyo nombre me fue imposible memorizar por mucho que lo ejercité. “Es mucha comida” le dije a la señora, “usted sabe doctora que los pobre comemos mucho”, esta observación me la hizo en varias oportunidades. Comimos muy cómodos, parecía que nos conociéramos desde hace mucho tiempo, sentí de parte de ellos, una empatía real y me regodee en la sensación. “le provoca lechita doctora o una gaseosa” “no, mil gracias, nunca he tomado leche y prefiero el aguan de la canilla, no se preocupe” “¿o quiere más café?” “ah claro, un tintico después de comer es lo mejor”.

Terminamos la comida, les advertí que tenía que irme pronto, pero empezamos a conversar de todo un poco y José Arcadio sacó unas fotografía de la finca, de su pueblo, de su matrimonio. Me entusiasmé mucho con eso y ahí nos quedamos, yo observaba la nostalgia y el orgullo por lo que se tuvo, pero “este hombre es de una catadura especial, no pierde el entusiasmo” pensé. Amaranta llegó con su bebé y le quitó la camisa para cambiársela, entonces vi que tenía la, piel llena de granos, de muy fea apariencia, les pregunté por eso y José Arcadio me dijo que eran “producidas por las pulgas de las ratas del basurero” y recordé entonces lo que me dijera Rebeca “Los niños tienen muchos piojos y no es falta de baño, porque los negros son muy aseados, es que viven en condiciones muy difíciles, donde estos bichos encuentran su mejor lugar de cultivo”.

Salí de Macondo y me encontré con un amigo profesor de colegio de un sector popular de la ciudad y con asistencia de muchos desplazados. Nos vimos en Carlos E. Fue muy rápida la entrevista, sus respuestas, de alguna manera, empezaban a mostrar la saturación en algunos aspectos, parecían lugares comunes a todos. Lo que se alargó fue la conversación que le siguió. Me despedía con un profundo sentimiento de gratitud. Me fui a la casa, cada vez quería llegar más pronto.

Jueves 13

Día 53: Hola y adiós

Para este entonces el reloj empezaba en descuento y yo, paradójicamente estaba más lenta. Las cosas parecían en cámara lenta. Había acordado con los colaboradores, un encuentro para entregarme materiales para el análisis y convenir algunos detalles, para la organización del grupo una vez viajara a Guadalajara.

A las 7 p.m llegué a CarlosE, lugar de la cita, allí estaban todos...me sorprendió, pues los noté en un acento de fiesta, estaban como los niños cuando le tienen una sorpresa a la mamá: se codean, se sonríen, se hacen señas y, la mamá, por supuesto sabe muy bien qué pasa. Me invitaron a la pizzería y allí fueron develando su secreto: cada uno había preparado un pequeño presente para mí, casi todos hechos por ellos mismos. Yo no lo podía creer porque era un gesto realmente inesperado. Uno a uno me entregó su presente y luego vino la cena, por primera vez en mucho tiempo yo no pagaba la cuenta. Me sentía muy rara, realmente no sé atender invitaciones. Lo que puedo recordar, después de las cervezas y de los obsequios y de la embriaguez de aquel momento, fueron sus agradecimientos a unísono. Haberles permitido esta experiencia los había cambiado y en ese momento supe que mi esfuerzo había valido la pena!!! Comí pizza, tomé cerveza, guardé mis regalos y me fui a la casa. Los resultados para el análisis los reorganió Melquíades y hecho eso y confirmada su seguridad, me despedía de todos, les deseé lo mejor, ellos a mí y “adiós pues!!!

Viernes 14

Día 54: lo que se hizo y lo que quedó

Este día me dediqué a organizar el material, observar los productos de los niños, a leer las etnografías que había recibido. Organice todo con códigos, con nomenclaturas y en portafolio de viaje. Uno de los fotógrafos llegó a mi casa con algunas imágenes en papel, ahí no quedamos mucho rato mirándola, conversando y recordando la experiencia. Aquellas fotos las clasifiqué como “sociales”: daban cuenta de las interacciones, de las miradas, de los procesos. Él se veía muy contento con su “obra” y yo con la de él. Planeamos (imaginamos) una muestra en el ITESO, sería conjunta con los demás fotógrafos...hablamos mucho y cuando lo oía reforzaba mi idea de la reflexividad, me daba cuenta de que había sido vista en el acto de ver y que otro había visto lo que yo veía con otros ojos. Me regodee en el trabajo hecho, me sentía satisfecha y con la liviandad que da la labor cumplida. Así trascurrió este día, entre papeles, registros, conversaciones e ilusiones. No salí, tenía allí un mundo que me bastaba.

El Sábado 15

Día 55; la única india de campo

Me encontré con la india, (apodo que lleva por su cabello muy lacio), para una entrevista más. Nos vimos en un nuevo parqucito de Suramericana, una urbanización muy antigua y querida por los paisas. Almorzamos una ensalada y comenzó la tarea. Le hice las preguntas que a todos y, para mi sorpresa, esta mujer no hablaba sino que redactaba las respuestas; parecía leyendo un libro. Supe de su trabajo con comunidades de marginales, de su presencia, tangencial, en ONG's y de su labor comunitaria, a la manera de voluntariado. Habló pausado y muy categóricamente, como hablan los que no tienen dudas; su postura política se hizo evidente y le capté un terrible enojo con el Estado colombiano. Fue breve y definitiva, yo estaba muy satisfecha de este encuentro porque por los resultados y por haber terminado allí esta fase de mi trabajo en campo. Todo iba muy bien, hasta que le pregunté por su pareja, un amigo mutuo y eso desató a otra india. Se acabó la pausa y emergió el muro de los lamentos y los escupitajos. Me quedé sorprendida de dos cosas: una, su cambio contundente y dos, de lo que decía de mi amigo; pero lo que me dejó “fría”, una vez más fue la naturaleza del alma humana. Nos despedimos y tomé un taxi pa'donde mi mamá.

Semana 9
Domingo 16

Día 56: La estética y la lente

Este día fue especial, realmente fascinante. Había una cita pactada con los 7 fotógrafos que me habían acompañado en campo. Estaba un poco nerviosa por las “personalidades” disímiles, difíciles algunas y la diferencia de edades que no deja de asomarse por los resquicios de las cámaras.

Con mi hermana y mi sobrina organizamos la casa y la dispusimos para el encuentro. La cita era a eso de la tres, para tomar el algo. Todo se veía bien y las viandas estaban dispuestas para la hora llegada. El primero en asomar fue Melquíades, me trajo flores y se acomodó para conversar mientras esperábamos a los demás. Luego llegó Usulita, “la pequeña” como suelo llamarla por lo diminuta de su apariencia y su mirada siempre de interrogación, llegó con una torta y con pan de maíz, algo que no había probado aún. Uno a uno fueron llegando y la casa empezó a sentirse estrecha e insuficiente: mi hermana, sus hijas, mi sobrino nieto, mi cuñado, las perras, siete fotógrafos y yo, aquello era un enredo humano. Sin embargo y aunque parecía incómodo, las cosas se dieron de una manera agradable y cada uno buscó su lugar de acción.

La dinámica que les propuse para el encuentro era que cada uno mostrara sus imágenes, que nos contara cómo las veía y cuáles creía significativas en el marco de la investigación y cuáles le interesaba exponer, llegado el caso. Así empezó el trabajo. Las fotografías se expusieron sobre la mesa del comedor, todos empezaron a rotarse las imágenes, empezaron también los comentarios y, finalmente, aparecieron los registros de el grupo de colaboradores: sentados en el paraninfo, en el bus, en el censo, subiendo al asentamiento, haciendo talleres, en el parque, en fin, un registro muy completo de lo que fuera la participación en campo. Esto suscitó muchas risas y comentarios puntuales. Al colocar las imágenes de unos y otras, nos dimos cuenta de los motivos comunes de algunos fotógrafos, esto es, los mismos niños o jóvenes, o viejos o situaciones, capturados por varios fotógrafos. También aparecieron las diferencias, los artistas fotografiaron rostros, primeros planos, detalles; los comunicadores se posaron sobre las situaciones, los grupos, las interacciones, fotos de corte más social y, los asistentes, en asuntos del cuerpo: motricidad, salud, viviendas, entorno y el grupo de trabajo.

Los expertos se enfrascaron en sus discusiones y los neófitos estaban felices, por sus logros, les parecía increíble haber logrado imágenes que se podían colocar al lado de los profesionales, comentamos las impresiones de cada uno y convinimos en pensar la posibilidad de sacar un libro, todo visual, con las diferentes miradas de los fotógrafos. A mi cada vez se me hacía más clara la idea de una etnografía reflexiva como significativa para este trabajo. Hubo muchas risas, muchos intercambios y algunos conatos de discusión, entre los sabios, por las diferentes posturas ante el acto de tomar fotos. Algunos no querían y no lo hicieron, entregarme los negativos, otros entregaron todo y unos más clasificaron las imágenes en CD, por las categorías que entendieron. En campo hubo diferentes cámaras, desde las clásicas, manuales, de gran capacidad, hasta las digitales más sofisticadas, pasando por las piñateras y las digitales de menos calidad. Para mitigar esto de los roces y las diferencias frente a los derechos de autor, hicimos un receso, tomamos chocolate, pan, torta, arepas de choclo, quesito,

pand queso, pandebono y cuanta cosa apareció, todos muy comelones dieron cuenta de aquello. Para terminar la jornada, Camilo nos presentó un video, muy corto, que había realizado en Macondo, sobre un niño discapacitado, que tenían medio oculto, medio encerrado, en una de las viviendas. Algunos dijeron haberlo visto, yo nunca lo vi y me sorprendió. Luego supe que se veía bien tratado, que él era quien se negaba a salir y que aquella familia lo trataba bien. Eran de la comunidad de Villa Liliam y Camilo, sin darse cuenta, cruzó la cañada y terminó haciendo aquel pequeño registro de este chico en movimiento.

La tarde corría, ya eran la 7 p.m. cuando algunos anunciaron que debían retirarse, yo no los animé para irse, como tampoco para quedarse pues era evidente el cansancio que me asistía. No obstante, con todo y cansancio, aquella había sido una velada llena de información, de estética y de conocimiento. Me sentía feliz de lo que veía como resultado y feliz también del tesoro visual que había logrado acumular para mis propósitos.

Nos despedimos, ahora se fueron en grupo para compartir transportes y, compartir también, lo que allí había sucedido. Vi acercarse a algunos que apenas si se conocían y aquel intercambio, desde sus pasiones y desde el cuerpo “de los otros”, no sólo me conmovió, sino que me convenció de la magnitud del trabajo que habíamos realizado en Macondo. Valió la pena, por este sólo hecho de hoy, valió la pena este esfuerzo. Con esas palabras me fui a la cama, mas contenta que cansada esta vez.